

ABRAHAM, PADRE DE TODOS NOSOTROS

Ricardo Hussey

1ª. Edición- Abril de 2007.
Depósito Legal: SE-2301-07
I.S.B.N.: 978-84-611-6032-7

ÍNDICE

Prólogo – por Bernardo Sánchez García.
Introducción del autor.
Capítulo 1 – Abraham, el amigo de Dios.
Capítulo 2 – La simiente genética.
Capítulo 3 – Su llamamiento y la primer pisada de fe.
Capítulo 4 – La promesa global y el altar a Jehová.
Capítulo 5 – Su descenso a Egipto y regreso.
Capítulo 6 – Un padre riquísimo.
Capítulo 7 – “Elige Tú por mí.”
Capítulo 8 – El guerrero tenaz y vencedor.
Capítulo 9 – El encuentro con Melquisedec (1)
Capítulo 10- El encuentro con Melquisedec (2)
Capítulo 11- El encuentro con Melquisedec (3)
Capítulo 12- Melquisedec (4) Repercusiones del encuentro.
Capítulo 13- Palabras de ánimo. El gran escudo y galardón.
Capítulo 14- La promesa de un hijo propio
y el pacto de sacrificio y fuego.
Capítulo 15- Agar e Ismael.
Capítulo 16- A mayor edad y madurez, mayor responsabilidad.
Capítulo 17- Quitando las íes y añadiendo las haches.
Capítulo 18- El pacto confirmado y ampliado.
Capítulo 19- El agraciado anfitrión de huéspedes celestiales.
Capítulo 20- Abraham el intercesor.
Capítulo 21- Abraham con Abimelec en Gerar.
Capítulo 22- Nacimiento de Isaac.
Capítulo 23- Las dos íes.
Capítulo 24- Las i griegas de la Biblia.
Capítulo 25- “Dios está contigo en cuanto haces.”
Capítulo 26- La gran cumbre del Monte Moriah. (1)
Capítulo 27- La gran cumbre del Monte Moriah (2) y el juramento.(1)
Capítulo 28- La gran cumbre del Monte Moriah (3) y el juramento. (2)
Capítulo 29- Muerte y sepultura de Sara. Isaac y Rebeca.
Capítulo 30- Muerte de Abraham y Abraham en el Nuevo Testamento.
Capítulo 31- El problema insoluble maravillosamente solucionado, y la
gran promesa del Espíritu.
Epílogo – La Ciudad Celestial. “Abraham, el gran patriarca.”

----- () -----

Todas las citas bíblicas están tomadas de la versión Casiodoro de Reina, Revisión 1960, salvo cuando se indica lo contrario.

PRÓLOGO

Me ocurrió una noche de insomnio transitorio durante mis años de ministerio pastoral en Albacete (Castilla La Mancha) allá por los años ochenta y tres, ochenta y cuatro. Un buen hermano de nuestra Iglesia me había hablado con evidente admiración de un **excelente expositor bíblico**, un misionero nacido en Argentina en 1927, a la sazón afincado en Madrid, Don Ricardo Felipe Hussey, a quien había tenido ocasión de escuchar en unas conferencias. Intrigado, comenté que me encantaría conocer y oír personalmente a tal portavoz de Dios.

“Le prestaré un cassette – me dijo amable – y podrá deleitarse con su exposición...” Al no poder conciliar mi sueño, abrí mis oídos y presté mi mejor atención al mensaje grabado.

Efectivamente, el predicador, dueño de todos los recursos de la más selecta oratoria, con un dulce acento argentino y un excelente castellano, elevó mi alma hasta lo más alto del placer que produce escuchar a un auténtico profeta del Altísimo.

Antes de dejarme caer en los brazos del sueño, me propuse contactar con tan magnífico misionero y proponerle que nos visitase un fin de semana, para enriquecer a nuestra congregación con los tesoros de sus vivencias espirituales, con su aquilatada experiencia. ¡Y Don Ricardo aceptó!

Acompañado de su admirable esposa, la misionera Doña Sylvia, mujer de sonrisa siempre radiante, nos concedieron vivir a todos, Pastor, Diáconos y miembros de nuestra Iglesia, jornadas de exaltación espiritual.

Uno de los días de ministerio en Albacete, Don Ricardo, con una exquisita delicadeza, me preguntó si podríamos acercarnos juntos en oración al trono de la gracia. Nos fuimos a la sombra de unos frondosos árboles regados por las aguas del río Júcar, cerca de la ciudad manchega. ¡Nos sentimos acompañados de ángeles, disfrutamos la inefable felicidad de notar cómo el bendito Espíritu Santo nos llenaba de su plenitud! Allí, a la sombra de los árboles, escuchando el dulce rumor de las aguas del río, el maestro de la exposición bíblica me preguntó:

“Hermano, siento en mi alma como si el Señor me guiase a exponer un tema relacionado con la lucha espiritual, el conflicto que nos plantean las huestes espirituales de maldad...¿Le parece que podría ser edificante para la Iglesia?”

“Don Ricardo - repliqué – si el Señor le está indicando esto, ¡hágalo!”

Y lo hizo. Fue una experiencia inolvidable. Siempre basado en las Sagradas Escrituras, adobando su magnífica exposición con experiencias propias, mantuvo intrigados a sus oyentes hasta el fin de su mensaje.

Así fue como el Señor comenzó a enriquecerme con el tesoro de su amistad y de un compañerismo ministerial que ha perdurado hasta hoy, veintitrés años después.

A mi vez, me cupo la gloria de alojarme en su hogar, en Madrid, y de colaborar con él en clases sobre la Homilética y exposiciones bíblicas en la Escuela Bíblica Unida, que en ese entonces utilizaba la sede de la iglesia de Pueblo Nuevo, y también en la Iglesia de calle Monederos de Madrid.

El libro que prologamos, ABRAHAM, PADRE DE TODOS NOSOTROS, es fruto precioso de un bendecido ministerio de exposición bíblica, realizado por su autor en su ministerio itinerante por iglesias evangélicas de muchos rincones de España y de otros lugares. Es un libro breve, dividido en 31 capítulos, precedidos por una introducción del autor mismo, y coronado con un epílogo que canta las glorias de la ciudad celestial, y un ramillete de versos que condensan el contenido principal del libro.

El mismo figura en torno a la señera figura del patriarca Abraham, padre de los creyentes, cuyo linaje espiritual, como magistralmente demuestra Hussey, está compuesto por todos cuantos se hallan emparentados, hermanados, y son la auténtica familia de Dios, el Israel de Dios, por su fe en Cristo - simiente preciosa mediante la cual ha sido consumado el eterno y excelso plan de redención.

Nos engolosina el autor de este ramillete de reflexiones inspiradoras, haciéndonos acompañar al ilustre peregrino en las jornadas más trascendentales de su apasionante vida. De su mano, nos eleva a las cumbres de fe y gloria a las que el Señor exaltó a su siervo; paso a paso nos hace vivir con Abraham las decisivas experiencias de las pruebas, de las vacilaciones, del conflicto espiritual, y del triunfo al que nuestro amado Padre celestial nos conduce, con insuperables y benditos propósitos de enriquecimiento pleno.

El libro puede muy bien llegar a ser todo un devocional cotidiano, que refrigere el espíritu y despeje de brumas de incertidumbre e inseguridad el alma creyente. ¡Hemos disfrutado lo indecible zambulléndonos en sus limpias aguas, canalizadas por este singular maestro de la exposición bíblica!

Estamos seguros de que, como nosotros, todos cuantos tengan el privilegio de recrearse contemplando las maravillas que del carácter, de la vida, de las hazañas de fe del gran **padre de los creyentes**, de Abraham, el amigo de Dios, el modelo a

imitar y repetir, alabarán agradecidos al Señor por el deleite edificante que estos mensajes provocan al ser leídos y asimilados.

Notarán los lectores que cada capítulo va coronado de una reflexión que a modo de síntesis resume lo esencial de la magistral enseñanza dado por este ilustre siervo de Dios. Uno acaba postrándose agradecido y alabando al Señor por haberle guiado en la redacción de éste, su nuevo libro, que, como los anteriores, aquilatará la fe y la espiritualidad y el testimonio de los hijos espirituales del gran padre de los creyentes.

Lo recomendamos encarecidamente a cuantos tienen el honor y la responsabilidad de apacentar la grey de Cristo, a los Pastores de almas, y a cuantos constituyen el bendito linaje de la fe.

Bernardo Sánchez García

----- () -----

Bernardo Sánchez García es Pastor de almas desde hace más de cuarenta y dos años. Ha servido a Cristo en el ministerio pastoral en seis Iglesias Evangélicas españolas, cuatro en Cataluña, una en Albacete y otra en Santa Cruz de Tenerife.

Ha enseñado Homilética, Patrología, Teología Bíblica y Pastoral, y Exégesis del Antiguo y del Nuevo Testamento en Institutos y Seminarios Evangélicos de España. Está casado, es padre de tres hijos y abuelo de siete nietos.

Ha escrito ocho libros, tres inéditos aún, y ha desempeñado cargos de liderazgo como Secretario General de la Unión Bíblica de España, Presidente de la Asociación de Ministros del Evangelio de Cataluña, Secretario General de la Fieide, y ha sido redactor habitual de las revistas evangélicas editadas en España, y de América del Sur.

Toda esta fecunda labor ministerial ha ido acompañada y respaldada por su trayectoria fiel y perseverante, y el limpio testimonio que ha ostentado desde que conoció al Señor como joven adolescente en la localidad manchega de Puerto Llano, (Ciudad Real), de la cual es oriundo.

----- () -----

A B R A H A M ... PADRE DE TODOS NOSOTROS

(Maravillosos tesoros de la simiente genética)

Introducción

El tema de la paternidad de Abraham sobre todos los verdaderos hijos de Dios renacidos por el Espíritu, es uno de los más preciosos y apasionantes de todo el riquísimo caudal que contiene la palabra de Dios.

Encierra maravillosos misterios, entendiéndose por éstos no las cosas que traen suspenso, enigmas y a menudo penumbra y temor, sino secretos del amor y la providencia divina, que el Señor tenía guardados desde la eternidad pasada, y que ahora, en la luz plena del tiempo y la dispensación de la gracia, nos han sido revelados por el Espíritu Santo.

Antes de seguir adelante, y para disipar toda duda o mala interpretación, aclaramos que este vínculo paternal de Abraham que vamos a tratar no es carnal o de sangre. En cambio, abarca a todo hombre y mujer que, por tener una fe personal y viva en Jesucristo como Salvador y Señor, ha alcanzado el perdón, la salvación y la vida eterna.

Lo que los convierte en hijos de Abraham es esto último, y no su descendencia carnal por ser israelita o judío, si bien éstos también pueden serlo, pero siempre y cuando reciban a Jesús como el Mesías y abracen de verdad la fe del evangelio.

Años atrás, al leer la historia de Abraham que se nos narra en los capítulos 12 al 25 del Génesis, nos quedábamos con un interrogante.

¿Qué fin perseguía, y qué verdades encerraba este relato, que nos cuenta, en muchas partes con mucho detalle, las andanzas, peripecias y experiencias de este gran patriarca?

Posteriormente, descubrimos en dos versículos de Hebreos lo que nos iba a brindar, junto con otros de Romanos y Gálatas, la clave para entenderlo debidamente, y al mismo tiempo, ampliar sobremanera nuestra comprensión de sus vastas proyecciones.

Veamos esos dos versículos:

“Y por decirlo así, en Abraham pagó el diezmo también Leví, que recibe los diezmos; porque aún estaba en los lomos de su padre cuando Melquisedec le salió al encuentro.” (Hebreos 7:9-10)

En este pasaje, el autor de Hebreos se está refiriendo a la ocasión del encuentro de Abraham con Melquisedec, que se consigna en Génesis 14:18-20,

para trazar magistralmente el simbolismo de Melquisedec en cuanto a la persona de Cristo y Su sacerdocio eterno.

En los versículos que hemos citado, encontramos algo realmente sorprendente. Al darle Abraham a Melquisedec los diezmos del botín, Leví – del cual Abraham era en realidad el bisabuelo, aunque a los fines de lo que se está diciendo, se lo llama el padre – también pagó los diezmos.

Es decir, que eso que hizo Abraham, no sólo era algo hecho por él mismo, sino que también marcaba o programaba – valgan estos dos vocablos – la simiente de Leví, que él llevaba en sus lomos.

O bien, por decirlo de otra forma, para que quede más claro: Leví estando en los lomos de Abraham aun muchos años antes de nacer, recibió una marca o señal que, con toda propiedad podemos denominar un rasgo genético, que lo iba a predisponer para que, una vez en vida y con uso de razón, hiciera lo mismo que Abraham su padre había hecho muchos años antes.

Todo esto corrobora lo que, por otra parte, está plenamente avalado por la experiencia práctica: además de genes biológicos que inciden sobre el organismo físico, los hay también morales, que repercuten sobre el carácter de los hijos. Es por ello que nos permitimos usar la expresión *lomos espirituales*, diferenciándolos así de lomos en el sentido usual, lo cual hace pensar meramente en una descendencia carnal o de sangre.

Y añadimos que todo el enfoque de nuestra obra va en esa línea de los rasgos genéticos morales o espirituales, y no en la de los biológicos que afectan el organismo físico.

Así, pues, nos internamos en la verdad vasta y maravillosa de la simiente genética, un campo en el cual la ciencia ha hecho numerosos y muy significativos descubrimientos en las últimas décadas. No obstante, para evitar toda posibilidad de malentendido, reiteramos la salvedad de que nos estaremos refiriendo casi exclusivamente a genética moral o espiritual y no a la biológica.

Y hemos de acotar a esta altura que el sapientísimo Espíritu Santo, inspirador de las Sagradas Escrituras, por algo, y con todo peso y razón, ha colocado en primer lugar y en un principio de la Biblia el libro del Génesis.

Efectivamente, en él se encuentran los genes u orígenes de muchas de las grandes verdades, que luego pasan a desarrollarse en el resto de las Escrituras. Entre ellas se encuentra la maravillosa y estupenda de la simiente genética de Abraham, el cual es padre de todos nosotros, que intentamos sondear y desgranar en esta obra.

Muchos al tratar el tema de la paternidad de Abraham sobre los creyentes redimidos, parecen centrarse mayormente en que materialmente él era riquísimo, por la bendición de Dios sobre su vida. Sin desconocer esa faceta ni dejar de apreciar debidamente el hecho de que los verdaderos hijos de Dios normalmente podemos y debemos ser prosperados materialmente, el enfoque y la visión de este libro va mucho más allá. En efecto: siguiendo la trayectoria de Abraham en el hilo que nos traza la palabra de Dios, ya sea en forma directa o bien simbólica o alegórica, encontramos un rico y vasto caudal de cualidades y virtudes que trascienden los parámetros de lo material y económico, y nos elevan a alturas mucho mayores en nuestra vida y caminar en este mundo.

Al acometer esta tarea de sondear y desgranar todo esto, lo hacemos con una humilde y ferviente oración: que el Dios Creador Supremo, que todo lo sabe y todo lo ve – que muchos siglos atrás creó toda la maravilla del universo y del mundo en que vivimos – nos ilumine y dé gracia y fluidez de expresión, para exponer con claridad y precisión los maravillosos tesoros que se encuentran escondidos en la narración de la vida del gran patriarca Abraham, padre no sólo de la nación de Israel, sino de todos los hijos de Dios redimidos por la fe en Jesucristo.

Sobre todo en los comienzos del libro, se notará una tendencia a insistir, ampliar y explicar otra vez cosas ya dichas anteriormente. Si bien comprendemos que para algunos que lo entenderán sin dificultad la primera vez, esto podrá resultar innecesario y quizá hasta repetitivo, lo hacemos en beneficio de otros, cuya capacidad de comprensión podría ser menor.

Así las cosas, nuestra obra no será desde luego una joya o modelo literario, ni mucho menos. En cambio, aspiramos a que las verdades que presenta puedan quedar bien entendidas también por quienes, debido a una formación más elemental o rudimentaria, no cuentan con la misma capacidad de captación.

Éste es nuestro quinto libro. Cada autor inevitablemente imprime en cada una de sus obras el sello de su estilo, idiosincrasia y, tratándose de autores cristianos, el de su identidad espiritual también. Bajo ese denominador común que nos caracteriza, hemos procurado desde un principio que cada obra fuera distinta de las anteriores en su enfoque y tónica

general. En ese sentido, quizá esta quinta sea la que más se diferencia de las demás, y confiamos en que alcanzará una buena aceptación dentro del pueblo de Dios.

Además, como verá el lector, consta de 31 capítulos, que en general son breves. Al disponerlo de esta forma, hemos considerado la posibilidad de que algunos quisieran leerlo como libro devocional, un capítulo por cada día del mes, a lo que habría que agregar, al finalizar, el epílogo con que se cierra el libro.

Al igual que los anteriores, lo ponemos en venta a un precio muy módico, que lo coloca virtualmente al alcance de todo bolsillo. Subrayamos también que de todo esto no obtenemos ninguna ganancia económica personal. “De gracia recibisteis, dad de gracia” nos ha mandado el Señor, y así lo hacemos, con mucho placer y alegría.

Finalmente, recomendamos a cada lector que, antes de seguir con la lectura, abra su corazón al Señor en oración, para que, con mente y espíritu diáfanos, pueda comprender y absorber plenamente las muchas verdades y principios contenidos en este tan apasionante tema.

----- () -----

CAPÍTULO 1 – Abraham, el amigo de Dios

En primer lugar, y antes de entrar concretamente en materia, corresponde que hagamos una breve reseña de la vida de este personaje tan eminente, primeramente llamado Abram, que significa Padre enaltecido, y posteriormente Abraham, que quiere decir Padre de una multitud.

Como ya se ha dicho, su vida y trayectoria se nos narra en el libro del Génesis, del capítulo 12 al 25, si bien en muchas otras partes de la Escritura hay alusiones a él y a sus experiencias, que amplían y enriquecen nuestra comprensión y apreciación del vasto y sustancioso tema que vamos a tratar.

Oriundo de Ur, en tierra de los caldeos, nos maravilla pensar cómo el Dios omnisciente y eterno, de entre los millares y centenas de millares de ese gran imperio, lo conoció e identificó a él, como el vaso muy especial y altamente agraciado, por medio del cual se iba a valer para llevar a cabo grandiosos propósitos de proyecciones mundiales y eternas.

Desde su partida de Harán con su esposa Sarai – como entonces se llamaba Sara – y acompañado de su sobrino Lot, hasta su muerte a la edad de 175 años, transcurrió exactamente un siglo. Resulta por demás significativo que el tiempo que le llevó al Señor para cumplir todo Su vasto propósito para con su vida, contado a partir de su paso de obediencia de salir de Harán (Génesis 12:4), fue precisamenteye lo ya señalado – una centuria completa.

A veces los molinos de Dios muelen con lentitud, pero la pericia divina sabe extraer de ellos, al final, el producto depurado, precioso y perfecto que se había propuesto lograr.

Una de las distinciones más ilustres que la Escritura le ha otorgado es la de ser llamado *amigo de Dios*. (2ª. Crónicas 20:7, Isaías 41:8 y Santiago 2:23)

Desde luego que esto no va en el sentido casi superficial en que a menudo se usa este vocablo. Se trataba de mucho más: de una identificación y compenetración íntima y profunda con el Ser Divino, que lo iba a elevar a cimas sublimes de comunión con Él, y que habrían de tener repercusiones gloriosas y eternas.

De esa identificación, íntima y profunda, hemos de ocuparnos más detalladamente más adelante, pero, a los efectos de esta parte introductoria, tomamos solamente una faceta – la que atañe al título del libro – *Abraham, el cual es padre de todos nosotros*.

En esa compenetración y comunión, el Señor quiso compartir con él Su gran paternidad, llevándolo para lograrlo a experiencias de las más ricas y variadas, que le permitieron identificarse con Dios como el Padre eterno, de una forma y en una intimidad que creemos que posiblemente ningún otro mortal haya conocido.

El resultado final habría de ser estupendo y asombroso. Él, que como varón y ser humano no había tenido un solo hijo hasta la edad de 86 años, se habría de convertir en padre de multitudes innumerables como el polvo de la tierra (Génesis 13:16) y como las estrellas del cielo. (15:5)

Estas multitudes estaban y están comprendidas por una parte, por el pueblo de Israel, su descendencia carnal y de sangre, y por la otra, por aquéllos que lo son espiritualmente, por haber abrazado la fe, así como él la abrazó primero, como padre y pionero de ese camino.

La casi totalidad de nuestra obra se centra en esta segunda y última descendencia.

Corresponde, pues, que definamos con precisión quiénes son hijos e hijas de Abraham, en esta acepción de ser de su estirpe espiritual.

“Sabed, por tanto, que los que son de fe, éstos son hijos de Abraham.”
(Gálatas 3:7)

Por supuesto que esto no significa tener una fe tradicional, o en un sentido general y no del todo definido, sino algo mucho más concreto y preciso: una fe que surta en nosotros el mismo efecto que surtió en él.

Este efecto debe ser el de creer, recibir y obedecer la palabra que Dios nos ha hablado – en nuestro caso el evangelio de verdad – de tal forma que en lo más hondo del ser nos una al Dios que nos la habló, para honrarlo, seguirlo y servirle el resto de nuestra vida, así como lo hizo Abraham

Quienes podamos con toda certeza contarnos como uno de ellos, o una de ellas, debemos a partir de este momento comprender con toda claridad esta verdad sorprendente y asombrosa: *- hace muchos siglos, ya estábamos, como simiente espiritual, en los lomos de Abraham nuestro padre espiritual.*

Sí, él, nuestro padre, nos llevaba en sus lomos – lomos espirituales, valga la expresión, a la cual ya nos hemos referido, a todo lo largo de su peregrinaje terrenal.

A primera vista, a algunos esto les resultará extraño y hasta difícil de entender y aceptar, pero a medida que avancemos, confiamos en que se les irá aclarando y se les disipará toda duda.

Por ahora, agreguemos que la paternidad de Abraham sobre nosotros, no se opone a la gran paternidad eterna de Dios, nuestro Padre celestial, ni la contradice para nada. El hecho de que el Señor mismo le cambiase su nombre primitivo por el de Abraham, que significa, como ya se ha dicho, padre de una multitud, y que Pablo, tanto en Romanos 4:16 como en Gálatas 3:7 y 29 lo llama el padre de todos nosotros, basta para que desaparezca toda duda.

Quizá la explicación más sencilla sea la de señalar que, en Su trato especial con Su íntimo amigo Abraham, nuestro Padre celestial le quiso conferir a él el alto honor de ostentar y reflejar algo de Su gloriosa paternidad, sin que ello supusiera el opacar o disminuir de manera alguna Su propia paternidad celestial y eterna.

Su nombre aparece en la Biblia unas doscientas ochenta y seis veces, como Abram en un principio, y como Abraham con posterioridad. Como dato de interés, conviene agregar que más de la mitad de esas veces se lo menciona después de su muerte, lo que nos da un índice elocuente del peso y el impacto de su vida y persona aun con posterioridad a su deceso.

Tuvo, además, el altísimo honor de ser el primero, dentro de un grupo muy selecto de sólo cinco, a los cuales el Señor, al dirigirse a ellos personalmente, les llamara por su nombre dos veces.

Esta distinción tan especial, en el caso suyo se nos consigna en Génesis 22:11. Según ya señalamos en una obra anterior, aparte de él, sólo la tuvieron en el largo hilo posterior de la historia de las Escrituras, otros cuatro grandes personajes, a saber Jacob (Génesis 46:2), Moisés (Éxodo 3:4), Samuel (1^a. Samuel 3:10) y Saulo de Tarso, que después habría de ser el gran apóstol Pablo (Los Hechos 9:4)

Asimismo, tenemos una mención muy particular de Abraham, brotada de los propios labios de Jesús, en el pasaje de Lucas 16 sobre el rico y Lázaro, que se extiende del versículo 19 hasta el 31.

En una oportunidad posterior, al contestar Jesús a los saduceos, les dijo: *“Pero respecto a la resurrección de los muertos, ¿no habéis leído lo que os fue dicho por Dios, cuando dijo:*

Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob?
Dios no es Dios de muertos, sino de vivos.” (Mateo 22:31-32). Y según la versión de Lucas, agregó *“...pues para él todos viven.”* (Lucas 20:38b)

Esto no sólo confirma y refuerza la verdad de la vida después de la muerte física. Además de eso, echa de ver, con las palabras *“os fue dicho”*, que esa proclamación de ser el Dios de Abraham, Isaac y Jacob, que Dios le hizo a Moisés en el pasaje de la zarza, tenía un alcance mucho mayor. En efecto: al quedar inscrita en Éxodo 3:6, perseguía también el fin de que los saduceos la comprendiesen y supiesen, y desde luego para que todos nosotros también hagamos lo propio.

Pero volviendo ahora al pasaje de Lucas sobre el rico y Lázaro, debemos tener muy en cuenta que no se trata de una parábola, sino de algo que verdaderamente sucedió.

Esto se desprende con toda claridad de las palabras iniciales del relato: *“Había un hombre que se vestía de púrpura y de lino fino...”*

No hay nada en el resto del pasaje que pueda dar asidero a que se lo tome como una parábola – fue un hecho puntual y concreto - y Jesús lo narra como algo que aconteció de verdad.

Y, en medio de toda la solemnidad del más allá, de la cual se nos advierte, encontramos a Abraham en un rol destacado, y, casi diríamos, preponderante.

Por una parte, lo encontramos consolando en su seno a Lázaro, después de los muchos males que le tocó padecer aquí en la tierra. Por la otra, y de mucha importancia también, le vemos actuar con un alto grado de autoridad, negando al rico su pedido de que Lázaro fuese a refrescar su lengua, y que le enviase a testificar a sus cinco hermanos que seguían en vida, para que no terminasen ellos también en ese lugar de tormento.

En todo esto lo vemos como el que sigue siendo amigo de Dios, y muy íntimo por cierto. Y como señal de ello, por lo que podemos colegir del relato, hasta el día de hoy está ejerciendo, con una autoridad delegada a él por nuestro Padre celestial, un doble cometido, de gran autoridad y responsabilidad. Por una parte, el de consolar a los escogidos que fueron atribulados en su vida terrenal, y por la otra, el de rehusar clamores o pedidos de difuntos que durante su vida aquí en la tierra no han honrado ni obedecido a Dios.

Como vemos, pues, según Jesús nos hace entender, Abraham vive para Dios hasta el día de hoy, y como amigo de Él, se encuentra desempeñando funciones de la más alta envergadura. Estas dos que Jesús nos ha hecho saber, seguramente que van acompañadas de otras más, que conoceremos en nuestra vida futura con el Señor y todos los Suyos.

Como reflexión general sobre todo esto, y que habremos de corroborar con todo énfasis hacia el final: orgullosos y altamente agradecidos nos sentimos por tener en Dios semejante Padre celestial, tan sabio, poderoso y lleno de amor y misericordia. Y por añadidura, y como reflejo de todo eso, nos sentimos y sabemos también orgullosos y muy favorecidos, por ser hijos espirituales de un padre tan ilustre y distinguido como Abraham, el amigo de Dios.

Y hecha ya esta introducción, en los capítulos siguientes pasamos a explorar el rico y vasto caudal que el Padre celestial nos ha legado a través de él, que de una manera muy particular y especial, es también el padre de todos nosotros.

----- () -----

CAPÍTULO 2 – La simiente genética

Con el riesgo de sonar repetitivos, volvemos a puntualizar aquí el sentido y el alcance de haber estado nosotros, como semilla espiritual, en los lomos de Abraham nuestro padre muchos siglos atrás.

Lo hacemos porque sólo comprendiendo esto con claridad, se podrá entender, valorar y apropiarse debidamente todo el acopio de maravillosas verdades que trataremos de ir desgranando y desarrollando.

Los versículos 9 y 10 de Hebreos 7, ya citados anteriormente, nos señalan el factor genético en forma clarísima. Leví estaba aún en los lomos de Abraham, y al darle éste los diezmos a Melquisedec, fue como si su acción hubiese repercutido para marcarlo o programarlo, a fin de que, una vez en vida y llegado su tiempo, él también – Leví – hiciese lo propio, es decir pagase los diezmos.

Desde luego que nos referimos aquí a los diezmos solamente porque ése es el hecho puntual que se señala en la cita de Hebreos, pero por supuesto que el principio de la simiente genética espiritual se aplica a todo lo demás también.

En definitiva, que a los que somos verdaderamente de la fe, según la definición de lo que es ello que ya hemos dado en el capítulo anterior – Abraham, como nuestro padre, ya nos llevaba a todos como semilla espiritual dentro de sus lomos.

Ahora bien: al ser conducido él por la mano diestra y omnisciente del Señor, por todo ese derrotero que recorrió durante el largo de su vida, fue afrontando una serie de pruebas, luchas, contingencias y disyuntivas. En todas éstas, con fe y absoluta obediencia al Señor, se convirtió en un

verdadero pionero del camino de la fe y del Espíritu. Muchas, o más bien casi todas esas situaciones porque él tuvo que atravesar, representan, ya sea en figura o en forma real y directa, señalizaciones de otras tantas situaciones que típicamente conciernen a la vida cristiana, y tienen que ser enfrentadas de una forma u otra por nosotros, los hijos de Dios, e hijos de Abraham.

Así, al llevarlo el Señor a Abraham por todo ese largo y maravilloso sendero, estaba haciendo algo realmente estupendo. Por así decirlo, lo estaba convirtiendo en un formidable ordenador, en el cual, con sabiduría y pericia insondables, estaba programando la semilla espiritual de millones y millones de los que íbamos a ser de la fe.

Llegado el tiempo de cada uno de nosotros, canalizados a través de Jesucristo, la simiente por excelencia, nos habríamos y habremos de encontrar, en virtud de esa magnífica programación divina, con la disposición de decidir, elegir y actuar de la misma forma que nuestro padre Abraham, siguiendo las pisadas de la fe que él dio hace muchos siglos. (Romanos 4:12)

Hemos puesto *canalizados a través de Jesucristo, la simiente por excelencia*, para que quede bien claro que, al igual que la paternidad de Abraham no se opone ni contradice para nada a la de Dios nuestro Padre celestial, esta programación genética tampoco lo hace en absoluto con la obra redentora de Cristo – por el contrario, se canaliza totalmente a través de Él y de ella, como se consigna en Gálatas 3:16.

Debemos notar bien un punto importante en cuanto a la palabra *descendencia*, que en la revisión 1960 de la traducción de Casiodoro de Reina, aparece a menudo en toda la historia de Abraham, e incluso cuando se habla de él en el Nuevo Testamento. Estrictamente, en los originales hebreo y griego, en todos o casi todos los casos la palabra empleada es *simiente*.

Aun cuando la misma también significa *descendencia*, resulta mucho más rica al hacernos ver que en ella – en la simiente o semilla – se encuentran los rasgos o propensiones de Abraham nuestro padre, a quien pertenece y de quien procede.

Así, estamos virtualmente programados para vivir y andar como él anduvo, es decir, con una disposición de dar las mismas pisadas y elegir, decidir y actuar de la misma forma en que él lo hizo.

En realidad, esto es como la influencia paternal de un padre sobre sus hijos, pero llevado a un nivel mucho más alto y completo, al colocarnos Dios en sus lomos, en ese lugar de hijos de él, un padre al cual pudo llevar por caminos maravillosos y metas y cumbres tan gloriosas.

Desde luego que esta disposición de actuar como lo hizo él conque estamos programados, no contraría de modo alguno el principio del libre albedrío. Seguimos siendo dueños de nuestra propia voluntad, pero por la gracia divina que nos ha sido dada, y por ser simiente de él, contamos con una preciosa predisposición para actuar y elegir como lo hizo él, y no como lo hicieron Lot, Esaú, Caín y muchos otros, que tomaron un rumbo totalmente opuesto.

En el capítulo siguiente comenzamos a tratar los pasos ejemplares y maravillosos que Abraham fue dando, y su repercusión sobre la semilla espiritual de cada uno de nosotros, que, lo repetimos, ya se encontraba dentro de sus lomos.

Confiamos en que la explicación introductoria de este capítulo haya quedado bien comprendida, pero, en caso de no ser así, recomendamos que se la lea otra vez detenidamente y previa oración, a los fines de captarla con toda claridad.

En tantos y tantos casos, creyentes hijos de Dios, en su deseo de avanzar y ahondar en su vida espiritual, asisten a retiros o convenciones, o bien leen libros o escuchan cintas, en búsqueda de algo nuevo, adicional a lo que ya tienen.

La tónica general de esta obra va en sentido distinto:- no se trata de buscar cosas nuevas o diferentes que no se tienen, sino a descubrir lo que ya se tiene en virtud de esa bendita simiente genética, para así tomar plena conciencia de ello y potenciarlo debidamente, a fin de que se cristalice en plenitud.

Para ilustrarlo, a veces hemos pensado en el caso de un niño que a la edad digamos de diez u once años, en general se desempeña en la escuela con cierta mediocridad. Tal vez sus padres le han animado a interesarse en aritmética, historia o computación, pero ninguna de las tres parece interesarle mayormente, ni tampoco logra destacarse en ninguna de ellas.

No obstante, un buen día, inesperadamente, su maestro descubre en él algo que antes no había percibido. En efecto: en una clase de geometría, haciendo buen uso del compás, la regla, el tiralíneas, etc., da muestras de

una habilidad muy especial, y se sale con unos trazos muy acertados, con una proporción y simetría que van mucho más allá de lo que se puede esperar de un niño normal de su edad.

Además, en esto se encuentra muy a gusto, y con el correr del tiempo sabe que debe orientarse al oficio de delineante. Eventualmente llega a ser uno de primera línea, y en esa actividad, sencilla pero muy útil y provechosa, encuentra su pequeño pero feliz destino.

Esta habilidad particular en el sentido que hemos señalado, era algo que se encontraba ya dentro del niño, quizá heredada de algún antepasado suyo. Al lograr descubrirla y potenciarla, pudo encauzarse por el rumbo que en realidad le correspondía en la vida. La capacidad para hacerlo estaba latente en él, pues fue algo con que en realidad estaba dotado desde el mismo momento de nacer, aunque, claro está, solamente en forma embrionaria.

Y lo que permitió que todo ello se cristalizara fue el descubrir lo que ya estaba dentro de él y darse a ello, cultivándolo con tesón y empeño.

De eso, pues, se trata este enfoque particular de la simiente genética, heredada de nuestro padre Abraham.

----- () -----

CAPÍTULO 3 – Su llamamiento y la primer pisada de fe.

“Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré.” (Génesis 12:1)

Ésta es la primer vez que el Señor le habló a Abram, como todavía se llamaba entonces. Le habló en Ur de los caldeos, en Mesopotamia, según nos hace saber Esteban en su exposición ante el concilio de Jerusalén. (Los Hechos 7:2-4)

Abraham (#) obedeció, pero, como generalmente se considera, lo hizo en forma incompleta, pues además de su mujer, salió acompañado de su padre y su sobrino Lot, para ponerse en camino a la tierra de Canaán. Asimismo, al llegar a Harán se detuvo con ellos y se quedaron allí por un buen tiempo. Esto nos da un panorama de obediencia parcial. Por una parte, porque no continuó el viaje hasta llegar a la tierra de Canaán, sino que se detuvo en Harán y, al parecer, por bastante tiempo. Por la otra, no dejando su parentela, sino dejándose acompañar por su padre Taré y su sobrino Lot. El primero muy bien puede haberlo hecho detenerse en Harán todo ese tiempo, pues no fue hasta después de su muerte que continuó viaje hasta llegar a Canaán. En el mismo pasaje ya citado, Esteban afirmó que, una vez fallecido su padre, *“Dios le trasladó a esta tierra”* (por la tierra de Canaán)

En cuanto al segundo, su sobrino Lot, sabemos que las contiendas entre sus pastores y los de Abraham obligaron a una separación, después de la cual Lot siguió una trayectoria nefasta.

(#) Aunque a esta altura todavía se llamaba Abram, para guardar uniformidad usamos el nombre Abraham que Dios le dio posteriormente, y por el cual todos lo conocemos. Por la misma razón ponemos Sara en lugar de Sarai.

A la postre, ésta resultó en el nacimiento de Moab y Ben-ammi, que más tarde vinieron a ser padres de los moabitas y amonitas respectivamente – dos pueblos que a lo largo de la historia fueron enemigos declarados del pueblo de Israel.

Como decimos más arriba, un panorama de obediencia parcial, y que tardó bastante tiempo en completarse.

Sin embargo, debemos tener en cuenta lo radical y drástica que fue la palabra de su llamamiento. Se trataba de dejar por completo todo el mundo y el entorno conocido hasta entonces, para ir a un lugar totalmente indeterminado y desconocido para él, el cual el Señor le mostraría con posterioridad.

También mediaba el aspecto muy a tenerse en cuenta, de un corte con su parentela, el cual, como vemos por el relato, fue gradual y costoso.

En nuestro tiempo y dispensación, Dios nos habla la palabra del evangelio de verdad, mandándonos a arrepentirnos y creer de corazón en la muerte de Jesucristo por nuestros pecados y Su resurrección al tercer día.

Las consecuencias que resultan de abrazar y obedecer esta palabra de verdad casi siempre son las mismas: dejar nuestro mundo y círculo de amistades mundanas, para emprender la marcha en un camino nuevo y desconocido.

Las dificultades y pruebas a que esto da lugar, en muchos casos son bastante considerables, a lo que hay que agregar nuestra falta de

conocimiento y experiencia en cuanto a lo que en realidad constituye una aventura nueva, andando por un camino que nunca hemos transitado antes.

Esto de por sí nos ayuda a apreciar la comprensión y tolerancia con que el Señor contempló esos titubeos, y el progreso lento de Abraham en esa primera etapa. De paso, nos alienta pensar que con muchos de nosotros, por las mismas razones, Él ha sido igualmente comprensivo y tolerante.

Al mismo tiempo, nos resulta más fácil así sentirnos identificados con nuestro padre Abraham, viendo en él a un hombre falible, y, sobre todo en los comienzos, con algunas lagunas o fallos, y no un personaje totalmente exento de ellos.

Pero en definitiva, lo que le aconteció a él en ese principio, en esencia es lo mismo que nos acontece a los que somos hijos de él, redimidos por la sangre de Jesucristo, el Cordero de Dios.

Aun cuando las circunstancias externas son generalmente muy distintas, lo que nos sucede es que recibimos de parte de Dios Su palabra expresa para nosotros, canalizada, como se ha dicho, a través del evangelio de perdón, salvación y vida eterna.

Al creer, recibir y abrazar esa palabra, la misma nos une en lo más íntimo del ser al Dios que nos la habló. De ahí en más, le amamos, seguimos y servimos todo el resto de nuestra vida.

Esto fue lo que pasó con Abraham, y lo que, al pasarnos a nosotros, nos constituye en *"los que son de fe"*, y por lo tanto, hijos de Abraham. (Gálatas 3:7)

Hemos de ver, pues, como primer conclusión práctica y que nos incumbe a todos nosotros, lo siguiente: tú, querido lector, quien esto escribe, y cada uno en particular, debe saber a ciencia cierta y sin la menor duda, que eso que define a los verdaderos hijos de Abraham es algo a lo cual nos podemos suscribir con absoluta certeza y confianza.

En otras palabras, se trata de saber que lo que le sucedió a Abraham en ese principio hace muchos siglos, en esencia y aunque con matices externos distintos, sin lugar a dudas nos ha sucedido a nosotros también.

Y al llegar a esto hacemos la siguiente composición de lugar: como simiente espiritual de nuestro padre, estábamos en sus mismos lomos desde ese mismo comienzo. Al dar él esa primer pisada de fe, nos marcó y programó a nosotros para que, llegado el punto de tiempo en que la palabra expresa de Dios nos había de llegar, tuviésemos la misma disposición de crearla, abrazarla y obedecerla.

El hecho de que esa obediencia inicial fue parcial y tuvo que sobreponerse a muchos obstáculos y reservas, no la desmerece ni le resta efectividad en su transmisión a nosotros. Por el contrario, la identifica con nosotros y nuestra propia experiencia inicial, que también en muchos casos ha sido de una obediencia no del todo completa, y que ha tenido que superar serios escollos y contrariedades.

Por último, un hecho adicional muy importante y que va mucho más allá de lo que venimos diciendo: al hablarle Dios a Abraham, Su palabra viva entró en su vida como una simiente de Su misma persona, teniendo los ingredientes de Su carácter, Sus atributos y Sus cualidades.

Más adelante abarcaremos esto en más detalle, pero por ahora nos limitaremos a puntualizar uno de Sus atributos: el de ser el Padre eterno.

En la simiente de esa palabra hablada por el Señor a Abraham, iba sin lugar a dudas ese atributo de Su eterna y gloriosa paternidad.

Así, al depositarse en el espíritu de Abraham, ya le confirió, aunque todavía solamente en forma embrionaria, el reflejo terrenal de esa paternidad, la cual iba a desarrollarse y madurarse en el resto de su vida, para convertirlo en *Abraham, el padre de todos nosotros*.

Ahora pasamos a lo que nos proponemos hacer al final de cada capítulo:- resumir en una reflexión condensada la verdad o verdades principales del mismo.

Tú y yo, como verdaderos hijos de Abraham, estábamos ya en él como semilla espiritual cuando Dios le habló, diciéndole que dejase su tierra y su parentela para ir a la tierra que le habría de mostrar. Su obediencia nos marcó y programó de tal manera, que, por la gracia de Dios, y ejerciendo también nuestro libre albedrío, tuvimos la misma disposición que tuvo él de creer, abrazar y obedecer esa palabra.

----- () -----

CAPÍTULO 4 – La promesa global y el altar a Jehová

Junto con el llamamiento a salir de su tierra y parentela, y de ir a la tierra que le habría de mostrar, el Señor le dio a Abraham una promesa de enorme magnitud, que para los sentidos naturales podría parecer un imposible.

“Y haré de ti una nación grande, y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre, y serás bendición.”

“Bendeciré a los que te bendijeren, y a los que te maldijeren maldeciré; y serán benditas en ti todas las familias de la tierra.” (Génesis 12:2-3)

Esta promesa inicial fue, por así decirlo, la promesa global que abarca de forma panorámica todo el vasto propósito que Dios tenía para su vida. Más tarde, a medida que corriese el tiempo, y Abraham fuese avanzando en su derrotero, el Señor pasaría a desgranarla en varios puntos específicos que irían surgiendo, y también la iría ampliando, hasta que alcanzase su proyección completa.

En forma muy sintética, la promesa tenía los siguientes puntos:

1) Hacer brotar de él la gran nación de Israel, que actualmente cuenta con varios millones establecidos en su propia tierra, y muchísimos millones más, que se encuentran dispersados en muchas naciones del orbe.

2) Bendecirlo y engrandecer su nombre, de modo que él fuese bendición a muchos más.

3) Recompensar con bendición a cuantos lo bendijeren, y castigar con maldición a cuantos lo maldijeren.

4) Hacer que en él fuesen benditas todas las familias de la tierra.

Esta última sobre todo, habría de expresarse de forma más concreta más adelante, especificando que esto sería a través de su simiente por excelencia, el Cristo prometido para la redención del género humano.

Nos limitamos a esto por ahora, pues más adelante habremos de entrar en mayores detalles, a medida que siga el relato y las promesas se vayan confirmando de forma más específica.

El altar a Jehová.-

“...Y edificó allí un altar a Jehová, quien le había aparecido.” (12:7)

“...y edificó allí altar a Jehová, e invocó el nombre de Jehová.” (12:8)

“...y edificó allí altar a Jehová.” (13:18)

En su marcha desde Harán hacia la tierra de Canaán, avanzando hacia el Sur, Abraham se detuvo primeramente en Siquem y posteriormente en un monte entre Betel y Hai.

Al levantar su tienda en estos dos lugares, al igual que al hacerlo un buen tiempo después en Hebrón, vemos que hizo algo muy importante y lleno de profundo significado: *edificó un altar al Señor*.

Tanto en Ur de los caldeos, de donde procedía, como en la tierra de Canaán, con toda seguridad que había muchísimos altares levantados a sus propios dioses por esos pueblos paganos.

Abraham fue muy claro en testimoniar, en medio de ese mundo tan idólatrico que lo rodeaba, que él sólo honraba a Jehová, el gran Yo soy, que se le había aparecido y lo había llamado.

Bien podemos visualizarlo, al llegar como forastero, con su mujer, toda su servidumbre y todos sus bienes y ganado, proceder a levantar el altar como su primer prioridad.

La observación *“...y el cananeo estaba entonces en la tierra”* que encontramos en 12:6b, da pie a que comprendamos el punto muy importante de que él y todos los que iban con él, junto con todos sus bienes, se convertían en el foco de atención de los habitantes de toda esa tierra.

Seguramente contemplarían con gran curiosidad cómo instalaba su campamento este forastero tan extraño, y que, a no dudar, les inspiraba mucho respeto. Más que nada les llamaría la atención ver la forma en que levantaba, no bien llegado, ese altar tan particular, y que no respondía a ningún dios conocido por ellos.

No resulta difícil imaginar que al hacer esto, Abraham asumía un riesgo muy evidente. Estaba en tierra extraña, como forastero, rodeado de gente totalmente desconocida, que adoraba y se postraba delante de sus dioses paganos.

Al no honrar a ninguno de ellos, y en vez, invocar ante la vista de todos a su Dios - Jehová, totalmente desconocido por esos pueblos, indudablemente se exponía a un grave riesgo.

Sin embargo, nada de esto sirvió para intimidar o disuadir a nuestro padre, de hacer lo que sabía que debía hacer a toda costa y siempre: honrar

al Dios verdadero que se le había aparecido, y le había llamado y hablado con tanta claridad y de forma tan expresa.

Así, con valentía singular se arriesgaba mucho. Empero, lo hacía convencido de que Dios, que le había mandado ir a esa tierra, era fiel y poderoso para guardarlo de todo mal.

Ante ese altar “*invocó el nombre de Jehová*”, según ya hemos citado de Génesis 12:8b. Eso suponía inclinarse y postrarse ante el Señor, al pie del altar que denotaba su entrega y total obediencia a Él, y con absoluta prescindencia de todo otro dios ajeno.

Al mismo tiempo, también suponía agradecerle y alabarle por Sus muchas mercedes, Su protección contra todo mal, y Su provisión tan generosa y abundante, de la cual ya había comenzado a disfrutar en el tiempo en que estuvo en Harán.

Igualmente, podemos agregar que esa invocación del nombre de Jehová también consistía en implorar Su favor y continua misericordia, para que lo guiase y guardase en todo momento de los muchos peligros que se le podían presentar.

Uno de ellos evidentemente podría ser que los pueblos de esas tierras, al verlo como un forastero que había venido a morar entre ellos, tuvieran recelos en cuanto a sus intenciones, o envidia al verlo prosperar y enriquecerse.

Mas el Señor le dio sobradas muestras de Su fidelidad, pues no sólo lo guardó de ser atacado por ellos y de todo otro peligro, sino que hizo que más tarde le reconociesen, respetasen y honrasen como a un príncipe de Dios entre ellos. (23:6)

El altar y la invocación del nombre de Jehová, no sólo era un acto de valentía, al dar ese claro testimonio ante la vista de esos pueblos paganos, de que él pertenecía exclusivamente al Señor y nada tenía que ver con los dioses falsos de esa tierra. Era además algo presenciado y absorbido por Sara su mujer, su sobrino Lot y las personas que había adquirido en Harán y que le acompañaban y servían.

Todo esto agradaba sobremanera al Señor, e iba poniendo un fundamento firme en su vida, que permitiría que sobre él se fuese edificando paulatinamente todo el inmenso bien que estaba dispuesto para su futuro por la rica providencia divina.

Como hijos de Abraham, encontramos en nuestro fuero interno una firme determinación de honrar a nuestro Señor, y testimoniar ante el mundo que nos rodea que Él, y sólo Él, es nuestro Dios. Que seamos incomprendidos, que nos tengan por fanáticos o que se burlen de nosotros, poco o nada ha de preocuparnos. Nuestro anhelo más caro y profundo ha de ser honrarlo a él y serle fieles por encima de todo lo demás en la vida.

----- () -----

CAPÍTULO 5 -Su descenso a Egipto y regreso

*“Hubo entonces hambre en la tierra, y **descendió** Abraham a Egipto para morar allá...” (12:10)*

Como señalamos anteriormente, algo que nos permite y nos ayuda a identificarnos mejor con Abraham, lo constituyen las muestras de falibilidad e imperfección que en algún lugar u ocasión hallamos en él, en medio de las tantas y tantas virtudes que enaltecen su figura.

Al llegar a Siquem, situada bien dentro de la tierra de Canaán, el Señor se le había aparecido para decirle que le daría esa tierra a su simiente.(12:7)

Ahora, al surgir una situación de escasez y hambre en ella, él decide trasladarse a Egipto para morar allá, por lo menos mientras durase esa situación.

Sin duda, fue un paso en falso, aunque con el atenuante de la gravedad del hambre imperante. Hemos subrayado y puesto en negrita **descendió**, porque además de ser un descenso en el sentido geográfico – hacia el sudoeste – lo fue también en cuanto al camino de la fe que había emprendido.

Su Dios le había dicho que fuese a la tierra que Él le habría de mostrar, y al llegar a Canaán le había manifestado que era ésa. Lo coherente y consecuente habría sido quedarse en ella, y no seguir su marcha hacia otra tierra, por pensar que en ella estaría mejor.

Los hechos posteriores confirman lo que estamos diciendo. Por empezar, durante ese tiempo en que estuvo en Egipto no se nos consigna que el Señor le haya hablado ni una sola vez.

Además, el declarar que Sara no era su mujer y esposa, sino su hermana, le acarreó serias dificultades. Sobre eso que hizo, no sólo en esa ocasión, sino en una posterior en Gerar en el Neguev, que naturalmente nos parece, y con buena razón, algo extraño y casi inexplicable, hemos de comentar más detalladamente más adelante.

Pero lo concreto es que el resultado de eso fue que Faraón le mandó que se marchase, diciéndole:

"Ahora, pues, he aquí tu mujer; tómala y vete." (12:19)

Como vemos, su descenso a Egipto tuvo un desenlace nada feliz ni satisfactorio.

Tal vez podría haber optado por continuar desde Egipto a otra tierra distinta, pero en su fuero íntimo sabía que no debía hacerlo, y, aun cuando en Canaán muy probablemente continuaba el hambre, emprendió el regreso.

Aquí tenemos un rasgo favorable de su carácter, que sin duda repercutió en la simiente genética que llevaba en sus lomos: la de reconocer, por el trato de Dios, a veces como en esta oportunidad, por la adversidad y aun el escarmiento, el haberse salido de la voluntad divina y la necesidad urgente de emprender el retorno.

Subió, pues, Abraham de Egipto hacia el Neguev, él y su mujer, con todo lo que tenía, y con él Lot."

"Y volvió por sus jornadas desde el Neguev hasta Betel, hasta el lugar donde había estado antes su tienda entre Betel y Hai, al lugar del altar que había hecho allí antes; e invocó allí Abraham el nombre de Jehová." (13:1,3 y 4)

Mientras su marcha de Canaán a Egipto fue un descenso, en su regreso tuvo que subir.

Irse al mundo lo pone a uno en la cuesta abajo, que en un sentido puede ser fácil, pero que, desde luego, lleva a un mal fin. En cambio, el retorno es una cuesta arriba, que casi siempre ha de ser más difícil y laboriosa.

La razón – como ya explicamos en una obra anterior – es que de esta forma – ardua y trabajosa – se ha de valorar más y mejor la recuperación de lo perdido, y será muy poco probable que uno se vuelva a extraviar.

Si por el contrario, el retorno se hiciese fácil y sencillo, uno muy bien podría ser proclive a reincidir, pensando que siempre habría de ser muy fácil y sencillo volver a andar lo desandado.

Además, ese retorno arduo y laborioso, no sólo fortalece la fuerza de voluntad y el deseo de conservar aquello que se ha luchado tanto por recuperar. Junto con ello, en todo el proceso se van aprendiendo lecciones y principios de mucha importancia, que, de otra forma, tal vez nunca se hubieran conocido y apreciado.

Abraham no retornó meramente a la tierra de Canaán, sino que se encaminó al preciso lugar del altar que había levantado, y allí volvió a invocar el nombre de Jehová.

El retorno no debe ser meramente al ámbito de la iglesia y sus reuniones y demás actividades. Se ha de volver al altar de la consagración total de la vida al Señor, y a invocar Su nombre de verdad, con todo lo que ello implica.

No leemos que Abraham haya hecho nada de esto en Egipto, así como no lo puede hacer quien se aleja del Señor mientras esté en el mundo.

Empero, le estamos muy agradecidos a Dios que Abraham nuestro padre tuvo en su ánimo emprender con firme resolución el largo y laborioso camino del retorno. Y lo hizo *por sus jornadas*, sin claudicar ni cejar en su empeño hasta completarlo cabalmente.

Eso nos marcó, estando como estábamos en sus lomos como simiente espiritual. Y quienes, como él, hayamos tenido la debilidad y el fallo de dar pasos en falso parecidos a los suyos, nos hemos encontrado, no obstante, con la misma firme resolución de volver a toda costa al lugar del altar y la invocación del nombre del Señor, sabedores de que en él, y sólo en él, están nuestro hogar y nuestro destino.

Querido lector que tal vez te encuentras, ya sea apartado de Dios y en el mundo, o bien en la esfera de la iglesia y sus actividades, pero alejado en realidad del altar de la consagración total de tu vida: -

Identifica y reconoce esa determinación de regresar, que yace debajo de la superficie de tu estado actual, en lo hondo de tu hombre interior. Con ánimo resuelto, ponla en pleno funcionamiento, zafándote de todas las ataduras que buscan tenerte apresado, impidiendo que alcances ese alto destino que Dios te tiene señalado.

Toma ya los primeros pasos, y como Abraham, emprende el derrotero ascendente – laborioso, pero que bien vale la pena – que te ha de llevar a recuperar lo perdido.

Y una vez logrado esto, podrás avanzar como él, escalando posiciones hasta que seas lo que debes ser en la vida, pues si no, no serás nada.

----- () -----

CAPÍTULO 6 – Un padre riquísimo

“Y Abraham era riquísimo en ganado, en plata y en oro.” (13:2)

A pesar de su traspíe en Egipto, y del cual como ya vimos se recuperó plenamente, Abraham fue muy bendecido materialmente por el Señor. Esto se nos señala en el versículo anterior, que aparece a la altura de su regreso de Egipto al Neguev, que es la parte meridional de la tierra prometida.

Evidentemente, este rasgo de su riqueza se ha transmitido a su simiente carnal, el pueblo de Israel. Hasta el día de hoy, se puede advertir que muchas de las fortunas más acaudaladas del mundo pertenecen a hombres y mujeres de sangre judía o israelita.

También puede decirse, en términos generales, que en parte por ser diligentes y emprendedores, y en parte por reposar todavía la bendición terrenal de Dios sobre ellos, donde quiera que vayan tienden a prosperar por encima de otros, sobre todo de la mayoría de los pueblos árabes.

En cuanto a los que constituimos la simiente espiritual por ser de la fe, podemos decir que, en general, el mismo rasgo se encuentra, o debiera encontrarse, en nosotros, aun cuando debemos comprenderlo y delimitarlo dentro de los claros parámetros del régimen de la gracia establecidos en el Nuevo Testamento.

Este régimen abarca bienes y riquezas que van mucho más allá de lo material y tangible. Nos da el oro imperecedero de esos valores sublimes y eternos, que sobrepujan y trascienden todo lo terrenal, y nos elevan a niveles muchísimo más altos de gracia y favor celestial.

Hay quienes, basados en el versículo citado más arriba, y en otros similares, han hecho un hincapié indebido y excesivo en la prosperidad material.

Viendo las cosas desde esa perspectiva, a menudo se ha querido interpretar que quien no cuenta con riquezas y abundancia en lo material, es porque la bendición de Dios no está sobre su vida, o bien porque su estado espiritual no es sano y saludable.

Esto es un gran error, sin lugar a dudas. En países tales como la China, por ejemplo, hay muchísimos cristianos, sobre todo en la iglesia subterránea, que viven muy cerca de Dios y tienen un nivel de entrega y servicio muy alto.

Sin embargo, por las condiciones imperantes en el país, distan mucho de vivir en la prosperidad y abundancia. Lo mismo puede decirse de creyentes en muchos otros países del comúnmente llamado tercer mundo. Empero, la gracia de Dios les permite sobrellevarlo bien, y a menudo, en medio de tanta pobreza y miseria, el Señor les provee hasta milagrosamente para cubrir sus necesidades básicas.

También sucede, en no pocos lugares y ocasiones, dentro de esos países del tercer mundo, que, después de su conversión, los creyentes pasan a un nivel económico de vida mucho mejor, y esto es indudablemente un testimonio de la bendición de Dios.

En el mundo occidental en que nos encontramos, en el cual la tónica general es de una relativa prosperidad material, las cosas se han de ver en su debido lugar.

Es claro que estando rodeados de gente inconversa que, por las condiciones de la economía reinante viven razonablemente bien, sería incongruente, y estaría muy mal, que los creyentes estuviesen en la indigencia, casi diríamos, dando lástima a los demás.

Con tal de que honren al Señor con sus diezmos y ofrendas, y sean diligentes y responsables en el trabajo, ha de esperarse que vivan bien y desahogadamente.

También sucede casi como norma general que – siempre dentro del mundo occidental – quienes antes han estado en condiciones de pobreza material, a poco de convertirse y pasar a vivir ordenadamente en Cristo, su posición económica mejora sensiblemente y pasan a estar al nivel de prosperidad de los demás.

Éste es sin duda un testimonio elocuente de las muchas verdades del evangelio: que Cristo también vino a liberarnos de la maldición de la indigencia y la miseria.

No obstante, el darle a la prosperidad ese hincapié indebido y excesivo a que nos hemos referido, como si fuese el factor principal y por encima de todos, constituye sin la menor duda un craso error de criterio, que deja relegados a segundo plano los verdaderos valores que hacen a esta vida y a la eternidad.

Recordamos oír el caso, hace unos buenos años, de un predicador que en tiempos pasados presentaba el evangelio en la sencillez y claridad con que lo encontramos en el Nuevo Testamento. Sin embargo, ahora afirmaba haber entrado en una mayor dimensión de fe y visión, que lo había enriquecido mucho, y como muestra y prueba de ello exhibía los anillos, pulseras de oro y otras joyas que llevaba.

Nuestra reacción fue de sentir lástima de una persona con semejante mentalidad. Ese oro reluciente y engañoso, por ser, entre otras cosas, totalmente innecesario y prescindible, lo encontramos totalmente inatractivo. En cambio, lo que anhelamos y buscamos con el mayor ahínco y empeño, es el oro del obrar auténtico de Dios en nuestra vida, asemejándonos paulatinamente y más y más a la imagen de Su Hijo amado.

Eso sí que es oro – de verdad e imperecedero. Y creemos que todo verdadero hijo de Dios, y que vive cerca de Él y regido por los claros dictados de la palabra, habrá de concordar totalmente.

Nuestro padre Abraham era riquísimo y sus hijos por cierto que no hemos de vivir como pobretones ni mucho menos, sino en la provisión adecuada y plena de Dios nuestro Padre celestial. Y esto, por lo ya explicado, no está reñido o en contradicción con el hecho de que, en países de nivel de vida inferior, los creyentes vivan en condiciones más humildes.

Pero, por sobre todo, hemos de ver que nuestro padre Abraham era sobremediano rico en cuanto a Dios y los valores perdurables y eternos de la fe, la obediencia, el sacrificio y muchos más, que se irán desarrollando a medida que avancemos en los capítulos siguientes.

Su mira no estaba puesta en alcanzar la riqueza material, sino en honrar y obedecer a su Dios, y buscaba la ciudad celestial, como también hemos de ver más adelante.

Al Señor le plugo premiar esa actitud de su corazón, dándole también una gran prosperidad material, sabiendo que él no iba a poner su afecto ni su confianza en ella, sino en Él, su Dios, que se la había dado.

Finalmente, por supuesto que no se ha de buscar honrar y obedecer al Señor, teniendo como móvil el que nos bendiga y prospere materialmente.

La máxima de Jesús *“Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas”*, encuentra aquí su plena aplicación, pero con la salvedad de que, por el contexto, se ve claramente que *“todas estas cosas”* son lo necesario para vivir como corresponde.

No son, por cierto, una abundancia que va más allá, a lo superfluo, al lujo y al despilfarro de dinero que podría invertirse mucho más provechosamente en la extensión del reino de Dios.

Como simiente de Abraham, estamos programados a ser riquísimos en cuanto a los valores perpetuos de la gracia y el favor divino, y también a que nuestro Padre celestial supla todo cuanto nos haga falta, para así poder vivir digna y desahogadamente, y en Su plena y perfecta voluntad para nosotros.

----- () -----

CAPÍTULO 7– “Elige Tú por mí”

Lot, sobrino de Abraham, también tenía ganado y tiendas, y la tierra no era suficiente para que habitasen juntos, pues sus posesiones eran muchas.

Al haber contienda entre los pastores de ambos, Abraham reaccionó de forma que denota dos rasgos nobles y buenos en su carácter.

“Entonces Abraham dijo a Lot: No haya ahora altercado entre nosotros dos, entre mis pastores y los tuyos, porque somos hermanos.” (13:8)

Aquí vemos al varón pacífico, que no quiere altercados ni contiendas, sino que busca la paz. Dos de los requisitos de anciano u obispo que se nos dan en Tito 1:7 son que no sea iracundo, ni tampoco pendenciero.

En este sentido – y en muchos más – debe ser de la estirpe de Abraham. Esto es todo lo contrario de la persona contenciosa, que en una situación como ésta tomaría la parte de sus pastores, y entraría en discusiones y reclamos acalorados.

¡Qué carnal y desagradable es eso! A personas como éstas, mejor perderlas que encontrarlas, pues sólo traen disgustos y dolores de cabeza.

En cambio, ¡cuán placentero y bueno es tratar con hijos de la paz, como Abraham, que lejos de reclamar, protestar o pelear, siempre buscan el camino de la concordia y la calma!

Para los hombres y mujeres mansos, hay multitud de hermosas promesas de bendición en las Escrituras, mientras que la misma Escritura nos advierte con toda claridad que el camino de los que no lo son, ha de llevar a la postre a un mal fin.

“¿No está toda la tierra delante de ti? Yo te ruego que te apartes de mí. Si fueres a la mano izquierda, yo iré a la derecha; y si tú a la derecha, yo iré a la izquierda.” (13:9)

Siendo Abraham mayor que su sobrino Lot, y de hecho, el cabeza del gran campamento en que se encontraban, nada más lógico que fuese él quien tuviese la primera elección.

Sin embargo, en otro rasgo de nobleza, no se apresura en absoluto, sino que lo deja en manos de Lot. Este, como bien sabemos, elige para sí la tierra de riego que piensa que le ha de brindar gran prosperidad y pingües ganancias.

No obstante, su mala elección lo fue llevando a poner sus tiendas en la corrompida y malvada Sodoma, con el consiguiente triste fin que ya es conocido.

En cambio, Abraham se establece en el resto de la tierra – en lo que le dejó Lot, pensando que él había elegido para sí la mejor parte. Y quedándose en ese lugar, con Sara y sus pastores y posesiones, el Señor le habla, instándole a que alce sus ojos y mire hacia los cuatro puntos cardinales – que toda esa tierra, tanto la que había elegido Lot para sí, como toda la restante, ha de ser para él en posesión perpetua, y que su simiente o descendencia ha de ser incontable como el polvo de la tierra.

Ésta es la dichosa porción de quien no elige para sí, y sabe dar lugar a otros, esperando en Dios, en la confianza de que Él le ha de dar, a su tiempo, esa buena, y a menudo mejor porción que le tiene asignada.

Notemos que esta promesa específica en cuanto a la tierra que le había de tocar, dada a un Abraham que había salido de su tierra sin saber a dónde iba, fue hecha inmediatamente después de algo muy importante: la separación de Lot.

Abraham había recibido claramente ese llamamiento celestial. Lot no lo había recibido, y se agregó a la expedición, probablemente invitado por Abraham a que lo hiciese, por el vínculo carnal que los unía.

Esto guarda cierta reminiscencia con el caso de Juan Marcos, sobrino de Bernabé, que acompañó a éste y a Pablo en parte del primer viaje misionero, sin tener el llamamiento, que era sólo para los otros dos. En ambos casos el resultado fue desfavorable, aun cuando Juan Marcos fue posteriormente restaurado, mientras que Lot, como ya se ha dicho, tuvo un triste y muy mal fin.

De todos modos, lo que resalta en todo esto es la necesidad de separar lo que es paja o carne, de lo que es trigo limpio o espíritu. Mientras eso no suceda, inevitablemente habrá serias contrariedades y grandes desengaños.

Al igual que a nuestro padre Abraham, por el factor hereditario espiritual, nos brota un temperamento plácido y apacible, y la gracia de no elegir para nosotros mismos, sino dejar que Dios lo haga por nosotros.

Y por su experiencia que hemos narrado, también absorbemos la necesidad de una separación de lo que es de la carne, para andar en espíritu puro, en la senda que nos toca transitar siguiendo el llamamiento celestial.

----- () -----

CAPÍTULO 8– El Guerrero Tenaz y Vencedor

“Oyó Abram que su pariente estaba prisionero, y armó a sus criados, los nacidos en su casa, trescientos dieciocho, y los siguió hasta Dan.”

“Y cayó sobre ellos de noche, él y sus siervos, y les atacó, y les fue siguiendo hasta Hoba al Norte de Damasco.”

“Y recobró todos los bienes, y también a Lot su pariente y sus bienes, y a las mujeres y demás gente.” (Génesis 14:14 -16)

Muchas son las cualidades y virtudes que encontramos en nuestro padre Abraham.

Como ya hemos dicho antes, algunos sólo parecen advertir que era riquísimo en lo material, y se centran mayormente en ese factor, e invierten mucho de su fe y esfuerzo en ese aspecto, con el evidente fin de prosperar y enriquecerse ellos y también aquéllos a quienes tutelan.

Por nuestra parte, insistimos en que no dejamos de apreciar y valorar la riqueza material de Abraham, sabiendo bien que lo normal es que sus hijos también sean prosperados, pero según los lineamientos ya puntualizados en el capítulo sexto.

No obstante, nuestra visión y enfoque van mucho más allá, discerniendo a través de su maravillosa trayectoria, las muchas cualidades morales y espirituales que se nos van mostrando en casi todo lo largo de la misma. Algunas, como ya se ha dicho, aparecen en forma simbólica o alegórica; otras, como ésta del guerrero tenaz y vencedor, de forma directa o “en vivo.”

No deja de resultar paradójico que un hombre del cual hemos dicho en el capítulo anterior que era muy pacífico, ahora digamos que fue al mismo tiempo un guerrero tenaz. Y es que Abraham era pacífico, por no querer tener altercados ni contiendas, prefiriendo el sendero de la paz y concordia.

Pero tratándose de una situación muy distinta – la de su sobrino Lot llevado cautivo con su mujer e hijas y sus bienes – brotaba en él la disposición de ir a luchar por liberarlo, y recuperar todo lo que los reyes enemigos le habían robado.

Muchos años más tarde vemos a David, del linaje de Abraham y con la genética de él también, hallarse en una situación en algo parecida.

Al volver de Afec, donde los filisteos estaban apostados para guerrear contra Israel, se encontró con que Siclag, la ciudad en que él moraba en ese entonces, había sido asolada y quemada por los amalecitas, quienes también se habían llevado cautivas a sus mujeres y todos los demás que moraban allá, junto con sus bienes.

Fue un trance muy difícil, pues la gente que estaba con él se angustió mucho y hasta hablaban de apedrearlo a él.

Mas David se fortaleció en el Señor y le consultó, inquiriendo si debía proseguir a esos enemigos y si podría alcanzarlos.

La respuesta que recibió fue categóricamente afirmativa:

“Síguelos, porque ciertamente los alcanzarás, y de cierto librarás a los cautivos.” (1ª. Samuel 30:8)

De los seiscientos hombres que iban con él, doscientos se quedaron atrás al llegar al torrente del Besor, pues no lo pudieron atravesar por estar exhaustos y sin fuerzas. Pero los restantes cuatrocientos se sobrepusieron al gran cansancio que tenían, y con David al frente, cayeron sobre los amalecitas mientras éstos estaban de fiesta, comiendo y bebiendo en celebración del gran botín con que se habían hecho.

Después de una larga lucha que duró desde aquella mañana hasta la tarde del día siguiente, logró vencerlos.

“Y libró David todo lo que los amalecitas habían tomado, y asimismo libertó David a sus dos mujeres.”

“Y no les faltó cosa alguna, chica ni grande...todo lo recuperó David.” (1ª. Samuel 30: 18-19)

No se nos dice que Abraham haya consultado al Señor, antes de emprender la marcha en pos de los enemigos que se habían llevado cautivo a Lot con los suyos y sus bienes.

No obstante, seguramente que en su fuero interno sabía que era su deber moral ir a intentar el rescate de Lot. No cupo en él para nada el razonamiento de que Lot se había buscado esa situación en que se encontraba, al ir a levantar sus tiendas cerca de Sodoma, y por lo tanto, allá él.

Fue así como armó a todos sus siervos – trescientos dieciocho en total – y con la ayuda de tres varones oriundos de esas tierras que eran sus aliados – Aner, Escol y Mamre – se lanzó a perseguir a los reyes que, con Qedorlaomer al frente, se habían marchado con el botín que habían logrado, al vencer al rey de Sodoma y los demás que estaban de su lado.

Sin lugar a dudas fue también una marcha muy larga y esforzada, igual que la de David con sus hombres. Al llegar a Dan, bien al Norte de la tierra, les dio alcance y cayó sobre ellos de noche y les atacó, siguiéndolos hasta un lugar llamado Hoba, más allá de Damasco.

También al igual que David, Abraham lo recuperó todo.

“Y recobró todos los bienes, y también a Lot su pariente y sus bienes, y a las mujeres y demás gente.” (14:16)

Hemos consignado someramente estos dos relatos, porque en ellos se nos ejemplifica algo con que los verdaderos hijos de Abraham se han encontrado, y se han de seguir encontrando, en muchas y diversas ocasiones a través de la historia, y en las vicisitudes de su peregrinaje terrenal.

En efecto: aunque en circunstancias muy variadas y distintas, el problema de fondo ha sido y seguirá siendo el mismo: enemigos declarados que, aprovechando una situación favorable, arrebatan almas y posesiones del pueblo de Dios y los tienen apresados y a su merced.

En esas coyunturas se han de levantar varones y mujeres de valía y coraje, con la genética de Abraham, para acometer la tarea – ardua y esforzada – de luchar contra esos enemigos y arrancar de sus garras a los cautivos que se han llevado, y recuperar todos los bienes perdidos.

No se trata de una lucha carnal, sino espiritual. En ella se han de emplear las armas de la fe, la palabra de Dios, la oración y el ayuno, todas con firme determinación, pero también en mansa obediencia al Espíritu Santo, buscando en todo Su tutela y Su gracia.

El pasaje del valle de los huesos secos, que se encuentra en Ezequiel 37:1-10, nos brinda una importante y significativa aportación sobre el espíritu guerrero.

“Así ha dicho Jehová el Señor: Espíritu, ven de los cuatro vientos, y sopla sobre estos muertos, y vivirán.”

“Y profeticé como me había mandado, y entró espíritu en ellos, y vivieron, y estuvieron sobre sus pies; un ejército grande en extremo.” (37:9b-10)

Anteriormente, esos huesos que revivieron habían pertenecido, a no dudar, a personas de los más variados oficios y profesiones: carpinteros, plateros, maestros, enfermeros, estudiantes, administrativos o escribientes, etc.

Pero ahora, al entrar el Espíritu en ellos, por así decirlo, todos experimentaron un brusco cambio de oficio: pasaron a ser guerreros.

En Éxodo 15:3 y Salmo 24:8 se nos dice que el Señor es varón de guerra, fuerte y valiente, poderoso en batalla.

Por su parte, nuestro Señor Jesús, en la arena del Calvario se nos mostró como el guerrero titánico que, a costa del más indecible dolor y sacrificio, ganó la batalla más grande e importante del universo y de la historia.

Sin la menor duda, Abraham nuestro padre tenía la genética celestial del gran Dios – Padre, Hijo y Espíritu – que está empeñado en la gran guerra contra el mal.

El enemigo del amor, la luz y la verdad, y todas sus huestes de maldad, fueron vencidos total y finalmente en la cruz. (Colosenses 2:15)

No obstante, la desobediencia, el tomar decisiones equivocadas como la de Lot, y muchas otras formas en que se les da lugar, les permiten todavía mantener cautivos a creyentes negligentes, incautos o carnales y hacerse de considerable botín.

¡Cuánta falta hace que ese espíritu del guerrero tenaz que fue Abraham aflore en muchos de nosotros, para luchar con denuedo por su liberación y la recuperación de todo el botín que esos enemigos se han llevado!

Descubre en tu hombre interior, querido lector, esa genética del guerrero tenaz y vencedor. Ponte a potenciarla con el cultivo expreso de las armas espirituales que hemos enumerado.

Deja que el Señor te ayude a enfocarte en la cautividad de algún ser querido, familiar, vecino o amigo, y lucha y no cejes hasta lograr su completa liberación, y el recobro de todo lo perdido, así como lo hicieron Abraham, y, muchos años más tarde, David.

----- () -----

CAPÍTULO 9 – El Encuentro con Melquisedec (1)

Siguiendo el relato como hemos estado haciendo, de la forma y en el orden en que se va narrando en el Génesis, llegamos ahora a la ocasión trascendental del encuentro de nuestro padre Abraham, con este personaje tan especial y maravilloso llamado Melquisedec.

Para no hacer de este capítulo uno demasiado extenso, fraccionamos lo mucho que hay que decir sobre el tema en cuatro partes, con un capítulo para cada una de ellas.

El nombre Melquisedec, como lo puntualiza el libro de Hebreos, significa Rey de Justicia. Además de sacerdote del Dios Altísimo, Melquisedec era Rey de Salem, que significa Rey de Paz.

Notemos como algo de sumo interés, que fue el único personaje en el Antiguo Testamento que tenía el doble rol de rey y sacerdote, no pudiendo ninguno del pueblo de Dios ostentar esas dos funciones, debido a que los sacerdotes necesariamente tenían que ser de la tribu de Leví, y los reyes, a partir de David, de la de Judá.

En el Nuevo Testamento tenemos a Jesús en ambas funciones – rey y sacerdote – con el feliz agregado de que, a todos nosotros, con Su sangre nos ha hecho tanto reyes como sacerdotes. (Apocalipsis 1:5-6 y 5:9-10)

Aparte de este brevísimo pasaje en que se lo menciona en el Génesis, y que sólo consta de tres versículos, en el Antiguo Testamento no se habla otra vez de Melquisedec, sino en un solo versículo del Salmo 110.

Sin embargo, el autor de la epístola a los Hebreos - Pablo, Apolos o quien quiera que haya sido – se explaya con respecto a él con una amplitud y una profundidad realmente admirables.

El capítulo 7 de esa epístola está lleno de cosas de lo más sustanciosas. Se parte de la base de que Melquisedec es una alegoría o representación de Cristo, abarcando varias facetas de Su persona y ministerio.

Aunque, como ya anticipamos más arriba, nos extenderemos bastante sobre él, en realidad no nos estamos saliendo del tema o hilo central, como podría parecer a primera vista. Efectivamente, cuanto se nos dice de Melquisedec, aunque trasciende el tiempo y la dispensación de Abraham, en realidad está igualmente relacionado con él y nuestro tema principal.

El hecho de que su nombre, como ya hemos dicho, quiere decir Rey de Justicia, nos lleva a nuestro Jesús, a quien el apóstol Juan llama *Jesucristo el Justo*. (1ª. Juan 2:1) Es decir, que para Él, el kilo tiene exactamente mil gramos y el metro mil milímetros, ni uno más, ni uno menos; en otras palabras, que es de una justicia minuciosa y cabal.

Como Rey de Salem, Hebreos 7:2 lo proclama como el Rey de Paz. Ahora bien, debido a nuestro pecado, estábamos enemistados con Dios y no había forma de alcanzar la paz con Él, sin violar la estricta justicia divina.

Pero fue en el Calvario que la misericordia divina zanjó ese abismo insalvable, y así leemos en el Salmo 85:10 estas hermosas palabras:

*“La misericordia y la verdad se encontraron;
La justicia y la paz se besaron.”*

¡Qué maravilla! La justicia y la paz estaban separadas una de otra de forma imposible de superar. Empero, la misericordia y el genio de Dios hallan la forma de eliminar en el Calvario ese tremendo abismo, y en Cristo Jesús las dos se unen maravillosamente en el precioso beso del amor divino.

“...sin padre, sin madre, sin genealogía; que ni tiene principio de días, ni fin de vida, sino hecho semejante al Hijo de Dios...” (Hebreos 7:3)

Aquí se traza magistralmente la eternidad de Cristo, a través de la forma en que el relato del Génesis nos presenta a Melquisedec.

En el mismo no se consigna para nada el nombre de su padre ni de ninguno de sus antecesores, cosa que es nada común en las Escrituras. En efecto: casi siempre vemos que, al introducirse en el relato el nombre de algún personaje importante, se deja constancia de quién fue su padre, y, a veces, su madre también.

Igualmente, en la continuación del relato, muchas veces se dan los nombres de los hijos o descendientes.

Al no aparecer nada de esto en cuanto a Melquisedec, es como si se lo presentase como “Ilovido del cielo”, sin nadie que lo precediese, ni hijo que lo sucediese, denotándose así con toda claridad su incuestionable eternidad.

Pero donde más se extiende Hebreos es en el terreno del sacerdocio de Melquisedec, quien es presentado en el relato del Génesis como sacerdote del Dios Altísimo.

Se toma como elemento de juicio fundamental la única otra cita del Antiguo Testamento en que se habla de él, que como adelantamos más arriba, está en el Salmo 110.

Éste es un salmo mesiánico, cuyo primer versículo fue citado por Jesucristo en cada uno de los tres evangelios sinópticos, y por Pedro el día de Pentecostés. (Mateo 22:44, Marcos 12:36, Lucas 20:42-43 y Los Hechos 2:34-35)

En el cuarto versículo de ese salmo encontramos esta declaración, que es clave para el resto de la exposición de Hebreos 7:

*“Juró Jehová, y no se arrepentirá:
Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec.”*

Se subraya entonces que esto indica con toda claridad la institución de un nuevo sacerdocio en reemplazo del levítico, que queda abrogado a causa de su debilidad e ineficacia. (Hebreos 7:18)

Como muy bien se señala en el último versículo del capítulo, la ley mosaica constituía sumos sacerdotes a hombres débiles y mortales. En cambio, la palabra del juramento, inscrita muchos años después por la pluma de David bajo la inspiración del Espíritu Santo, constituye al Hijo de Dios, hecho perfecto y por toda la eternidad.

Además, hay otro aspecto importantísimo, en el cual se establece una gran superioridad sobre el sacerdocio aarónico o levítico.

En éste, el sumo sacerdote y sus hijos eran lavados, vestidos con ropas para honra y hermosura, ungidos, consagrados y santificados, todo dentro de un rico y complejo ritual, con el que quedaban constituidos en su sacerdocio.

No obstante, había algo – importantísimo como adelantamos – que no se daba: el juramento.

Son muchas las ocasiones en que Dios, a lo largo del hilo histórico de las Escrituras, se ha puesto bajo juramento. Desde luego que cada vez que lo ha hecho, ha sido con el peso tremendo e irresistible de Su omnipotencia y de Su verdad, que han servido y servirán siempre de aval inquebrantable. Huelga decir también que Dios nunca jamás ha jurado ni jurará por algo que no le merezca la más absoluta confianza.

Tomemos por ejemplo el caso del primer sumo sacerdote, Aarón, hermano mayor de Moisés.

Si bien en la etapa posterior de su vida fue rehabilitado y restaurado bajo la tutela de Moisés, en los principios, a poco de salir Israel de Egipto, tuvo serios fallos. El más grueso y lamentable fue el de hacer un becerro de oro con los zarcillos de las orejas que le fueron traídos, y consentir que se lo honrase diciendo "*Israel, estos son tus dioses, que te sacaron de la tierra de Egipto*". (Éxodo 32:2-4)

Como es bien sabido, esta aberración garrafal y casi inexplicable, provocó una gran ira por parte de Dios contra él, y fue sólo merced a la intercesión de Moisés, con un segundo ayuno de cuarenta días, que permitió que fuese perdonado y no se viera irrevocablemente destituido del sacerdocio. (Ver Deuteronomio 9:18-20)

Más tarde, después de completarse la erección del tabernáculo y ser constituido sumo sacerdote, con todo el ritual prescrito y que ya hemos delineado previamente, eventualmente le tocó, en el día de la expiación, entrar en el mismísimo lugar santísimo, en la presencia silenciosa pero igualmente terrible y temible, del Dios todopoderoso y tres veces santo.

Como se nos dice en Hebreos 10:2 y 4, la sangre de los toros o machos cabríos que se ofrecían en ese entonces, no podía satisfacer plenamente la conciencia ni quitar los pecados.

Bien podemos entonces visualizar a Aarón, recordando en esa ocasión con vergüenza y mucho temor, esa terrible aberración suya en lo del becerro de oro a que ya nos hemos referido. Seguramente que se habrá sentido muy mal.

Así las cosas, desde luego que Dios, con Su presciencia inerrable, no podía de ninguna manera instituirlo en el sacerdocio con un juramento de Su parte.

Nuestro sumo sacerdote Jesucristo, en el orden del régimen actual de la gracia, es todo lo contrario de lo que fue Aarón en esa primera etapa de su carrera. Aunque tentado en todo, no cedió jamás ni un ápice, y Su vida indestructible, y hecha perfecta para siempre (Hebreos 7:16b y 28b) hace que Su sacerdocio sea plenamente eficaz, inmutable y eterno.

Es por esa razón que Dios – que como ya señalamos, nunca ha de jurar por algo que no sea de la más total y absoluta confianza y fiabilidad – pudo en cuanto a Él ponerse bajo firme y expreso juramento.

La vida, el carácter y la persona de Su Hijo – intachables y perfectos hasta el grado más elevado que se pueda concebir – le inspiraban tal confianza y seguridad, que con toda claridad y certeza pudo alzar Su mano y jurar que Su sacerdocio ha de continuar y perdurar por toda la eternidad.

De paso notemos que la sangre preciosa de Cristo nos permite a nosotros, en el ejercicio de nuestro sacerdocio, entrar confiadamente al Lugar Santísimo con corazones purificados de mala conciencia, y nuestros pecados – por graves y vergonzosos que hayan sido – totalmente perdonados, quitados de en medio y olvidados para siempre. (Hebreos 10:19-22 y 8:12b)

Como hijos de Abraham y contando con la genética de él, nosotros también tenemos encuentros enriquecedores con Cristo, nuestro

Melquisedec, aun cuando los mismos sean en circunstancias distintas y con matices diferentes.

----- () -----

CAPÍTULO 10 – El Encuentro con Melquisedec (2)

“Entonces Melquisedec, rey de Salem y sacerdote del Dios Altísimo, sacó pan y vino.” (Génesis 14:18)

Abraham había ganado una gran batalla contra los cuatro reyes, que habían vencido a la alianza de los cinco que se habían sublevado contra ellos. Sin duda, a su regreso y tras marcha tan larga y ardua, él y los que habían ido a la guerra con él, estarían sumamente cansados, y muy posiblemente hasta exhaustos, hambrientos y sedientos.

Por tanto, el encuentro con Melquisedec resultó muy oportuno, pues, sirvió para reanimarlo y confirmarlo.

Muchas veces el Señor se nos manifiesta, o nos habla, anima o consuela de una manera especial, después de un conflicto o lucha esforzada y en la cual le hemos sido fieles.

El hecho que se nos narra históricamente de que Melquisedec sacó pan y vino, en primer lugar debe interpretarse como una provisión práctica para un Abraham, que, como ya se ha acotado, venía, junto con su ejército improvisado, cansado y muy probablemente con bastante hambre y sed también.

No obstante, en segundo lugar, debemos ver mucho más allá. En esa ocasión, Abraham recibió simbólicamente el pan y vino de la comunión y del nuevo pacto, que siglos más tarde Jesucristo, nuestro Melquisedec, iba a instituir ante Sus discípulos y para Su iglesia de todos los tiempos, como un recordatorio de amor de Su persona y Su sufrimiento a favor nuestro.

De esta manera, quedamos frente a frente con algo realmente sorprendente y estupendo: la primer vez que tomamos del pan y de la copa de la comunión de la sangre de Cristo, no fue en esa primera oportunidad inmediatamente posterior a nuestro bautismo, en que participamos de la santa cena en la asamblea local en que nos congregábamos.

En realidad, fue muchos siglos antes, cuando estábamos en los lomos de nuestro padre Abraham, como semilla espiritual de verdaderos hijos de él por la fe en Jesucristo.

Eso que sucedió entre Melquisedec y Abraham en ese encuentro – la entrega del pan y vino - repercutió en la simiente que llevaba dentro de sí, “programándonos”, o si se prefiere, señalando y predisponiéndonos para que, llegados nuestro tiempo y nuestra hora, nosotros también los recibiésemos, de muy buen grado y con profunda gratitud también, como seguramente los recibió Abraham.

¡Bendito Pan de Vida!

Cuando Jesús les habló a los judíos en la sinagoga en Capernaum en la oportunidad que se nos cuenta en Juan 6, a ese pan, que lo representa a Él mismo, además del *Pan de Vida*, lo llamó de varias formas más, a saber:

“El verdadero pan del cielo” (versículo 32b)

“El pan de Dios” (versículo 33)

“El pan que desciende del cielo” (versículo 50) y

“El pan vivo que descendió del cielo”. (versículo 51)

En su exposición, subrayó el incalculable bien que recibe quien come de él, y que se resume de la siguiente manera:

- a) vivirá para siempre o eternamente (versículos 51 y 58b)
- b) tendrá vida eterna, no sólo en cuanto a duración, sino también esa calidad de vida inmensamente superior a la mera existencia o vida natural. (versículo 54)
- c) ese pan es verdadera comida (versículo 55) y el que lo come permanece en Cristo, y Cristo en él. (versículo 56)
- d) asimismo, el que lo come vivirá por Él (Cristo). (versículo 57)

Debemos asociar todo esto con el proceso entero que se sigue en la elaboración del pan, y que esbozamos sintéticamente a continuación, para apreciar un poco más el precio y sacrificio que le costó a Jesús para lograr todo eso a favor nuestro.

- a) el grano de trigo que cae primero en tierra y muere;
- b) la molienda, a través de la cual debe pasar el grano para convertirse en harina y ser amasada;
- c) el horno a muy alta temperatura porque debe pasar, y que nos habla del horno del Getsemaní hasta Su muerte en el Calvario, y por el cual

tuvo que pasar imprescindiblemente para poder llegar a ser el verdadero pan de vida;

d) por último, el pan no se puede comer entero, sino que hay que partirlo, cosa que de hecho Jesús manifestó de Su cuerpo, atravesado por los clavos de los que lo crucificaron, al decir:

“Tomad, comed; esto es mi cuerpo que por vosotros es partido; haced esto en memoria de mí.” (1ª. Corintios 11:24)

¡Bendita copa de la comunión de Su sangre!

La sangre de la uva (Deuteronomio 32:14b), siendo Él la vid verdadera, (Juan 15:1), es la verdadera bebida que nos ha sido dada y que, además de perdón y redención, nos comunica Su propia vida y nos habla cosas mejores y gloriosas. (Hebreos 12:24)

Sobre esto hemos escrito con bastante amplitud en el capítulo IX – *Mi Sangre del Nuevo Pacto*, de nuestro primer libro, “Las Sendas Antiguas y el Nuevo Pacto.” Quien lo tenga podría beneficiarse con darle un buen repaso, como algo de valor y edificación.

La reflexión que surge de este capítulo tiene una doble proyección.

Por una parte nos insta a tomar plena conciencia de esa maravilla, obra de un Dios que no está limitado ni condicionado, como nosotros, por el tiempo ni por el espacio. Muchos años antes de nacer, estando en los lomos de nuestro padre Abraham, ya tomamos por primera vez el pan y el vino de la comunión.

Por la otra, así como nuestro padre los recibió directamente de Melquisedec, al participar la próxima vez, entremos en un sentido más solemne y profundo de lo que estamos haciendo. Así, al recibir tanto el pan como la copa – sin desmedro alguno del siervo, pastor, anciano, diácono o hermano que nos los trae – hagámoslo como algo que nos ofrece con tanta gracia y amor el mismo Jesús, nuestro Melquisedec, hecho Sumo Sacerdote perfecto y para siempre.

----- () -----

CAPÍTULO 11– El Encuentro con Melquisedec (3)

“...y le bendijo, diciendo: Bendito sea Abram del Dios Altísimo, creador de los cielos y de la tierra; y bendito sea el Dios Altísimo, que entregó tus enemigos en tu mano. Y le dio Abram los diezmos de todo.” (Génesis 14:19.20)

¡Qué contraste abismal hay entre la ley y la gracia!

En la primera parte de Deuteronomio 27, se consigna que al pasar el Jordán y entrar en la tierra prometida, el pueblo de Dios tenía que levantar piedras grandes, revocarlas con cal, y escribir claramente sobre ellas todas las palabras de la ley mosaica.

A continuación en el mismo capítulo, se nos dice que seis de las tribus se debían ubicar sobre el monte Gerizim para bendecir al pueblo, y las otras seis sobre el monte Ebal – que significa árido o falta total de crecimiento – y desde allí pronunciar la maldición.

Lo curioso y muy significativo es que, en lo que resta del capítulo, no figura ninguna bendición pronunciada por las seis primeras tribus. En cambio, a partir del versículo 15 y hasta finalizar el capítulo en el 26, tenemos la maldición que debían pronunciar las otras seis, de la forma más enfática y reiterada que se pueda concebir.

En efecto: cada uno de esos doce versículos, sin excepción alguna, comienza con la palabra *maldito*. Y el último lo resume todo, diciendo: *“Maldito el que no confirmare las palabras de esta ley para hacerlas.”*

Como maravilloso contraste, muchos siglos después, Jesús, mediador de un mejor pacto, basado en mejores promesas, subió al monte de Galilea sobre el cual pronunció el célebre sermón del monte, tan lleno de verdades y preceptos, todos ellos de un orden y grado muy superior a todo lo conocido hasta entonces.

Llama poderosamente la atención que en todo lo largo del mismo, de Sus labios no salió para nada esa palabra *maldito*. En vez de ello, desde el versículo 3 de Mateo 5, en que empieza a hablar, hasta el 11 inclusive, encontramos que cada sentencia comienza con una misma palabra, preciosa y bendita: *bienaventurados*.

Y con esto va la reflexión - con profunda y tierna gratitud - de que para poder otorgarnos la bienaventuranza de Su inefable bendición, Él tuvo que

llevarse sobre Sus hombres santos, con espíritu de abnegación y sacrificio en su máxima expresión, la maldición que pesaba sobre todos nosotros.

Precioso Jesús, que vino para quitar la maldición de en medio, y al mismo tiempo traernos bendición sin par y cual ningún otro, ni en el cielo ni en la tierra, nos podía traer.

A poco de nacer él en el pesebre de Belén, los pastores recibieron esa visita del ángel, que proclamaba la nueva de gran gozo, y la multitud de huestes celestiales alababan con fervor y unción, dando gloria a Dios en las alturas por esa cosa tan bendita y maravillosa que acababa de suceder.

Toda Su vida terrenal, y en particular el tiempo de Su ministerio sin igual, fue un derrotero en que dispensaba bendición tras bendición a cuantos le buscaban y recibían.

Quizá algunos de los muchos que no pudieron estar con Él en los momentos finales, inmediatamente antes de Su ascensión, les preguntarían a los que fueron testigos de ella:

¿Y qué fue lo último que dijo o hizo?

Y la respuesta, según nos hace saber Lucas 24:51, habría sido: ¡NOS BENDIJO!

¡Gloriosa trayectoria de derramar bendición tras bendición, de principio a fin!

Melquisedec – fiel reflejo y representación de Cristo – después de sacar pan y vino, pasó a bendecir a Abram, como todavía se llamaba entonces nuestro padre.

Según puntualizamos anteriormente, no tenemos ningún antecedente de Melquisedec previo a este pasaje. No obstante, en la bendición que pronunció se evidencian por lo menos dos cosas que son de mucha importancia.

La primera es que él sabía muy bien que Abraham era del Dios Altísimo, del cual él mismo era sacerdote.

¿Lo había conocido y tratado anteriormente?

No podemos descartarlo por completo, aunque la Escritura no nos da ningún indicio de que así haya sido.

La segunda, en la parte en que bendice al Dios Altísimo, es que él sabía muy bien que la victoria resonante que había logrado contra los cuatro reyes, Abraham se la debía a ese Dios suyo, que los había entregado en sus manos.

Y aquí añadimos un comentario que omitimos expresamente en el capítulo VIII, en el que lo vimos como el guerrero tenaz y valiente que luchó con denuedo y venció en aquella oportunidad.

Leyendo el relato, llama la atención que, contando con tan sólo trescientos dieciocho siervos, a los cuales armó para improvisar un ejército, más sus tres aliados amorreos – Aner, Escol y Mamre – lograrse vencer a cuatro reyes que estaban al frente de otros tantos ejércitos, y que acababan de vencer a cinco reyes que se les habían sublevado.

También hay que tener en cuenta que en esa larga marcha, él y sus trescientos veintiún soldados habrán llegado al escenario del combate bastante cansados. Sin embargo, hicieron lo que debe calificarse de una asombrosa hazaña, cayendo sobre los enemigos de noche, atacándolos, poniéndolos en retirada, persiguiéndolos por una gran distancia, y recobrando la totalidad del botín con que se habían hecho.

Al bendecirlo a Abraham, Melquisedec era bien consciente de que eso sólo había podido ser por la intervención divina a su favor – *“el Dios Altísimo, que entregó tus enemigos en tu mano.”*

Y éste es, sin duda, otro precioso legado genético con que contamos los hijos de Abraham: el de poder derrotar a enemigos inmensamente superiores en fuerza a nosotros, y recobrar de ellos todo el botín perdido, merced al formidable poder de nuestro Dios que obra a nuestro favor.

¡Como para llenarnos de un sano orgullo de ser hijos de Abraham, y más que eso aun, de Dios, nuestro Padre celestial, eterno y todopoderoso!

El comentario de Hebreos consigna que Melquisedec bendijo al que tenía las promesas, añadiendo que *“sin discusión alguna, el menor es bendecido por el mayor.”* (7:6-7)

Es decir, que lo veía como el altamente favorecido depositario de las grandes promesas de Dios; pero, aun así, se había encontrado con uno mayor que él.

Debemos tener en cuenta que la epístola estaba dirigida a los hebreos, que siempre por tradición se gloriaban sobre manera de tener a Abraham como padre. (ver Mateo 3:9 y Juan 8:39) Para ellos el hecho de que hubiese un hombre de carne y hueso como ellos, pero que fuese superior a Abraham, les resultaba algo muy difícil de aceptar.

De ahí esta observación tan acertada y oportuna, y que robustece el hilo de la epístola sobre la superioridad de Cristo sobre los ángeles, y sobre todos los patriarcas y profetas que lo precedieron.

Pero no debemos omitir la parte final de la cita de nuestro encabezamiento:

“Y le dio Abram los diezmos de todo.”

En algunos lugares, últimamente ha surgido una abierta resistencia contra la enseñanza de que el creyente debe dar sus diezmos en la iglesia en que se congrega. Se afirma que nada de esto aparece en el Nuevo Testamento.

Es verdad que esto es así, y que la administración de los diezmos en el Antiguo Testamento, no guarda una relación exacta con lo que generalmente se enseña para la actualidad.

Para ser estrictamente correctos, debemos notar que los diezmos del producto que rindiera el campo, o bien el dinero logrado por la venta del mismo, tenía como primer fin servirle para adquirir el alimento y cubrir los demás gastos, en ocasión de los tres viajes al año a Jerusalén que cada israelita debía hacer, para guardar las fiestas de la ley mosaica. (Deuteronomio 14:22-26)

Adicionalmente, al tercer año se lo debía dar al levita, al extranjero, al huérfano y a la viuda. (Deuteronomio 26:12)

Asimismo, se debían dar las primicias a los sacerdotes levitas, en atención a que el Señor los había apartado para administrar en el nombre de Jehová. (Deuteronomio 18:3-4)

No podemos, pues, trazar un paralelo rígido y obligatorio, pero no cabe duda de que si hay siervos de Dios trabajando a tiempo pleno al frente de una congregación o asamblea, nada más justo y correcto que los fieles de la misma correspondan al esfuerzo y sacrificio que realizan, apoyándolos con sus diezmos y ofrendas.

¿Que el dar los diezmos no está precisa y expresamente prescrito en el Nuevo Testamento?

Sí, es verdad; pero también es verdad que Romanos 4:12 nos dice que los hijos de Abraham siguen las pisadas de fe que él tuvo, e incuestionablemente, una de ellas fue darle a Melquisedec – sin ninguna obligatoriedad, pero, a no dudar, de muy buen grado – los diezmos de todo.

También se nos señala en Hebreos 7:6 que Melquisedec los tomó o recibió de él, lo que nos da a entender que las ofrendas y los diezmos que damos, aunque encauzados o canalizados a través de los hombres, en realidad se los damos a nuestro Melquisedec, el Señor Jesús.

Con él, no podemos ni debemos ser mezquinos, y Pablo nos exhorta en 2ª. Corintios 9:6, recordándonos que *“El que siembra escasamente, también segará escasamente; y el que siembra generosamente, generosamente también segará.”*

Reflexión final:

Como simiente de Abraham, podemos esperar y debemos buscar, tener encuentros sucesivos con el Señor Jesús, nuestro Melquisedec. En cada uno de ellos, Él nos bendecirá, confirmará y fortalecerá, para que podamos seguir con pie firme en las pisadas de fe que tuvo nuestro padre Abraham.

Asimismo, al igual que él, sin que nadie nos presione ni obligue, sino movidos por el principio del amor y la gratitud hacia el Señor, habremos de darle nuestros diezmos y ofrendas con alegría y sencillez de corazón, procurando que, siempre que sea posible, nuestra izquierda no se entere de lo que hace nuestra diestra.

----- () -----

CAPÍTULO 12 – MELQUISEDEC (4) Repercusiones del Encuentro.

Hasta ahora hemos comentado el encuentro con Melquisedec en sí, añadiendo un buen número de consideraciones, que surgen de lo que nos aportan el Salmo 110 y la epístola a los Hebreos.

Ahora pasamos a tocar dos puntos que en realidad son repercusiones resultantes de ese encuentro, y que acontecieron poco después del mismo.

“Entonces el rey de Sodoma dijo a Abram: Dame las personas y toma para ti los bienes.” (14:21)

Esto nos lleva al primer punto. Fue sin duda una tentación que se le presentó a Abraham, y todo indica que sucedió muy pronto después de haberse encontrado con Melquisedec.

A primera vista, habría parecido lógico aceptar una recompensa del rey de Sodoma, puesto que él y los suyos le debían la vida. Además, el gran esfuerzo realizado merecía un premio.

No obstante, Abraham lo rechazó de plano.

Podemos deducir, con mucha razón, que su sensibilidad espiritual se había agudizado mientras estaba ante Melquisedec, un personaje evidentemente revestido de honor y dignidad.

En contraste, seguramente que detectó en el rey de Sodoma algo diametralmente opuesto, por ser el monarca de una ciudad tan deplorablemente corrompida.

El texto echa de ver que, seguramente advertido de que probablemente iba a recibir esa oferta de él, ya había decidido por anticipado cuál sería su respuesta.

“Y respondió Abram al rey de Sodoma: He alzado mi mano a Jehová, Dios Altísimo, creador de los cielos y de la tierra, que desde un hilo hasta una correa de calzado, nada tomaré de todo lo que es tuyo, para que no digas: Yo enriquecí a Abram.” (14:22-23)

Como vemos, una respuesta muy categórica y tajante. Notemos el contraste entre esto y su actitud tierna y sumisa para con Melquisedec.

Ante nuestro Dios debemos ser siempre así – tiernos y sumisos – mientras que, ante el mal y la tentación, hemos de ser firmes e inflexibles.

La razón que dio Abraham por el rechazo de una oferta tan tentadora, fue que no quería que, más tarde, el rey de Sodoma anduviese diciendo que él lo había enriquecido.

El Señor ya lo había enriquecido muchísimo, como ya hemos visto. El sabía que había una gran diferencia entre ser enriquecido por Dios, limpia y puramente, y el serlo a través de una fuente que era todo lo contrario.

Así, pues, ya había alzado su mano al Señor anteriormente, en solemne voto de que no aceptaría absolutamente nada de los bienes de Sodoma que se le habrían de ofrecer.

Esto, sin duda alguna, lo podemos y debemos trasladar al terreno práctico de circunstancias semejantes o parecidas, que con frecuencia se presentan como muy sutiles tentaciones ante hijos y siervos de Dios.

Recordamos haber oído el caso, unos buenos años atrás, de un hombre relativamente joven, que era muy consagrado al Señor, y participaba en excursiones evangelísticas con otros de su misma edad.

Al aceptar un trabajo de vendedor que se le había ofrecido, un jefe de la empresa le manifestó, primeramente, que en el mismo podría obtener buenos ingresos. Pero seguidamente le significó que, además de eso, procediendo de una manera determinada, que no era ni limpia ni honrada, podría ganar mucho más.

Lamentablemente, optó por este segundo camino, y como no podía ser de otra forma, a poco su vida espiritual comenzó a declinar sensiblemente; más tarde su matrimonio y hogar se deshicieron, y por lo que creemos recordar, llegó a un estado lamentable, aun cuando, tal vez por la misericordia de Dios, si sigue en vida, podría ser restaurado en alguna medida.

“Porque los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo, y en muchas codicias necias y dañosas, que hundan a los hombres en destrucción y perdición; porque (una) raíz de todos los males es el amor al dinero, el cual codiciando algunos, se extraviaron de la fe y fueron traspasados de muchos dolores.” (1ª. Timoteo 6:9-10)

Tomemos conciencia de esa pisada de fe, sabia y certera, de nuestro padre Abraham, y dispongámonos a proceder como él cuando se nos presente una tentación de esa índole. Así, nos evitaremos muchos quebrantos, y el peligro de naufragar en cuanto a la fe, como tristemente lo han hecho muchos.

El segundo punto surge de las palabras *“Jehová el Dios Altísimo, creador de los cielos y de la tierra”* que Abraham pronunció al contestar al rey de Sodoma. Anteriormente, en el relato sólo aparecía el nombre de Jehová - dignísimo y lleno de muy rico significado por cierto – el cual él invocaba y al cual edificaba altar, como ya hemos visto. (Ver Génesis 12: 7-8 y 13:18)

Pero ahora añade a ese nombre *“Dios Altísimo, creador de los cielos y de la tierra.”* Fue lo que le oyó decir a Melquisedec, quien así llamó al Señor en ocasión del encuentro. (ver 14:19)

De donde brota la simple y sencilla, pero hermosa y profunda conclusión, de que ese encuentro amplió y ensanchó su visión y comprensión de Dios, al cual ahora ve, y del cual habla, en una dimensión y magnitud – nos atrevemos a decir – mucho mayor que antes. ¡Nuestros encuentros personales con el Señor agrandan y enriquecen nuestra visión de Dios, y nos hacen apreciar con más claridad Su magnífica grandeza y majestad!

Como hijo de Abraham, reconoce e identifica ese rasgo genético de total rechazo de toda tentación de recibir riquezas mal habidas, o de procedencia turbia o corrompida. Así, te evitarás grandes desengaños y quebrantos.

Asimismo, busca acercarte en profundidad al Señor, para recibir cosas que habrán de enriquecer tu hablar, y ensanchar los horizontes de tu visión y apreciación de Dios y Su inmensa grandeza.

----- () -----

CAPÍTULO 13 – Palabras de ánimo- El gran escudo y galardón.

¡Parece que recién hemos empezado!

Nos queda todavía mucho que recorrer en esta tarea en que estamos, de desgranar los episodios que se van presentando en la trayectoria tan insigne de Abraham, con sus muchas aplicaciones a nuestro diario vivir.

“Después de estas cosas vino la palabra de Jehová a Abram en visión, diciendo: No temas, Abram; yo soy tu escudo, y tu galardón será sobremanera grande.” (15:1)

A esta altura, el Señor encuentra oportuno y necesario dirigir una palabra de ánimo y confianza a Su siervo y amigo.

Es posible, y aun muy probable, que, sobre todo en las vigiliadas de la noche, rodeado por un entorno tan extraño, en una tierra ajena y a veces en una atmósfera hostil, Abraham sintiese temor, y hasta se dijese para sus adentros:

“¡En buena me he metido yo! No sé a dónde voy y en qué va a terminar todo esto.”

Lleno de comprensión y bondad, el Eterno le habla palabras que disipan el temor, le infunden ánimo, y renuevan la confianza. Veámoslas brevemente, en cada una de sus tres partes.

a) *“No temas, Abram.”*

Como recordaremos, el miedo fue una de las primeras consecuencias del pecado, con que Adán y Eva se encontraron en un principio, a muy poco de desobedecer el mandato divino.

Desde entonces, el temor ha sido uno de los flagelos más terribles que ha padecido el género humano, con sus numerosísimas ramificaciones: el temor a la oscuridad, a la tormenta y los truenos, al desempleo, a la enfermedad, al hambre, la pobreza, etc., hasta desembocar en el mayor de todos: el temor a la muerte. (Ver Hebreos 2:15)

A todo lo largo del hilo histórico de las Escrituras, y también con posterioridad a él, Dios se ha dirigido a los Suyos con las palabras *“No temas”* o *“No temáis.”*

Las encontramos muchísimas veces en la Biblia, y ¡qué dulce bálsamo, qué tierno consuelo y qué renovada confianza nos comunican!

En esta ocasión Dios añade el nombre de Su siervo a quien se dirige, como muestra de Su conocimiento y preocupación personal por él.

Sin necesariamente llamarnos por nuestro nombre, cada vez que nos habla de esta forma, nos hace bien conscientes de ese conocimiento personal de la situación en que nos encontramos, con sus problemas, interrogantes, presiones y dificultades.

Él lo ve todo – lo sabe todo – lo comprende todo. Y en medio de todo lo incierto y azaroso que nos rodea, nos hace llegar Su voz tranquilizante que nos imparte nuevo aliento, seguridad y aplomo.

b) *“Yo soy tu escudo.”*

Esto es muy sencillo, pero es también categórico y definitivo.

El escudo se coloca delante, para que ningún dardo o disparo nos alcance, sino que rebote y caiga al suelo sin causarnos ningún daño.

Naturalmente que hay algunos dardos o disparos que tienen tal fuerza, que no hay escudo que pueda contra ellos.

El Señor le hace saber a Su siervo que Él mismo es su escudo. El mismo lo cubre no sólo por delante, sino por detrás, por la diestra y la siniestra, por arriba de su cabeza y debajo de sus pies. Para que cualquier arma con que se le atacase le pudiera alcanzar, tendría que atravesar primero esa protección tan formidable del Dios omnipotente que le rodeaba por completo - un verdadero imposible.

¿Podría estar Abraham, y podríamos estar nosotros sus hijos, en un lugar de mayor seguridad que ése?

¡Por cierto que no!

Como nos dice Isaías 54:17:

“Ninguna arma forjada contra ti prosperará, y condenarás toda lengua que se levante contra ti en juicio. Ésta es la herencia de los siervos de Jehová, y su salvación de mí vendrá, dijo Jehová.”

c) "...y tu galardón será sobremanera grande."

"Cosas que ojo no vio, ni oído oyó,

Ni han subido en corazón de hombre,

Son las que Dios ha preparado para los que le aman." (1ª. Corintios 2:9)

El precio que Abraham estaba pagando era muy alto. No habrá sido cualquier cosa dejar atrás su tierra natal, y el mundo que conocía y en que se desenvolvía, para lanzarse a lo que a los ojos naturales parecería una aventura loca y descabellada.

Por todos lados estaba rodeado de gente extraña, si bien tenía algunos aliados, como Mamre, Escol y Aner, como se nos indica en Génesis 14:13.

No contaba todavía en esa tierra con ninguna parcela de su propiedad, "*ni aun para asentar un pie*", según dijo Esteban en su discurso ante el concilio que se nos consigna en Los Hechos 7.

Además, en el largo camino que aún tenía que recorrer, le quedaban todavía sus buenas luchas y sacrificios, como iremos viendo.

Pero Dios se adelanta a los acontecimientos, para hacerle saber que todo eso bien valdría la pena, por la grandeza inmensa del galardón que le tenía reservado y preparado.

Ese galardón, que se lo había anticipado en un principio de forma global, por así decirlo, ahora se lo haría ir conociendo con más detalle, poco a poco, a medida que él avanzase y escalase posiciones, en ese camino de fe y obediencia absoluta que había emprendido.

De paso, digamos que debemos diferenciar entre estas sólidas promesas que el Señor hace a Su siervo escogido, y muchas pseudo profecías predictivas que, en algunas partes están a la orden del día, y que preanuncian cosas bonitas y aun grandiosas que habrán de tocarles vivir a creyentes y a siervos de Dios.

No queremos insistir en detalle sobre esto, pues ya lo hemos tocado en obras anteriores. No obstante, subrayamos que en el caso de Abraham en que estamos, se trataba de un personaje con un llamamiento auténtico e incuestionable, y que ya estaba andando en el camino de la fe, la plena obediencia y el sacrificio.

Nos tememos que en muchos casos, las personas a las cuales van dirigidas esas predicciones, distan mucho de reunir esos dos requisitos indispensables.

Reuniendo las tres partes de esta palabra de ánimo y promesa a Abraham, resumimos la reflexión final así:

La genética con que estamos privilegiados nos da la seguridad de que, en momentos de necesidad o crisis, la palabra tranquilizante y reconfortante de nuestro Padre celestial nos ha de llegar, para disipar temores o dudas y reanimarnos.

Manteniéndonos en el lugar de la voluntad divina y en plena obediencia, Él también nos habrá de escudar totalmente, de modo que ninguna arma forjada contra nosotros prospere. Y al terminar nuestra carrera, de seguro que premiará nuestra fidelidad con Su maravilloso galardón.

- ----- () -----

CAPÍTULO 14 – La promesa de un hijo propio y el pacto de sacrificio y de fuego.

En respuesta a las palabras de aliento y promesa recibidas, Abraham derramó ante el Señor el dolor de su corazón por no tener ningún hijo, siendo ya de edad avanzada.

Le entristecía pensar que toda la riqueza que él había recibido, sería heredada por un siervo nacido en su casa, y no por un hijo propio.

Fue a esa altura que el Señor pasó a ampliar y particularizar, y confirmar por un pacto, la promesa que inicialmente, como hemos visto anteriormente, le había dado en forma global.

"No te heredaré éste, sino un hijo tuyo será el que te heredaré."

"Y lo llevó fuera, y le dijo: Mira ahora los cielos, y cuenta las estrellas, si las puedes contar. Y le dijo: Así será tu descendencia." (simiente) (15:4-5)

Aquí el Señor le particulariza que tendrá un hijo propio, y él será el que le habrá de heredar.

Asimismo, le hace saber que su simiente o descendencia habrá de ser tan numerosa que le resultaría incontable. Para esto, de forma muy práctica y gráfica, le hace contemplar los cielos, evidentemente en una noche muy despejada, con muchísimas estrellas por donde quiera que mirase.

Los astrónomos nos dicen que el número de estrellas que se pueden divisar con la vista natural, es decir sin el telescopio o instrumento semejante, es alrededor de tres mil.

No obstante, mucho más allá del alcance de la vista natural, en las constelaciones y en las galaxias, como así también en las profundidades del espacio de nuestro universo, y de otros muy distantes, hay millares y millares de millones de estrellas, de magnitud relativa, mediana o grande.

Esto nos lleva insensiblemente a Apocalipsis 7:9:

"Después de esto miré, y he aquí una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas, que estaban delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos de ropas blancas, y con palmas en las manos."

Se considera, y creemos que acertadamente, que la promesa de que su simiente sería como el polvo de la tierra (Génesis 13:16) y como la arena que está a la orilla del mar (Génesis 22:17b) apunta a su descendencia carnal y de sangre, es decir, al pueblo de Israel.

En cambio, la que la compara con las estrellas del cielo (Génesis 15:5 y 22:17^a) tiene que ver con su descendencia espiritual, esto es, los que somos de la fe, y por tanto somos sus hijos espirituales.

“Y creyó a Jehová, y le fue contado por justicia.” (15:6)

Éste es un versículo clave en cuanto al plan de redención, que Pablo cita en Romanos 4:3 y Gálatas 3:6, para subrayar que la salvación es por pura gracia, otorgada al que cree, y no por el cumplimiento – o mejor dicho, por el intento de cumplir – las obras de la ley.

El comentario que Pablo nos hace en Gálatas 3:8 es realmente notable y enriquecedor:

“Y la Escritura, previendo que Dios había de justificar por la fe a los gentiles, dio de antemano la buena nueva a Abraham, diciendo: En ti serán benditas todas las naciones.”

Aquí se conjugan y entrelazan dos cosas muy hermosas. La una es que, siendo Abraham como hemos visto, el privilegiado amigo de Dios, el Señor no pudo contener el secreto del estupendo plan de redención que abrigaba en Su corazón desde la eternidad pasada, y se lo adelanta a través de la Escritura.

La otra es que, al dar él esa pisada de fe que le fue contada por justicia, y pasar así a ser depositario de todos los beneficios y privilegios que acarrea, los mismos igualmente alcanzarían - a su debido tiempo, se entiende – a toda la simiente genética derivada de él y diseminada por doquier en todas las naciones del mundo.

¡Y qué beneficios y privilegios!

En lugar de estar bajo la maldición que pesaba sobre todos los que no permanecieron en todas las cosas escritas en el libro de la ley, estar bajo la gracia soberana y sobreafluente de Dios, habiendo sido justificados gratuitamente por la fe en la obra redentora de Cristo.

Una buena nueva de verdad, anticipada a Abraham muchos siglos atrás, pero igualmente bendita y maravillosa al llegarnos a cada uno de nosotros, al amanecer, con el correr del tiempo, en nuestros propios corazones.

El pacto de sacrificio y de fuego.-

“Y le dijo: Yo soy Jehová, que te saqué de Ur de los caldeos, para darte a heredar esta tierra.”

“Y el respondió: Señor Jehová ¿en qué conoceré que la he de heredar?” (15:7-8)

Podemos comprender el por qué de la pregunta de Abraham. No la consideramos brotada de la incredulidad, sino más bien del enigma que seguramente supondría para él, al verse como un forastero habitando en ella, pero sin recursos ni la menor disposición en su ánimo de guerrear contra todos sus habitantes para desposeerlos de ella.

Un poco más adelante, la continuación del relato nos hace entender cómo el Señor le devela este enigma. Pero primeramente notemos cómo le certificó por medio de un pacto, que efectivamente le daría toda esa tierra por heredad.

El pacto era doble: de sacrificio y de fuego.

Cabe señalar, como algo de importancia, que al presentar los animales muertos que ofrecía en sacrificio, las aves de rapiña descendían sobre ellos, queriéndolos devorar. Pero nuestro padre Abraham no se lo permitía, sino que con toda firmeza y entereza los ahuyentaba.

Hemos de ser como él, no permitiendo al enemigo de ninguna manera que devore lo que hemos dedicado en sacrificio al Señor.

Inmediatamente después, se nos dice que *“a la caída del sol sobrecogió el sueño a Abraham, y he aquí que el temor de una grande oscuridad cayó sobre él.” (15:12)*

Por medio de este sueño, Dios pasa a descifrarle el enigma de cómo se cumpliría Su promesa de darle la tierra por heredad.

No tendría él que guerrear para conseguirla; tampoco sería algo inmediato, a suceder en sus días, sino con bastante posterioridad. Antes de que eso ocurriera, su descendencia moraría en tierra ajena y sería esclava en ella, siendo oprimida por cuatrocientos años – todo lo cual acaeció puntualmente, y se nos relata en detalle y con gran amplitud, desde la parte final del Génesis hasta el libro de Josué inclusive.

Hemos de notar la angustia que le habrá sobrecogido al tener ese sueño, en que el temor de una grande oscuridad cayó sobre él. Llevaba su descendencia en sus lomos, y así le tocó acusar el impacto, quizá como una sombra de lo que ellos iban a sufrir bajo el duro yugo de Faraón en Egipto.

Mas la interpretación del sueño tiene un mayor alcance. Muchos de nosotros, los que somos su simiente espiritual, también hemos tenido que atravesar períodos de fuerte opresión del Faraón de este mundo y sus huestes infernales. No obstante, y merced a la misericordia divina, hemos sido totalmente liberados de ellos, para entrar a heredar una nueva vida, y en gran abundancia, no en un nivel geográfico ni terrenal, sino espiritual y eterno.

Una vez interpretado el sueño en su primera acepción, sobrevino la señal del fuego para sellar el pacto.

“Y sucedió que puesto el sol, y ya oscurecido, se veía un horno humeando, y una antorcha de fuego que pasaba por entre los animales divididos.” (15:17)

¿Qué sacamos en limpio de todo esto?

La genética de que los verdaderos hijos de Abraham estamos en pacto con nuestro Dios. Él mismo lo ha concebido y dispuesto, haciéndonos presentar ante Él – así como lo hizo Abraham – el sacrificio de nuestra vida y la entrega absoluta e incondicional de cuanto somos y tenemos.

Como prenda y sello de que lo ha aceptado, la bendita antorcha del fuego celestial invade y atraviesa nuestro ser, para convertirnos en una ofrenda encendida, con el agregado tantas veces reiterado, sobre todo en el libro de Levítico, de *“olor grato a Jehová.”*

He aquí, pues, dos ingredientes vitales que se añaden a la simiente genética y que nos confirma como linaje de Abraham de verdad: el sacrificio y el fuego.

Adelantamos además que, no dándose por totalmente satisfecho todavía, el Señor ha de añadir unos buenos años más tarde un poderoso ingrediente adicional, convirtiéndolo Él – el Dios Trino – en un pacto triple.

Acotamos de paso que el tres, o lo que es triple o tripartito, a menudo aparece en el desenvolvimiento del programa creativo, espiritual y eterno de Dios, como una parte importante de su diseño general y conjunto.

Así, aparte del Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, tenemos el entorno que nos rodea, de tierra, mar y aire, con los correspondientes tres géneros principales de animales, a saber: el ganado y las bestias del campo, los peces en las aguas y las aves en el aire; el ser humano tripartito – espíritu, alma y cuerpo – el cuerpo humano, que en esencia se compone de carne, sangre y huesos; las tres gracias que permanecen, según 1ª. Corintios 13:13 – la fe, la esperanza y el amor, etc. (#)

Pero no nos precipitemos en cuanto al tercer ingrediente del pacto del Señor con Abraham. Aunque eso es hermoso, apasionante y desafiante, detengámonos por ahora para resumir las derivaciones genéticas de este capítulo.

Como simiente espiritual de Abraham, somos incontables como las estrellas del firmamento. Como todas ellas, tenemos un fuego interno que nos impulsa y propulsa, y además, llevamos una gloria que nos ha sido dada de lo alto. Esta gloria, si bien difiere en medida y en expresión en cada uno, es a la vez igual y única, puesto que proviene en todos del mismo Padre de gloria. (Ver 1ª. Corintios 15:41 y Santiago 1:17)

Al creer la palabra de verdad del evangelio, nuestra fe se nos cuenta o acredita como justicia, librándonos de la maldición de la ley, y sin que tengamos que intentar cumplirla para justificarnos ante Dios.

Librados del yugo de servidumbre al pecado y al príncipe de este mundo, pasamos a heredar el Canaán espiritual de una nueva vida en abundancia en Cristo Jesús.

Y todo esto, rubricado con un pacto de sacrificio y de fuego: la entrega total de nuestra vida, aceptada y sellada por la llama celestial del Dios que responde por medio del fuego. (1ª. Reyes 18:24)

----- () -----

CAPÍTULO 15 – Agar e Ismael.

Estamos ahora en el capítulo 16 del Génesis.

¡Cuántas veces la impaciencia – el no saber esperar a que Dios haga las cosas, y precipitarnos a tratar de hacerlas nosotros -nos trae contrariedades y quebrantos, que muy bien nos podríamos haber evitado, de haber permanecido en confiada calma y espera en Dios!

Esta vez fue Sara, la mujer de Abraham, y que por entonces todavía se llamaba Sarai, quien cayó en ese desatino.

(#) Al señalar estas tres gracias que permanecen, no queremos dar a entender de ninguna forma que el resto de los dones del Espíritu, listados en 1ª. Corintios 12, ya no tengan vigencia. Los mismos evidentemente perduran y se manifiestan hasta el día de hoy.

Habían transcurrido diez largos años desde la partida de Harán a la tierra de Canaán. Abraham tenía ochenta y cinco años de edad y ella setenta y cinco. Consideraba que Dios le había hecho estéril, y su deseo de tener un hijo le impulsó a procurarlo por medio de Agar, su sierva egipcia. Le rogó, pues, a su marido que se llegase a ella con tal fin, a lo cual Abraham accedió.

¡No se imaginaban, ella sobre todo, en la que se estaban metiendo!

Efectivamente, Agar concibió, y lejos de seguir sumisa y agradecida, comenzó a mirar con desprecio a su señora, que la había tratado con tanta benevolencia.

Como represalia, Sara pasó a afligirla y oprimirla, al punto que Agar no pudo pensar en mejor cosa que escaparse, y buscar desahogo y refugio junto a una fuente en el desierto.

Sobre esta huida de Agar, y cómo el ángel de Jehová se le presentó y le mandó que volviese a su señora y se pusiese sumisa bajo su mano, ya nos extendimos lo suficiente en uno de los primeros capítulos de nuestro libro anterior "Las Preguntas de Dios."

Tomamos aquí la parte siguiente, en la que el Señor le promete que su descendencia no podría ser contada, y que el hijo que había concebido se llamaría Ismael, que significa *Dios oye*.

Asimismo le predice que sería hombre fiero, cuya mano estaría contra todos y la mano de todos contra él. Los ismaelitas y sus descendientes, por cierto que han respondido siempre y cabalmente a esta predicción .

Con mucha inspiración de lo alto, en Gálatas 4:21-31, Pablo toma este pasaje y el complementario de Génesis 21:9-21, para trazar la alegoría del antiguo pacto que proviene del Monte Sinaí y corresponde a la Jerusalén terrenal, y el nuevo que proviene de la Jerusalén de arriba.

Sobre todo eso hemos de extendernos más adelante, pero por ahora nos ceñimos a un par de consideraciones adicionales sobre todo esto.

Evidentemente, el camino por el cual optó Sara y al cual accedió Abraham, fue el de la carne, y los resultados están ahí para verse, y nos hablan con clara elocuencia.

La máxima de Jesús:- "*Lo que es nacido de la carne, carne es*" (Juan 3:6) – tiene en todo esto una comprobación y verificación fiel y precisa.

El pasaje en sí nos da otra muestra de la falibilidad de Abraham, nuestro padre terrenal - si vale el llamarlo de esta forma - en contraste con la perfección absoluta e infinita de nuestro Padre celestial.

Pensamos - y creemos que con buena razón – que Abraham debió negarse al pedido de Sara, y permanecer firme en la espera de la promesa que con tanto énfasis y claridad le había dado el Señor.

El procurar "ayudar" a Dios a cumplir Sus promesas, valiéndonos para ello de nuestros recursos terrenales y carnales, siempre habrá de conducirnos a situaciones erizadas de cardos y espinos, que nos habrán de traer muchos quebrantos y sinsabores.

La prosecución del relato abre un prolongado paréntesis, antes de retomar el hilo de Agar e Ismael, del cual nos queda por delante la parte más sabrosa y fecunda en verdades, que se encuentra en Génesis 21:9-21, y que habremos de abarcar en detalle a su debido tiempo.

Pero, sin abordar ninguna derivación genética al tocar a su fin este brevísimo capítulo, debemos hacer en cambio otra importante reflexión.

El Espíritu ha inspirado la Biblia de manera que nos presenta, no sólo las virtudes, sino también los errores, defectos y fallos, aun de muchos de los siervos de Dios más encumbrados. Éste de Abraham, junto con muchos otros de distintos siervos ilustres, tales como Gedeón, David, Salomón, Jonás y otros, los hemos de interpretar como serias advertencias de las que debemos tomar minuciosa y cabal nota, para no caer nosotros en ninguno de ellos.

El hecho de que nuestro padre Abraham haya dado este paso en falso, no nos condiciona ni predispone para que hagamos lo propio, antes bien nos advierte y llama la atención para que lo evitemos.

Una consideración final es que el Señor, a pesar de que el rumbo tomado por Sara y Abraham fue el de la carne, en Su gran benevolencia le prometió a Abraham que por amor a él bendeciría a Ismael, y haría brotar de él doce príncipes, y haría de él una gran nación. (17:20)

No obstante, debemos cuidarnos mucho de que esto, al ser tentados a seguir un camino inferior o incorrecto, no nos sirva de lazo, haciéndonos pensar que igualmente el Señor nos habrá de bendecir de una forma u otra.

Hay muchos otros casos – en la Biblia y en tiempos posteriores – de quienes se encauzaron por un mal rumbo, y el mismo los llevó a un triste fin, sin que mediase para nada una bendición o beneficio posterior.

Desde cualquier punto de vista sensato, lo sabio y lo correcto siempre es optar por el limpio camino del Espíritu y de la voluntad de Dios, desechando todo cuanto nos quiera llevar por otra vía.

----- () -----

CAPÍTULO 16 – A mayor edad y madurez, mayor responsabilidad.

El relato deja en blanco un prolongado intervalo de trece años, desde el nacimiento de Ismael, cuando Abraham contaba ochenta y seis años de edad.

¿Le habló el Señor a Abraham durante este largo período?

Es posible que sí, pero también nos atrevemos a afirmar que es posible que no.

En algunas oportunidades, hemos oído de casos de personas que han tenido el hábito de buscar que cada día el Señor les dijera algo nuevo.

No siempre, ni mucho menos, lo que decían que les había dicho nos ha parecido una cosa auténtica, y con un contenido de algo fiable de parte de Dios. Antes bien, nos ha holido a algo en el terreno de la imaginación humana y, a veces, aun de la fantasía. A su tiempo, esto ha quedado corroborado por el hecho de que no se viese, posteriormente, ningún resultado o fruto concreto de la palabra supuestamente recibida de lo alto.

La verdad es que un siervo fiel y consciente no necesita que cada día se le den directivas nuevas, a menos que surja una contingencia especial e imprevista. Él sabe que su primer obligación, por ejemplo, en época del frío invernal, ha de ser quitar las cenizas de la chimenea y encender el fuego, para luego pasar a las tareas de limpieza y ordenamiento de las cosas en la forma establecida por su amo desde un principio.

Trasladándolo a la esfera espiritual, quien tenga una formación correcta, normalmente sabrá lo que tiene que hacer cada día.

¿Esperará que el Señor le repita las cosas cada mañana?

“Acuérdate de orar y buscar mi rostro. No te olvides de leer con avidez mi palabra. Guárdate en humildad y limpieza en todo momento. No desperdicies el tiempo en cosas innecesarias y que no son edificantes. No caigas en la tentación de criticar a otros, ni te enredes en chismes y cuchicheos,” etc. etc.

Por supuesto que todo eso, y lo demás que sea necesario para vivir una vida coherente y en la voluntad de Dios, lo tiene que tener bien comprendido y asumido, sin necesidad de que se le estén repitiendo las cosas. Y el silencio de Dios, siempre que vaya acompañado de Su paz, por lo general ha de interpretarse como una señal de aprobación de Su parte.

Por otro lado, si uno se está desviando del camino correcto, siempre que se tenga una buena disposición para con el Señor, lo normal es que Él nos haga llegar señales de alarma o de advertencia de peligro.

El autor, hace ya unos buenos años, hizo una oración muy concreta y definida al Señor, pidiéndole que le guardase siempre en el camino limpio y claro del Espíritu y la palabra. Agregó que, si por cualquier causa, o bien no comprendiese la advertencia o no se diese por enterado, **por favor** insistiese claramente, aun recurriendo al castigo y el escarmiento de ser necesarios, con tal de no dejarlo desviarse en lo más mínimo.

De paso, animamos al que se inicia en el camino, o bien a quien nunca haya hecho semejante oración, a que la haga sin demora y de todo corazón y con plena fe.

Transcurridos ya muchos años desde entonces, puede testimoniar con profunda gratitud, de la fidelidad del Señor en contestar esa oración - que había sido, desde luego, muy sincera y concreta - en varias oportunidades, cruciales una o dos de ellas.

En situaciones en que no ha habido riesgos ni peligros, el sello de la genuina paz de Dios y Su bendición aprobatoria, le han bastado para seguir adelante con fe y confianza, sin necesidad de buscar palabras nuevas o mensajes especiales. Éstos le han llegado a lo largo de los años, pero sólo de tanto en tanto, y cuando ha sido necesario, ya sea por un cambio de frente o una contingencia particular.

Desde luego que todo este comentario no prueba que Dios no le haya hablado a Abraham durante esos trece años, que ahí es de donde arrancamos. Pero tampoco se puede probar que lo haya hecho, y lo cierto es que no tiene por qué estar continuamente diciéndonos cosas nuevas. Si nuestra vida está bien fundamentada, lo normal es que sepamos bien todo lo que tenemos que hacer, y también *todo lo que no tenemos que hacer*.

Continuando entonces, en Génesis 17:1 leemos:

“Era Abraham de edad de noventa y nueve años, cuando le apareció Jehová y le dijo: Yo soy el Dios Todopoderoso; anda delante de mí y sé perfecto.”

La vez anterior que se nos consigna que Dios le habló, fue catorce años antes, cuando tenía ochenta y cinco años. Como recordaremos, fue una palabra de ánimo, para infundirle confianza y nuevo aliento.

En cambio, ésta que recibe ahora es una de exhortación, que le pide más, instándolo a andar delante de Él y ser perfecto. En consonancia con ello, hemos puesto como título del capítulo *“A mayor edad y madurez, mayor responsabilidad.”*

Efectivamente, mientras en etapas tempranas de formación o inmadurez, el Señor suele tolerarnos cosas que no son del todo ejemplares, a medida que vamos avanzando en edad espiritual, y en experiencia y comprensión de las cosas, nos pide y exige más.

Desde luego que lo hace con el ánimo de llevarnos a un nivel más alto, para nuestro propio beneficio, como así también para que nuestro servicio sea más eficaz y fructífero.

“Yo soy el Dios Todopoderoso.”

Una nueva revelación de Dios a través de un nombre que no ha aparecido antes - El Shaddai en el original hebreo - que significa Dios, el todo suficiente, pero con una acepción muy tierna - el Dios de los pechos, Quien de Su pecho amoroso, sostiene, nutre y vigoriza a los Suyos con Su amor, que es paternal y maternal a la vez.

Vemos en esto que hay una relación directa entre el desarrollo y la madurez, y la comprensión progresiva de la grandeza de Dios - en este caso y a esta altura, un nuevo aspecto no conocido antes de esa grandeza multifacética.

Y a continuación de semejante revelación de sí mismo, le exhorta:

“Anda delante de mí...”

Estas palabras contienen mucho más de lo que se suele pensar y de lo que puede parecer a primera vista.

Dios le instaba a Abraham a caminar de tal manera, que sintiese y supiese en todo momento que estaba bien delante nada menos que de Él – el mismísimo Dios Todopoderoso.

¡Cómo debiera afectar nuestro actuar, hablar y pensar, esa verdad tremenda de que al omnipresente, invisible, pero muy real Dios eterno, lo tenemos delante nuestro, contemplando, oyendo y comprendiendo cada acción, palabra o pensamiento que brota de nuestro ser, por más secreto que nos parezca!

“...Y sé perfecto.”

No hemos de interpretar esto como ser un infalible, incapaz de equivocarse. Lo que realmente significaba es que a esa edad tan avanzada, y con unos buenos años de andar en el camino de la fe, Dios ahora pedía y esperaba más de él.

Usando un poco nuestra imaginación lo definimos así:

Una mayor fe y confianza, una serenidad y prudencia que también van en aumento, y un andar que se va acercando cada vez más a estar totalmente exento de esas lagunas, titubeos o precipitaciones que aparecen y se advierten en etapas de menos madurez.

Es incuestionablemente lógico y razonable que así sea. A un niño de diez años, por ejemplo, sólo se le puede pedir lo que normal y razonablemente puede dar a esa edad. Si lo alcanza a dar, debemos darnos por satisfechos y lo podemos calificar de perfecto, aunque de una perfección relativa, acorde con su edad y posibilidades.

Su grado de responsabilidad y eficiencia naturalmente tendría que incrementarse al llegar, digamos, a los quince años, y así sucesivamente. Es decir, que la perfección a que nos estamos refiriendo está estrechamente ligada con el mayor o menor grado de madurez, y creemos que éste es el criterio con que deben interpretarse pasajes en que se habla de ella, tales como Mateo 5:48, Filipenses 3:12-15, Hebreos 5:14 y 6:1, Santiago 1:4, etc.

Como simiente de Abraham, hemos de contar con que nuestro Dios espere de nosotros, y nos exija, más cada vez, a medida que avancemos y progreseemos en nuestra marcha.

Querrá que seamos más conscientes de Su presencia y de que estamos delante de Él en todo momento – que Su mirada escudriña cada acción, palabra y pensamiento, y cada motivación del corazón. Y que sepamos que desea que le agrademos en todo, para que pueda ver cumplidos plenamente Sus propósitos para nuestras vidas, así como lo fueron en la vida de nuestro padre Abraham.

----- () -----

CAPÍTULO 17 – Quitando las íes y agregando las haches

“Desechar lo malo y escoger lo bueno.” (Isaías 7:15-16)

Somos plenamente conscientes de que la vida cristiana es algo multifacético y de una gran gama y variedad de matices y aspectos. No obstante, si hubiéramos de resumir en pocas palabras, de la forma más condensada posible, lo que consideramos el alma o la esencia de ella, diríamos lo siguiente: se trata de quitar lo viejo, carnal y terrenal, y en vez implantar lo nuevo, espiritual y celestial.

En las diversas y nutridas exhortaciones que Pablo da a las iglesias en sus epístolas, esto surge con toda claridad una y otra vez.

Veamos algunos ejemplos.

“En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los desos engañosos, y renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad. Por lo cual, desechando la mentira, hablad verdad cada uno con su prójimo...” (Efesios 4:22-25)

“Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca, sino la que sea buena para la necesaria edificación, a fin de dar gracia a los oyentes.” Efesios 4:29)

“Huye también de las pasiones juveniles, y sigue la justicia, la fe, el amor y la paz, con los que de corazón limpio invocan al Señor.” (2ª. Timoteo 2:22)

“Pero ahora dejad también vosotros todas estas cosas: ira, enojo, malicia, blasfemia, palabras deshonestas de vuestra boca. No mintáis los unos a los otros, habiéndoos despojado del viejo hombre con sus hechos, y revestido del nuevo, el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno...”

“Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia...” (Colosenses 3: 8-10 y 12)

Desde luego que la misma tónica se encuentra en el sermón del monte, y en toda la prédica de Jesús, y en el contenido de las demás epístolas del Nuevo Testamento – y más aun, en la Biblia entera.

Quizá como una especulación ocurrente de nuestra parte, y no del todo acorde con el gusto o la preferencia de algunos – pero sí como algo que en el fondo concuerda totalmente con la verdad y la realidad bíblica – presentamos una representación simbólica de este principio doble de quitar lo viejo y establecer o implantar lo nuevo.

La misma se encuentra en el cambio de los nombres de Sarai y de Abraham, que hizo el Señor al corroborar y ampliar el pacto en el capítulo 17 del Génesis en que estamos.

En efecto, al cambiarle el nombre a Sarai y dejarlo en Sara, Dios sencillamente quitó la i. Al cambiárselo a Abram por Abraham, agregó una hache.

Y de eso se trata:- de quitar las íes y añadir las haches, tal como consta en el título del capítulo.

¡Muchas son las íes que hay que quitar!

Incapaz – impío - irresponsable – infiel – incrédulo – inepto – insensible – inútil – iracundo – infructífero – inconsecuente – indiferente - ingrato - insensato - etc. etc.

¡Y muchas también son las haches que hay que agregar!

Hechura nueva en Cristo Jesús - honradez y honestidad a carta cabal – humildad no fingida – honor - honorabilidad en toda la conducta – hombría verdadera en Cristo Jesús – hábitos buenos y nobles – hablar sabio y prudente - hermandad fraternal limpia y sincera – hambre de justicia y hambre y sed del Dios vivo – el hálito de la inspiración divina – la heredad plena de un verdadero hijo de Dios, etc. etc.

Como hijos de Abraham e hijas de Sara, (1ª. Pedro 3:6) estamos destinados al trato personal de nuestro Padre celestial a través del Espíritu Santo. En el mismo, y con nuestra estrecha y consciente colaboración, hemos de verlo quitar una a una las cosas negativas que proceden de la carne o nuestro ego, para añadir a cambio de ellas las que vienen del Espíritu, y nos hacen asemejar paulatinamente más y más a nuestro modelo perfecto, el Señor Jesús.

----- () -----

CAPÍTULO 18 – El pacto confirmado y ampliado.

Desde luego que, sin perjuicio de lo que hemos visto anteriormente, tenemos que notar el verdadero significado de los nuevos nombres dados por Dios a Su siervo y su esposa.

Abraham quiere decir “Padre de una multitud” y Sara “Princesa”. Al anunciar estos cambios, el Señor añadió que a Abraham lo había puesto por padre de muchedumbre de gentes y que haría naciones de él y reyes saldrían de él (17:5-6) De Sara dijo que vendría a ser madre de naciones y reyes de pueblos vendrían de ella. (17:16)

No se nos debe pasar por alto que en esto hay un principio general, aunque no inamovible, pues en algunos casos se da la excepción. El mismo es el de que también la esposa y ayuda idónea que el Señor le ha dado a Su siervos, sea honrada y enaltecida, de manera que pase a ser coheredera de la gracia de la vida, como Pedro tan acertadamente la llama. (1ª. Pedro 3:7)

Resulta triste ver – afortunadamente no muy a menudo – situaciones de mujeres que no viven ni se ponen a tono con el nivel del siervo de Dios que es su cónyuge. En estos casos el Señor se ve imposibilitado de honrarlas como al marido, para el cual debe ser doloroso que su esposa no le acompañe debidamente en lo que para él es la gran visión y pasión de su vida.

Asimismo, también es justo señalar que a veces sucede, y esto con más frecuencia, que es el varón el que no está a la altura que corresponde, y por lo tanto no puede ser honrado por Dios como debiera. Esto, para la mujer y esposa, debe ser igualmente triste y penoso.

Pero volviendo a los nuevos nombres, resulta de particular interés y mucha edificación el comentario que Pablo hace en Romanos 4:17:

“(como está escrito: Te he puesto por padre de muchas gentes) delante de Dios, a quien creyó, el cual da vida a los muertos y llama las cosas que no son, como si fuesen.”

Es decir, que le promete y asegura a Abraham que será el padre de muchas gentes, y no teniendo él ni un solo hijo, y teniendo casi cien años de edad, lo llama *padre de una multitud*, como si Su promesa ya estuviese plenamente cumplida

Debemos entender que la fe de Dios es ilimitada, así como lo son Sus recursos de poder y sabiduría. Cuando en Génesis 1:3, estando las tinieblas sobre la faz del abismo, Él pronunció las tres famosas palabras: *“Sea la luz”* – lo hizo con absoluta fe y convicción.

Podemos estar seguros de que por Su mente no se cruzó ningún razonamiento de duda – por ejemplo – *“Esto no lo he hecho nunca antes – no sé si saldrá bien o mal.”*

Nada de eso, sino que las pronunció con la más absoluta confianza, sabedor de que detrás de ellas iban todo Su poder creativo y el caudal infinito de Su propia luz, siendo Él en esencia luz pura y sin ningunas tinieblas, como nos dice 1a. Juan 1:5.

De inmediato el relato de Génesis agrega: *“y fue la luz. Y vio Dios que la luz era buena.”*

Para mayor abundamiento, en el evangelio de Juan 1:5 se nos dice:

“La luz en las tinieblas resplandece, y las tinieblas no prevalecieron contra ella”, lo cual establece la total supremacía de la luz sobre las tinieblas.

Como ejemplo práctico muy sencillo, tenemos el de un recinto totalmente a oscuras; empero, al encenderse la luz, la misma lo invade y llena todo y las tinieblas desaparecen.

En nuestra prédica oral en algún par de oportunidades hemos tomado el caso inverso de un recinto totalmente iluminado. Otra vez, haciendo uso de una imaginación bastante ocurrente, podemos pensar en un camión cargado de sacos llenos de oscuridad. Al abrirlos y echarlos en el recinto plenamente iluminado, para llenarlo así de oscuridad, descubrimos su absoluta impotencia para hacer tal cosa - ¡la luz es invencible!

Aunque este ejemplo ilustrativo sea algo rebuscado, guarda en un sentido una buena relación con la venida de nuestro Señor Jesucristo a este mundo, y Su enfrentamiento con las tinieblas. Estas últimas, por así decirlo, arremetieron con todo su poderío contra Él, mas, loado sea Su nombre, nada pudieron hacer para extinguir Su luz admirable. Antes bien, ésta se mantuvo intacta y siguió brillando en todo su esplendor a todo lo largo de Su vida.

¡La fe, la luz, el poder, la gloria y la grandeza de nuestro Dios son formidables!

Volviendo ahora al relato de Abraham, después de reiterarle la promesa de que sería padre de muchedumbre de gentes, valiéndose para ello de la manera tan gráfica y descriptiva de cambiarle su nombre, el Señor pasa ahora a ampliar Su pacto con él.

Anteriormente, al considerar el capítulo 15 de Génesis, hemos visto que era un pacto de sacrificio y de fuego. Sin embargo, es como si el Señor no se diese por satisfecho, y decide ahora agregarle un tercer ingrediente – la sangre.

El Dios Trino – Padre, Hijo y Espíritu Santo – que, como ya hemos puntualizado, nos ha puesto en este mundo en que prevalecen como trío la tierra, el mar y el aire, y a los seres humanos nos ha hecho tripartitos – espíritu, alma y cuerpo - corrobora y amplía Su pacto con Abraham, convirtiéndolo en uno triple, compuesto de sacrificio, fuego y sangre.

Es así como le anuncia la circuncisión:

“...Será circuncidado todo varón de entre vosotros.”

“Circuncidaréis, pues, la carne de vuestro prepucio, y será por señal del pacto entre mí y vosotros.” (17:10-11)

En nuestro primer libro – *“Las Sendas Antiguas y el Nuevo Pacto”* – dedicamos un capítulo entero a este tema de la circuncisión.

Aquí no seremos muy extensos, sino que nos ceñiremos a lo esencial y más significativo.

Se trataba de una operación en el miembro viril, que evidentemente producía dolor, el cual iba en aumento hasta culminar en el tercer día. (ver Génesis 34:25) Después de esto iba declinando paulatinamente, hasta que quedaban sanados. (Ver Josué 5:8)

Los entendidos afirman que, fisiológicamente, la circuncisión tiene su razón de ser, pues resulta un medio para evitar males que, sin que ella medie, a veces pueden presentarse.

Por nuestra parte, nos limitamos a extraer la interpretación espiritual, que nos viene otra vez a través de la pluma tan rica y fecunda del apóstol Pablo.

“...ni es la circuncisión la que se hace exteriormente en la carne;...y la circuncisión es la del corazón, en espíritu, no en letra; la alabanza del cual no viene de lo hombres, sino de Dios.” (Romanos 2:28-29)

“En él también fuisteis circuncidados con circuncisión no hecha a mano, al echar de vosotros el cuerpo pecaminoso carnal, en la circuncisión de Cristo.” (Colosenses 2:11)

Ambos pasajes - sobre todo el segundo – nos hablan de una operación por la cual el cuerpo pecaminoso carnal es echado.

No se trata de llegar al punto de la imposibilidad de pecar, aunque uno lo quiera hacer, pues la libre voluntad es algo de lo cual el Señor nunca nos ha de privar. Antes bien, significa que el poder del pecado que nos tiranizaba y arrastraba a caer en él, aun contra nuestra voluntad, es quitado y vencido, de tal manera que ya no somos esclavos del pecado, sino que vivimos libertados de su poder.

“...todo aquél que hace (o practica habitualmente) pecado, esclavo es del pecado.”

“Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres.” (Juan 8:34 y 36)

La sangrienta operación de la circuncisión se hace sobre el prepucio del miembro viril. Como sabemos, la relación sexual es algo establecido por Dios para la procreación, como asimismo para placer y consuelo en la vida matrimonial.

Siendo como es algo hermoso y puro dado por Dios al género humano, a partir de la caída de Adán y Eva ha sufrido horribles embates del maligno, que lo ha desvirtuado y

envilecido a ultranza, con manifestaciones pervertidas, como la fornicación, el adulterio, la homosexualidad, el lesbianismo y la pornografía – todas las cuales se encuentran claramente señaladas como abierto pecado en las Sagradas Escrituras.

La incisión y el tajo cortante en el prepucio, simbólicamente representan el corte y la eliminación de todo eso, pero además abarca de forma global todo lo que sea lujuria, en todas sus más diversas ramas y derivaciones.

Para muchos, la primer reacción es una de rechazo de esta verdad, aduciendo que se trata de una posición extrema de eradicación del pecado, reñida – según ellos – con la verdad bíblica y la experiencia práctica.

No obstante, tomemos el caso, por ejemplo, de una fuerte adicción al tabaco. Se ha comprobado en muchísimas ocasiones, que personas que se encontraban totalmente esclavizadas por ella e impotentes para superarla, no sólo han sido completamente liberadas, sino que les ha desaparecido el deseo o la inclinación de fumar, y han podido vivir todo el resto de su vida sin volver a hacerlo en lo más mínimo.

¿Por qué no han de operar la misma gracia y poder divinos, para liberar a los hombres y las mujeres total e integralmente de todas esas otras perversiones diabólicas?

De hecho que muchísimos que eran esclavos de ellas, pueden testimoniar que Cristo los ha hecho completamente libres, y que hoy día viven disfrutando de esa dichosa libertad. Además, se nos exhorta a todos a permanecer en esa libertad con que Cristo nos ha hecho libres.

Y corresponde todavía otra consideración: de un Cristo tan maravilloso como el nuestro, ¿cabe esperar que esto que venimos diciendo sea demasiado, y que, no obstante la plenitud de Su obra redentora, debamos seguir bajo el dominio del pecado en nuestras vidas?

¡Por supuesto que no!

Antes de cerrar este capítulo, siguiendo y completando el hilo del mismo, debemos destacar la puntual y pronta obediencia de Abraham al mandato de circuncidarse a sí mismo, y a todos los varones de su casa, tanto los nacidos en ella, como los comprados por dinero.

No tenemos ninguna constancia anterior de la circuncisión, y debemos considerarla como algo nuevo y totalmente desconocido hasta entonces.

Tratándose, como ya se ha dicho, de una operación sangrienta (ver Éxodo 4:25-26) y que producía dolor por varios días, bien podemos imaginar la natural resistencia que se encontraría, no sólo en él, sino también en su hijo Ismael, nacido de la esclava Agar y que entonces contaba trece años, y también de todos los demás varones de su casa.

Sin embargo, poniendo la obediencia al Señor bien por encima de todo ello, Abraham se circuncidó ese mismo día, y lo propio pasó con Ismael y todos los varones de su casa.

Esto pone en evidencia no sólo su absoluta y pronta obediencia, sino también la autoridad con la cual la impuso sobre todos los varones de su casa, teniendo en cuenta que muchos de ellos no entenderían el por qué, y casi seguramente podrían haber tenido fuertes reservas y objeciones.

¡Un padre ejemplar, y del cual bien podemos estar orgullosos!

Como simiente espiritual de Abraham, hemos de esperar que, llegada la hora en que por nuestra fidelidad, el Señor honre nuestras vidas y labores para Él con Su sello aprobatorio, también haga lo propio con nuestras cónyuges que nos acompañan, siendo así verdaderos hijos de él, que compartimos dicha honra con nuestras esposas, verdaderas hijas de Sara. (1ª. Pedro 3:6)

Asimismo, somos partícipes de la circuncisión espiritual de Cristo, que nos emancipa totalmente de las costumbres pecaminosas que antes nos esclavizaban.

Estemos, como él, dispuestos a obedecer, y con prontitud, todo mandato que recibamos del Señor, ya sea algo sencillo y lógico, o algo que contrarie nuestra inclinación personal, pero que sabemos que Él nos lo pide.

----- () -----

CAPÍTULO 19 – El agraciado anfitrión de huéspedes celestiales.

Lo sucedido en el capítulo dieciocho del Génesis, que ahora pasamos a comentar, fue muy poco después de lo que acabamos de ver en el diecisiete, en que el Señor le dio a Abraham la circuncisión como señal del pacto.

Lo que se nos narra en los primeros quince versículos es un hermoso relato, lleno de cosas del mayor interés, y muy importantes e inspiradoras también.

Estando sentado a la puerta de su tienda, a la sombra y buscando el alivio de una brisa para mitigar el calor del día, de repente tuvo una hermosa sorpresa: tres varones se presentaron ante sus ojos.

Evidentemente, no tuvo ningún temor y fue a recibirlos *corriendo* y se postró a sus pies. (18:2) El mismo verbo *correr* aparece en el versículo 7, y nos llama poderosamente la atención, por ya tener Abraham por entonces noventa y nueve años de edad.

El intenso calor le movía a buscar reposo y alivio, sentándose plácidamente a la sombra. Pero ahora, tratándose de estos tres huéspedes celestiales que se le aparecen, con todo el vigor de un joven robusto y que rebosa energía y salud, va corriendo a postrarse

sobre su rostro ante ellos, y a poco va también corriendo a las vacas a tomar un becerro tierno y bueno, y se lo da a uno de sus criados para que lo prepare para ponerlo delante de ellos. (18:7)

Esa disposición tan preciosa que encontramos en Abraham, de correr al encuentro del Señor, y de correr también para servirle y ofrecerle lo mejor, la debiéramos tener también todos nosotros, y conservarla mientras sigamos en vida y nos duren las fuerzas.

¡Que nunca nos volvamos comodones, perezosos o apáticos, sino que siempre conservemos un corazón dispuesto a correr hacia el Señor, y correr también para servirle y ofrecerle lo mejor de nuestra vida y nuestro amor!

En el pasaje bajo revista también llama la atención el cambio del plural al singular y vice-versa, que ocurre varias veces (ver versículo 2, plural; 3, singular; 4, 5, 8 y 9, plural; 10, 13, 14 y 15, singular.)

No deseamos tomar una interpretación rígida, sino sugerir dos posibilidades: una de ellas, que se trataba de una manifestación de la trinidad – la otra, que era el Señor Jehová y dos ángeles.

La que más probablemente sea correcta es esta última, sobre todo por el primer versículo del capítulo 19, en que habla de los dos ángeles que habían seguido a Sodoma, mientras Jehová se detenía a intimar con Abraham.

Sin embargo, la unidad que se evidencia entre los tres, y sobre todo el versículo 9 en que le hablan a Abraham los tres (en plural) y el siguiente, en que de inmediato se pasa al singular, muy bien podrían prestarse para apoyar la primer posibilidad.

De todos modos, es algo sobre lo cual, como hemos dicho, no queremos ser rígidos ni polemizar de ninguna manera. Dejamos pues al lector que elija la opción que a su criterio sea la más probable o acertada.

También nos llama la atención la forma en que Abraham les ofrece su hospitalidad. Primero les invita a recostarse debajo de un árbol, mientras hace traer agua para que se laven los pies, con el agregado de que les traería un bocado de pan para sustentarlos, antes de que continuasen su marcha. (18:4-5)

Sin embargo, después de haber dicho esto, se da prisa para pedirle a Sara que con toda prontitud amase y cueza panes debajo del rescoldo. E inmediatamente él corre a las vacas, toma un becerro tierno y bueno y se lo da a un criado, quien se da prisa para prepararlo. Además, toma también mantequilla y leche, y junto con el becerro se los pone delante, quedándose él junto a ellos debajo del árbol mientras comen. (18:6-8)

Sacamos varios puntos importante de todo esto, a saber:

1) Les trajo mucho más de lo que en un principio había ofrecido (agua para lavar sus pies, y un bocado de pan). Es decir, que su hospitalidad fue abundante y generosa, muy por encima de lo que había pensado inicialmente.

Nos sucede a menudo que, dispuestos a darle algo al Señor, nos damos cuenta que es muy poco – que Él se merece mucho más, y así pasamos a darle en una mayor medida.

2) La prisa y urgencia que él tenía se las comunicó tanto a Sara como al criado.

Hemos de servir al Señor con anhelo, urgencia y prontitud que desborden y se transmitan a otros.

3) Los preparativos – sobre todo el del becerro – a pesar de la prisa que se dieron él, Sara y el criado, deben necesariamente haber llevado un buen tiempo.

Nos conmueve reflexionar sobre la magnanimidad de los tres huéspedes celestiales, que se detienen y con gran bondad y condescendencia esperan, en tanto Abraham, Sara y el criado hacen los preparativos.

4) Igualmente nos impresiona el cuadro tan hermoso y tocante de los tres varones comiendo, recostados debajo de un árbol, mientras nuestro padre Abraham permanece junto a ellos durante todo ese rato.

Aquí es donde encaja tan bien el título que hemos dado al capítulo: “El agraciado anfitrión de huéspedes celestiales”.

5) No podemos menos que relacionar todo esto con Hebreos 13:2

“No os olvidéis de la hospitalidad, porque por ella algunos, sin saberlo, hospedaron ángeles.”

Este versículo se suele relacionar con la ocasión que estamos comentando, pero, en aras de estricta verdad o corrección, no creemos que corresponda a ella, pues Abraham sabía muy bien que estaba hospedando a ángeles.

El pasaje a que más probablemente se refiera es el de Jueces 13:1-21, en el que vemos con toda claridad en el versículo 16 que Manoá – el que iba a ser padre de Sansón – en un principio no sabía que se trataba de un ángel del Señor.

Pero lo que más interesa de todo esto es destacar la importancia del ministerio de la hospitalidad, que se recalca no sólo en el versículo citado de Hebreos 13, sino también en Los Hechos 28:7, 1ª. Timoteo 3:2 (*hospedador*), 1ª. Timoteo 5:10, (*si ha practicado la hospitalidad*), Tito 1:8 (*hospedador*), Romanos 12:13, 1ª. Pedro 4:9 y 3ª. de Juan 5-8.

Este importante servicio de acoger y reencaminar a los ministerios translocales, y a otros santos que lo necesitan, constituye un reflejo del amor y la bondad de Dios, el cual siempre ha de ser premiado con creces por el Señor.

A través de nuestro padre Abraham, quedamos genéticamente predispuestos para este noble y valioso servicio. Que sepamos ser consecuentes y ejercitarlo toda vez que se nos presente una ocasión propicia.

A continuación de haber comido, pasan a precisarle a Abraham la proximidad del cumplimiento de la largamente esperada promesa, de que de su mujer Sara le iba a nacer un hijo.

Ya no es para una fecha indefinida en el futuro, sino según “el tiempo de la vida”, que hemos de interpretar como la duración normal de un embarazo o poco más. Esto se cumplió puntualmente, pues, como sabemos, Abraham tenía aquí noventa y nueve años, e Isaac nació al cumplir él exactamente cien años de edad.

Creemos oportuno comentar sobre la reacción de Sara mientras escuchaba del interior de su tienda, y la de Abraham anteriormente en el capítulo 17.

“...y a Sara le había cesado ya la costumbre de las mujeres. Se rió, pues, Sara entre sí, diciendo: ¿Después que he envejecido tendré deleite, siendo también mi señor ya viejo.” (18:11-12)

“Entonces Abraham se postró sobre su rostro, y se rió, y dijo en su corazón: ¿A hombre de cien años ha de nacer hijo? ¿Y Sara, ya de noventa años, ha de concebir?”

“Y dijo Abraham a Dios: Ojalá Ismael viva delante de ti.” (17:17-18)

Esto parece estar en evidente contraste con lo que leemos en Romanos 4:18-21 y Hebreos 11:11

“Él creyó en esperanza contra esperanza, para llegar a ser padre de muchas gentes, conforme a lo que se le había dicho: Así será tu descendencia.”

“Y no se debilitó en la fe al considerar su cuerpo, que estaba ya como muerto (siendo de casi cien años) o la esterilidad de la matriz de Sara.”

“Tampoco dudó, por incredulidad, de la promesa de Dios, sino que se fortaleció en fe, dando gloria a Dios, plenamente convencido de que era también poderoso para hacer todo lo que había prometido.”

“Por la fe también la misma Sara, siendo estéril, recibió fuerza para concebir; y dio a luz aun fuera del tiempo de la edad, porque creyó que era fiel quien lo había prometido.”

Confiamos en que nuestra explicación le resulte satisfactoria al lector. Comenzamos por señalar que las dos reacciones citadas del relato del Génesis fueron inmediatamente después de la promesa de que Sara iba a dar a luz un hijo, dada a Abraham en Génesis 17:16, y oyéndola Sara en 18:10.

Anteriormente, la promesa se había dado en forma general sobre su simiente o descendencia, que iba a ser tan numerosa como la arena que está a la orilla del mar, y como las estrellas del cielo. Pero, al particularizar sobre lo que humanamente hablando iba a ser un imposible – un hijo propio a edad tan avanzada de ambos – la mente natural de ellos les hizo pensar que eso era imposible, y hasta risible, y resulta significativo que la reacción de ambos fue ésa – la de reírse.

No obstante, tras oír la risa de Abraham y también la de Sara, el Señor les volvió a hablar. A Abraham le dijo:

“Respondió Dios: Ciertamente Sara tu mujer te dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Isaac...” (17:19)

Después de reírse Sara, el Señor le dijo a Abraham, oyéndolo Sara desde la puerta de su tienda:

“Entonces Jehová dijo a Abraham: ¿Por qué se ha reído Sara diciendo: Será cierto que he de dar a luz siendo ya vieja?”

“¿Hay para Dios alguna cosa difícil? Al tiempo señalado volveré a tí, y según el tiempo de la vida, Sara tendrá un hijo.”

“Entonces Sara negó, diciendo: No me refí; porque tuvo miedo. Y él dijo: No es así, sino que te has reído.” (18:13-15)

Lo que se desprende claramente de esto es que en un principio la reacción de ambos fue de duda. No obstante, al reiterarles el Señor la promesa con tanto énfasis, seguramente la misma penetró en lo hondo del espíritu de ambos, y de ahí en más creyeron con toda certeza, según lo afirman las dos citas del Nuevo Testamento que hemos consignado.

La experiencia práctica nos hace entender que a veces la mente y los sentidos naturales – lo que vemos, oímos o sentimos – ante lo improbable o lo imposible de lo que Dios nos ha dicho, tienden a dudar o cuestionarlo.

Con todo, y sin perjuicio de eso, en el hombre interior de nuestro espíritu se anida una fe basada en lo que Dios ha dicho, y no en las circunstancias o apariencias que nos rodean. Y esa fe perdura y prevalece, y a la postre, se ve premiada con el cumplimiento cabal de lo que el Señor nos había prometido.

Sepamos corresponder a la genética recibida de nuestro padre Abraham, que nos predispone para ser buenos hospedadores, e hijos bien dispuestos para ir siempre de corazón hacia el Señor y servirle también, siempre con buen ánimo.

Y cuando las circunstancias que nos rodean se presten para la duda, que sepamos como Abraham y Sara atesorar en lo íntimo del ser la palabra del Señor, con las muchas promesas que nos hace y reitera.

----- () -----

CAPÍTULO 20 – Abraham, el intercesor.

Aun cuando no figura entre los cinco grandes intercesores mencionados por el Señor en Jeremías 15:1 (Moisés y Samuel) y Ezequiel 14:14 (Noé, Job y Daniel), nuestro padre Abraham indudablemente fue un poderoso intercesor.

El pasaje que se extiende del versículo 16 al 33 dentro del mismo capítulo 18, nos brinda abundante material sobre esta faceta de su vida y carácter, que, por otra parte, sin duda debiera encontrarse en la vida y el carácter de cuantos somos sus hijos espirituales.

Notemos primeramente que al reanudar su marcha los varones, Abraham iba con ellos acompañándolos.(18:16) Nada de quedarse a reposar plácidamente a la puerta de su tienda – ellos se marchan, ¡pues él se va con ellos, a acompañarlos, hasta donde le sea posible o se lo permitan!

Es ahí que el Señor recapacita sobre la grandeza que Él mismo le ha conferido a Su amigo Abraham, de ser padre de una nación grande y fuerte, y de que, en su persona, han de ser benditas todas las naciones de la tierra.

Además, lo tiene por cierto que habría de inculcar el camino del Señor a su posteridad, para que hagan justicia y juicio, a fin de que Dios pudiera hacer venir sobre él todo el bien que le había prometido.

Y, como consecuencia de todo ello, siente que no puede encubrirle algo muy importante que está a punto de hacer, y que, de una manera particular, le incumbe a él, Su amigo Abraham.

Se trata de la destrucción de Sodoma y Gomorra, cuyo pecado se había agravado en extremo – y el hecho de que su sobrino Lot, con su mujer y sus dos hijas, vivían en Sodoma, en medio de todo eso.

A esa altura, dos varones se apartan continuando su marcha hacia Sodoma, pero Abraham continúa aún delante de Jehová.

¡Se le ha pegado al Señor, y nada parece moverlo a que lo deje y regrese a su tienda! (por ahora, por lo menos.)

La carga que embarga el corazón del verdadero intercesor aquí se hace sentir. De ninguna manera puede consentir que el cansancio, el deseo natural del confort o la ocupación cotidiana, lo distraigan e impidan que dé rienda suelta al clamor que le brota del corazón: hay un ser querido en serio peligro de perecer, y se hace imperativo y urgente rescatarlo.

Todo esto lo mueve a un nuevo paso, muy importante por cierto.

“...Abraham estaba aún delante de Jehová. Y se acercó Abraham y dijo: ¿Destruirás también al justo con el impío?” (18:22-23)

Hasta ahora ha estado delante de Jehová, digamos, por decir, a dos o tres metros de distancia. Pero ahora que va a comenzar a interceder, se le acerca más – se pone bien a Su lado, o mejor dicho, bien en frente de él, sus ojos ante los ojos del Señor, su nariz ante Su aliento y su boca ante Su boca.

Sin duda, algo que es la verdadera credencial del auténtico intercesor: situarse y vivir muy cerca de Dios.

De ahí en más pasa a preguntar si se ha de destruir la ciudad y no perdonarla, aun cuando se encuentren cincuenta justos dentro de ella, después cuarenta y cinco, después cuarenta, después treinta, después veinte, después diez.

En todos los casos recibe una respuesta favorable, hasta llegar hasta esta última cifra de diez. Y a esta altura, el Señor se va, habiendo acabado de hablar con Abraham, y éste vuelve a su lugar, en el encinar de Mamre, donde tiene su tienda.

Seguramente se quedaría con el gran interrogante de qué sería de Sodoma, y sobre todo, de su sobrino Lot y su mujer e hijas que moraban en ella.

En la oración y la intercesión hay una gran variedad de experiencias. A veces, recibimos la respuesta inmediatamente y tal cual como hemos pedido; a veces, orando prevalecemos de tal manera que sabemos que la batalla ya ha sido ganada, y la carga que pesaba sobre nuestro espíritu se levanta y desaparece totalmente.

En otras ocasiones, no sabemos a ciencia cierta qué es lo que va a pasar, pero habiendo hecho nuestra parte a plena conciencia delante del Señor, nos queda la serena confianza de que Él hará lo que corresponda, según Su sabiduría, justicia y misericordia.

A esta última categoría – valga la palabra – creemos que se ajusta el caso de la intercesión de Abraham por Sodoma que estamos comentando.

Su ruego a su favor para que fuese perdonada, tenía su principal motivación en el hecho de que su sobrino Lot vivía en medio de ella.

El comentario que hace Pedro en su segunda epístola resulta de interés y relevancia.

“...y si condenó por destrucción a las ciudades de Sodoma y de Gomorra, reduciéndolas a ceniza y poniéndolas de ejemplo a los que habían de vivir impiamente, y libró al justo Lot, abrumado por la nefanda conducta de los malvados...”

“...sabe el Señor librar de tentación a los piadosos, y reservar a los injustos para ser castigados en el día del juicio.” (2ª. Pedro 2: 6, 7 y 9)

Vemos que el Señor no concedió la absolución de Sodoma, como Abraham se lo había pedido, pero en cambio liberó a Lot con su mujer y dos hijas, que era, al final de cuentas, lo que Abraham quería y buscaba.

Y esto concuerda – digámoslo de paso – con el planteo que él mismo le había hecho al Señor en un principio:

“...El Juez de toda la tierra, ¿no ha de hacer lo que es justo?” (18:25b)

Curiosamente, y aunque pueda parecer extraño, lo que Abraham pedía no era lo justo – que se perdonasen y siguiesen pasando por alto las inmundicias que se estaban cometiendo en Sodoma.

Y el Señor no contestó de acuerdo con lo que Abraham pedía, pero sí liberó a Lot, el único justo que había, y destruyó totalmente la ciudad una vez que él y su mujer e hijas hubieran salido de ella.

Las palabras de Pablo en Romanos 8:26 *“pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos”* tienen plena aplicación aquí.

Dios conocía la correcta motivación del corazón de Abraham en lo que él estaba pidiendo, y se lo concedió, pero no de la manera que él pedía y esperaba, sino de acuerdo con Su sabiduría y estricta justicia.

Esto también lo podemos generalizar, diciendo que cuando oramos con una correcta actitud y disposición de corazón, pero pidiendo algo que no es del todo sabio, justo u oportuno, Él suele contestar de forma distinta de lo que esperamos. No obstante, al final caemos en la cuenta de que esa forma y no aquélla en que nosotros pedíamos, era la correcta y acertada.

“Y subió Abraham por la mañana al lugar donde había estado delante de Jehová.”

“Y miró hacia Sodoma y Gomorra, y hacia toda la tierra de aquella llanura miró; y he aquí que el humo subía de la tierra como el humo de un horno.”

“Así, cuando destruyó Dios las ciudades de la llanura, Dios se acordó de Abraham, y envió fuera a Lot de en medio de la destrucción, al asolar las ciudades donde Lot estaba.” (19:27-29)

Ésta fue la segunda vez que Abraham liberó a Lot. La primera había sido en el campo de batalla, como el guerrero tenaz que ya hemos visto; ésta, en el terreno de la intercesión.

Lot es calificado por Pedro como justo, y debemos aceptar este calificativo como correcto. Sin embargo ¡qué triste fue su trayectoria y qué infeliz y desdichado su fin!

Convertida en estatua de sal su esposa, terminó habitando en una cueva con sus dos hijas, a través de las cuales vino a ser el padre de dos pueblos que serían más tarde enemigos declarados de Israel: los amonitas y los moabitas.

¡Qué contraste con Abraham, que con pisadas de fe y obediencia al Señor, siguió un rumbo completamente distinto y que lo llevó a un final tan feliz y glorioso!

Hemos de responder a la genética de nuestro padre Abraham, preocupándonos por aquéllos que, por una mala elección o cualquier otra causa, han quedado maltrechos o atrapados, luchando e intercediendo por ellos, para que sean rescatados y restaurados.

Asimismo, habremos de perseverar en no tomar decisiones basadas en los dictados del materialismo y lo terrenal, como Lot, sino en la señalización de la brújula del Espíritu Santo, que siempre nos ha de llevar al norte magnético de lo que Dios en verdad tiene para nosotros, buscando solamente eso – nada más, pero nada menos.

-----()-----

CAPÍTULO 21 – Abraham con Abimelec en Gerar.

En este corto capítulo, comentamos brevemente el comportamiento de Abraham ante Abimelec en Gerar, que fue similar al que tuvo anteriormente ante Faraón en Egipto.

En ambos casos declaró que Sara era su hermana y no su mujer. Lo hizo de común acuerdo con ella, quien en ambas oportunidades afirmó lo mismo.

El móvil que le impulsaba era el temor de que lo matasen a él, viéndola a Sara como la mujer muy hermosa que era, y queriendo tomarla para sí por la vía criminal de matarlo a él, y que ella quedase viuda.

Como le explicó a Abimelec (ver 20:13) al comenzar su peregrinación unos buenos años antes, él y Sara se habían puesto de acuerdo para afirmar, cuando quiera que estuviesen en tierra extraña, que ella era su hermana.

Esto naturalmente nos choca, pues vemos en ello no solamente una evidente mentira, sino el estar dispuesto a permitir que su mujer fuese tomada por otro, con tal de salvar su propio pellejo.

Tal como entendemos y conocemos los preceptos morales hoy día, semejante cosa nos resulta totalmente inadmisibles, aun reconociendo el hecho de que en aquel entonces, el lugar de la mujer era inferior al que le corresponde actualmente en la sociedad en nuestro mundo occidental.

Llama la atención, sin embargo, que el Señor no reprendió a Abraham por haberlo hecho, e hirió a Faraón y su casa con grandes plagas (12:17) y cerró completamente toda matriz de la casa de Abimelec. (20:18) Además, a este último le mandó que devolviese a Sara a su marido, so pena de morir él y todos los suyos. (20:7)

Confesamos que nuestra mente, estrecha y finita, no alcanza a comprender ni justificar esto. Creemos que habría sido más justo reprender a Abraham, y no a Faraón y Abimelec, pero no obstante, nos inclinamos ante la sabiduría y justicia incuestionables de Dios, confiando en que, a su tiempo, comprenderemos lo que hasta el presente nos resulta un enigma, aun cuando no sea ni grave ni preocupante como para afectar nuestra fe en lo más mínimo.

Una última consideración es que, en ambas ocasiones, aun después de saberse que Sara era la mujer de Abraham, nadie decidió matarlo por eso, aunque posiblemente se debió a la firme y fuerte intervención del Señor.

Cerramos el capítulo expresando la convicción de que el camino más correcto habría sido el de decir la verdad, y confiar en la bondad y providencia de Dios para salvaguardar su vida.

Como dijimos en una predicación hace unos buenos años, “Por ser hijo de Abraham, mi querido hermano, ¡no vayas por ahí diciendo que tu esposa es tu hermana!”

----- () -----

CAPÍTULO 22 - Nacimiento de Isaac.

No hay mal que dure cien años, nos dice un adagio. Efectivamente, este mal de no tener un hijo propio por su querida mujer Sara, no le duró cien años, pues si bien cumplió exactamente esa edad al nacer Isaac, su espera comenzó cuando él ya contaba unos buenos años.

Los dos se habían reído al recibir la promesa de que en su vejez les nacería un hijo, y el nombre que el Señor le dio a ese hijo fue, en consonancia con ello, Isaac, que como se sabe, significa risa.

Sara misma, que anteriormente, por lo que podemos colegir del relato, no había sido muy alegre, exclamó por ese entonces:

“Dios me ha hecho reír, y cualquiera que lo oyere, se reirá conmigo.” (21:6)

Podemos verlo como el corolario feliz, que marcaba el fin de una prolongada, y, en cierta forma, penosa noche de espera.

“Por la noche durará el lloro, y a la mañana vendrá la alegría.” (Salmo 30:5)

“Los que sembraron con lágrimas, con regocijo segarán.” (Salmo 126:5)

El nacimiento del niño fue exactamente en el tiempo que Dios le había dicho a Abraham, y él se cuidó muy bien de circuncindarlo al octavo día, tal cual el Señor se lo había mandado.

El niño destetado.-

“Y creció el niño, y fue destetado; e hizo Abraham gran banquete el día que fue destetado Isaac.” (21:8)

Éste es el siguiente episodio de este relato tan apasionante, y es uno que reviste singular interés e importancia.

Fue una ocasión de mucha alegría y Abraham decidió celebrarla con un gran banquete. Su hijo amado, arrancado de los pechos maternos de Sara, iba a comenzar a ingerir comida sólida, no sólo apetitosa, sino también altamente nutritiva y alimenticia, que habría de convertirlo muy pronto en un niño bien desarrollado, sano y robusto.

¡Cuánto nos tiene que decir la Escritura, sobre todo en el Nuevo Testamento, del infortunio de hijos de Dios espiritualmente subdesarrollados.

Tomemos tres citas:

“De manera que yo, hermanos, no pude hablarlos como a espirituales, sino como a carnales, como a niños en Cristo. Os di a beber leche y no vianda; porque aún no erais capaces, ni sois capaces todavía, porque aún sois carnales; pues habiendo entre vosotros celos, contiendas y disensiones, ¿no sois carnales, y andáis como hombres? (1ª. Corintios 3:1-3)

“...para que ya no seamos niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error.” (Efesios 4:14)

“Porque debiendo ser ya maestros, después de tanto tiempo, tenéis necesidad que se os vuelva a enseñar cuáles son los primeros rudimentos de las palabras de Dios, y habéis llegado a ser tales que tenéis necesidad de leche, y no de alimento sólido.”

“Y todo aquél que participa de la leche es inexperto en la palabra de justicia, porque es niño; pero el alimento sólido es para los que han alcanzado madurez, para los que por el uso tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal.” (Hebreos 5:12-14)

Como hemos tratado este tema con bastante detalle en obras anteriores (“Hora de Volver a Dios,” Segunda Parte, capítulo IV, páginas 219 a 222) y “Las Preguntas de Dios” capítulo IX), nos limitamos aquí a hacer una comparación, que seguramente incentivará a cada lector a procurar con empeño dejar atrás la infancia e inmadurez espiritual.

En efecto: si un padre y una madre se encuentran con que un hijo suyo, digamos de cuatro años de edad, todavía balbucea, su desarrollo físico está bastante retardado y sigue haciendo cosas propias de una criatura de uno o dos años, evidentemente todo eso le dará a ambos mucha tristeza y dolor.

De la misma forma, nuestro Padre celestial se entristece y sufre cuando hijos Suyos que ya debieran haber crecido en la fe, en responsabilidad y una conducta consecuente, dejan mucho que desear, y, espiritualmente hablando, siguen siendo niños malcriados y problemáticos.

¿Amas de verdad a tu Padre celestial?

Entonces, por todo concepto, y como prueba de que tu amor hacia Él es real y auténtico, debes esmerarte y poner el máximo empeño para madurar, y no traerle más quebrantos ni tristeza por actitudes carnales, o una conducta impropia de un buen hijo.

La genética de nuestro padre Abraham nos augura felices realizaciones en nuestro peregrinaje terrenal, después de haber sembrado con fidelidad y obediencia, e incluso haber esperado con paciencia, a veces largamente.

Asimismo, nos predispone a madurar, dejando atrás la infancia y niñez espiritual en nuestra propia vida, y celebrando el que otros más jóvenes también hagan lo propio.

----- () -----

CAPÍTULO 23 – Las dos íes.

Nos sorprende ir comprobando como, en la prosecución normal del relato, se van desenvolviendo una tras otra, en forma gradual y – casi diríamos natural – las grandes verdades de la vida cristiana, y todas ellas, como ya puntualizamos desde el principio, contenidas en la simiente genética de Abraham nuestro padre.

Ahora nos encontramos con los dos principios cardinales de la carne y el espíritu. Para amenizarlos, el genio del Espíritu Santo, inspirador de todo esto, nos los presenta a través del prisma de *las dos íes*, como reza el título, es decir, la de Ismael y la de Isaac.

Con posterioridad inmediata al versículo que nos contaba del gran banquete celebrado al ser destetado Isaac, se nos dice que Sara advirtió, evidentemente con mucho desagrado, que Ismael se burlaba de Isaac.

Le llevaba catorce años de edad, y lo normal habría sido que le diera un trato cariñoso y bondadoso, como un hermanastro mayor que debiera haber sentido un afecto tierno hacia el menorcito.

Posiblemente se haya debido a sentirse celoso, al ver que Isaac había pasado a ser el foco principal de la atención de todos. Pero, sin lugar a dudas, esa burla de él le resultó a Sara muy desagradable, y más aun, hiriente, pues veía en ella una proyección del desprecio con que anteriormente su madre Agar la había mirado a ella.

Como es bien sabido, en el pasaje de Gálatas 4:21-31, Pablo establece una rica y aleccionadora alegoría tomada de esta parte de la narración. Citaremos más del pasaje más adelante, pero por ahora sólo señalamos que en el versículo 29 usa un término más fuerte que el de Génesis, al decirnos que Ismael *perseguía* a Isaac.

Esto nos induce a pensar que Sara veía la burla de Ismael como algo malvado y además muy dañino para Isaac, lo que explica por qué tomó la determinación de pedirle a su marido Abraham, que tomase esa medida tan extrema de echar a Agar e Ismael.

Lo que sigue a continuación, es toda una enseñanza práctica que nos sirve de advertencia contra el tomar principios generales de forma rígida, a rajatabla, y sin dar cabida a ninguna posibilidad de excepciones.

A Abraham le resultó extremadamente grave lo que Sara le había pedido, naturalmente por tratarse de un hijo suyo como lo era Ismael.

Aquí, una mente estrecha y que toma las cosas al pie de la letra - en el sentido de que la mujer debe someterse siempre al marido y no el marido a la mujer - indicaría que Abraham de ninguna manera debía acceder a lo que Sara le pedía, sino por el contrario, que debía plantarse firmemente en una negativa categórica.

La intervención directa del Señor en el caso, no sólo echa de ver que Sara tenía razón en lo que le pedía a Abraham. También nos presenta un valioso precedente, para que entendamos que hay ocasiones en que el hombre puede estar equivocado, y la mujer le es dada como ayuda idónea para ayudarlo a comprender su error.

Desde luego que esto no ha de ser la norma, sino más bien la excepción, pero no obstante, resulta imperativo que lo tengamos bien presente, para evitar caer en un machismo prepotente, que busque imponer el criterio del varón siempre, tenga o no razón.

De haber dejado las cosas tal cual estaban, para no contrariar su sentimiento afectivo, Abraham habría perpetuado el problema, que, a la postre, le habría hecho la vida imposible a él y a Sara, y también y sobre todo, a Isaac.

No obstante, la interpretación alegórica de este episodio, que culminó con la expulsión de Agar e Ismael, constituye el punto principal del capítulo en que estamos, y pasamos inmediatamente a desgranarla.

Ismael representa sin duda la naturaleza carnal, nuestro viejo hombre. De él se nos dicen siete cosas, todas ellas muy definitorias y significativas, a saber:

- 1) nacido de la esclava (Gálatas 4:22-23);
- 2) nacido según la carne (Gálatas 4:29);
- 3) se burlaba (Génesis 21:9);
- 4) perseguía al nacido según el Espíritu (Gálatas 4:29);
- 5) hombre fiero (Génesis 16:12);
- 6) su mano contra todos y la mano de todos contra él (Génesis 16:12)
- 7) el desierto era el lugar en que habitaba. (Génesis 21:21)

Como catálogo descriptivo de las características de la carne, no se puede pedir mucho más.

A diferencia de él, Isaac, el de la otra *i*, era nacido de la libre, por la promesa y según el Espíritu. (Gálatas 4:22, 23 y 29)

Su nacimiento fue posterior al de Ismael, así como el nacimiento de nuestro nuevo hombre es posterior al del viejo, entendiéndose con esto que todo lector, como hijo de Dios, ha tenido un segundo nacimiento, o bien un renacimiento, por el Espíritu Santo.

La incompatibilidad absoluta de los dos era bastante evidente. Como ya dijimos, de haber continuado así las cosas, habría llevado inevitablemente a una situación imposible.

De la misma manera, la carne y el espíritu no pueden convivir felizmente, ni nada que se le parezca, pues *“el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne.”* (Gálatas 5:17)

De ahí que la determinación de Sara, acatada por Abraham, se convierte en una sentencia definitiva y categórica de la misma Escritura:

“Mas ¿qué dice la Escritura? Echa fuera a la esclava y a su hijo, porque no heredará el hijo de la esclava con el hijo de la libre.” (Gálatas 4:30)

Bien podemos imaginar a Isaac a la mañana siguiente, después de notar que Ismael no estaba por allí como otras veces, ir a preguntarle a su madre dónde estaba.

“Se ha marchado,” sería la respuesta de Sara.

“¿Y cuándo vuelve?”

“Ése ya no vuelve nunca más.”

“¿De veras?”

“Sí, de veras, hijo mío – nunca más.”

Tras lo cual Isaac daría saltos de enorme alegría, y pasaría a encontrarse desde entonces con todo el entorno a su exclusiva disposición. Podría así jugar, ir y venir, y crecer y desarrollarse libremente, sin nada del tormento que anteriormente ese malvado y sinvergüenza le había ocasionado, al burlarse de él y perseguirlo maliciosamente.

Querido lector:- esto es todo parte de un glorioso evangelio – una grata nueva maravillosa. El Ismael de nuestro viejo hombre ha sido quitado de en medio por la bendita cruz de Cristo, para que nuestro Isaac de la promesa y del Espíritu, crezca y se desarrolle libremente y en plenitud de vida.

“...sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado.” (Romanos 6:6)

Ahora estamos regidos por la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús, la cual nos ha librado de la ley del pecado y de la muerte, (Romanos 8:2) y tenemos la maravillosa promesa:

“Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia.” (Romanos 6:14)

La genética de Abraham nuestro padre nos predispone para que, en alguna ocasión en que estemos en desacuerdo con nuestras esposas y sean ellas las que tengan razón, nos dejemos corregir por el Señor, y no sigamos obstinadamente, queriendo imponer nuestro criterio a toda costa.

Asimismo, a través de Jesucristo, la simiente por excelencia, entramos a disfrutar de la gloriosa liberación de ver a nuestro viejo Ismael echado y quitado de en medio

por el poder de la cruz del Calvario, a fin de que el Isaac de nuestra nueva criatura en Cristo, nacido del Espíritu, crezca y alcance vida libre y en abundancia.

----- () -----

CAPÍTULO 24 – Las i griegas de la Biblia.

Los tesoros que contiene y encierra la Biblia son maravillosos e inagotables. Se la puede leer de principio a fin, de fin a principio, por la mitad, entre líneas y de muchas formas más.

El lector asiduo, y ávido de encontrar joyas y perlas, inspiración, guía, aliento o consuelo, siempre ha de hallarlos, pues su autor y mejor intérprete – el Espíritu Santo – es sumamente fiel y justo para premiar a quienes, con corazón humilde y una disposición correcta, se empeñen en buscarlos.

Como sabemos, en los manuscritos originales de los cuales las Escrituras han sido copiadas y traducidas, no se encuentran signos de puntuación, ni la división en capítulos y versículos, tales como los tenemos en nuestras Biblias.

Tanto los unos como la otra han sido puestos por los traductores y revisores, con la mira de facilitar la lectura y la mejor comprensión del texto. En algunos casos o pasajes se podrá cuestionar la corrección o exactitud de la puntuación, y también de la división que se ha hecho en capítulos y versículos, e incluso algunas opciones o alternativas que se han sugerido, podrían ser más correctas o acertadas.

No obstante, de lo que no cabe ninguna duda, es que el verdadero sentido y alcance de las doctrinas y verdades de las Escrituras, no han sido afectadas en absoluto por esto, quedando las mismas en pie, firmes e inalterables.

Ahora bien - aceptando que ni a la puntuación, ni a la división en capítulos y versículos, hemos de atribuir el mismo grado de inspiración que le reconocemos al texto en sí - creemos, sin embargo, que, en muchas partes – aunque no en todas – ha estado la mano del Señor, con toques que, por lo menos para quien esto escribe, son evidentes, y además resultan deleitosos y sumamente enriquecedores.

Y hecha esta introducción, pasamos al tema del título, algo inusual, que le hemos dado al capítulo.

Hace muchos, muchos años, mientras el autor recién cursaba estudios primarios, se le enseñó que la conjunción hilativa y nunca debe ir al principio de la oración. Eso era algo que en aquel entonces estaba claramente establecido, pero que con el correr del tiempo se ha ido dejando de lado. Personalmente, llevado por ese cambio en el uso, el mismo autor también ha pasado a ser más flexible, colocando la i griega al principio, siempre que le haya parecido que cuadre o suene mejor.

El ojo avizor que haya leído sus escritos, no habrá demorado en percatarse – tal vez desde el mismo principio – que no es lo que podría encajar en la categoría de un purista del idioma. Tampoco pretende serlo, limitándose a procurar que cuanto escriba tenga un nivel razonable y aceptable de corrección, y sea al mismo tiempo fácil de comprender, aun para el lector con menor formación cultural e intelectual.

Pero, sea cual fuere la posición que uno adopte en cuanto a colocar o no al principio de la oración la penúltima letra de nuestro abecedario, la Biblia evidentemente se sitúa en el terreno de hacerlo, no sólo con toda libertad, sino también con mucha profusión. Por cierto que no hace falta una búsqueda, ni muy esmerada ni a fondo, para comprobarlo.

Y a esta altura del relato de la trayectoria de Abraham, precisamente en el capítulo 21 del Génesis en que nos encontramos, tenemos un caso muy concreto, y por cierto que también, clarísimo.

En efecto: un recuento rápido nos hace ver que de los treinta y cuatro versículos del capítulo, nada menos que veintiuno – es decir, casi el 62%, empiezan con la susodicha i griega.

Apenas si hace falta acotar que, cada vez que la usamos, claramente damos a entender que las cosas no han terminado - que viene algo más.

Y éste es el sencillo, pero hermoso e inspirador mensaje de este capítulo:- que así como en la Biblia aparece tantas y tantas veces esa palabrita de una sola letra – y – así de abundantes y variadas son las cosas que Dios ha preparado para los Suyos – los que le aman de verdad.

Empezamos por descubrir, cuando nos amanece la luz del evangelio, que en Cristo y por Su obra expiatoria, todos nuestros pecados son perdonados. Y luego pasamos a entender que no sólo eso, sino que también quedan borrados y olvidados por Dios mismo, que nos asegura que nunca más se acordará de ellos.

Y de ahí pasamos a encontramos como nuevas criaturas en Cristo Jesús, sin ninguna historia pasada. Y además, comenzamos a disfrutar de la dicha, seguridad y confianza de sabernos hijos de Dios, en virtud de un segundo nacimiento que se ha operado en nuestro ser.

Y pronto también tomamos conciencia de que somos templo del Señor, Quien mora en nosotros por el Espíritu Santo.

Y así las cosas, vamos aprendiendo paulatinamente una tras otra, las grandes y hermosas verdades de la vida cristiana – la del fruto del Espíritu, y también la de los dones del Espíritu, y la de la fe que obra por el amor, y la de la voluntad de Dios para cada día de nuestra vida, comprobando que siempre es buena, agradable y perfecta.

Y a su debido tiempo, caemos en la cuenta de que Dios tiene un plan y programa específico para nuestra pequeña vida, y empezamos a dar pasos concretos para entrar en ese plan y programa, y experimentar con deleite y gratitud, cómo se van desenvolviendo gradualmente las cosas, en una senda que es como la luz de la aurora, que va en aumento hasta que el día es perfecto.

Y podríamos seguir largo rato sobre las nuevas lecciones aprendidas, experiencias vividas, ya sea en los momentos de prueba y tentación, como en los de bendición y victoria; y ver también que los horizontes se nos van ampliando más y más, y nos conducen a un panorama eterno en el más allá, con dichas, bienaventuranzas y glorias sin par e inagotables.

Todo lo cual nos habla de un Dios infinito, que tiene precisamente eso, un infinito de tesoros impercederos, preparados y reservados para los que son Sus hijos de verdad. Y con el correr del tiempo, poco a poco nos va abriendo esos grandes cofres que los contienen, para sacar, escalonadamente y en progresión sabia, mesurada y creciente, uno, y otro, y otros, y muchos más.

¿Es ésta tu visión y comprensión del Señor, querido lector?

Desecha y destierra para siempre el criterio de un Dios estrecho, que ya te ha dado todo lo que tiene para ti, y no hay más para tu futuro. Sin anhelar grandezas que te enaltezcan y hagan caer en la trampa de la vanidad y el engrimiento, ábrete a Él para buscar más de esas i griegas del amor, del carácter de Cristo en tu vida, de la hermosura de la santidad, del gozo de servirle a Él con lo mejor de tus fuerzas, y tanto más que ha de enriquecerte sobremanera.

Seguramente que te preguntarás: ¿Y qué tiene que ver todo esto con la paternidad de Abraham, que es el tema del libro que tienes en tus manos?

Sencillamente, tiene mucho que ver. Ese capítulo 21, con la gran profusión de i griegas al principio de los versículos, es una señal de lo que fue su maravillosa trayectoria, de la cual –añadamos de paso –todavía nos queda mucho que agregar.

Él dio un primer paso de obediencia, dejando su tierra y su parentela y sin saber ni siquiera a dónde iba. Pero de ahí en adelante, esas i griegas continuas de nuevas, gloriosas y eternas cosas que Dios tenía previstas para él, fueron apareciendo y se fueron forjando y plasmando una a una, por la sabiduría y pericia insondables del Dios que lo había elegido y llamado.

Hasta ahora, hemos visto por los menos una de ellas en cada uno de los veinticuatro capítulos que llevamos completados, y en más de una ocasión han sido varias dentro del mismo capítulo.

Y todavía nos aguardan más – sí, de esas i griegas benditas y maravillosas de todo lo tan precioso que nuestro Dios todavía tiene para nosotros, que no se acaban ni se acabarán jamás.

¡Levanta la vista y con la cabeza erguida, mirando hacia arriba y adelante, descúbrelas y aprópialas, que también son para ti, amado lector!

Nuestro padre Abraham, al dejar su viejo mundo y emprender el camino de la fe y la obediencia, se encontró que el mismo estaba jalonado con gloriosas experiencias, y múltiples lecciones aprendidas, y riquezas, y tesoros que nunca se había imaginado. Aun en el más allá, como esbozamos a una altura temprana, ha seguido descubriendo más de las i griegas que Dios le tenía preparadas. Entre ellas, las dos puntualizadas de consolar en su seno a los que, como el mendigo Lázaro, en esta vida han pasado por muchos sinsabores y aflicciones; y también la de denegar, por autoridad delegada por el Padre Eterno, pedidos de clemencia de quienes, durante toda su vida terrenal dieron las espaldas al bien y a la justicia, y despreciaron y rechazaron el camino del Señor.

Estando en sus entrañas o lomos espirituales, como venimos reiterando, todo ello ha quedado impreso y grabado en la simiente espiritual de la cual procedemos.

Sin embargo, no sería justo dejar de señalar que, así como Abraham tuvo que pagar un precio muy alto en términos de obediencia absoluta y sacrificio, nosotros también debemos estar dispuestos a hacer lo propio, siempre que el Señor nos lo pida.

A descubrir, pues, y potenciar todo ese rico caudal, y estar dispuestos a pagar el precio, para poder seguir como él en las sendas de las maravillosas e incontables i griegas de Dios.

----- () -----

CAPÍTULO 25– Dios está contigo en cuanto haces.

En los tiempos de Abraham, ni los filisteos ni los heteos, cananeos y demás habitantes de la tierra se mostraron hostiles contra él, como siglos más tarde pasaron a serlo contra el pueblo de Israel.

Abraham moró en tierra de los filisteos por un buen tiempo. (21:34) Abimelec, el rey de ellos, vino a él a una etapa temprana con el pedido expreso de que le jurase que no habría de faltar ni maltratarle a él, ni a sus hijos y nietos, conforme a toda la bondad que él había recibido en esa tierra en que estaba morando.

Al formular dicho pedido, comenzó con las palabras del título:

“Dios está contigo en todo cuanto haces.” (21:22b)

Evidentemente, había visto desde un principio la forma especial en que Abraham prosperaba en todos los aspectos, y posiblemente tenía un temor que si siguiera multiplicándose de esa manera, se volvería en un potentado poderosísimo que hasta podría sojuzgarlo a él y a su pueblo, y adueñarse de toda la tierra.

Abraham accedió a ese pedido y se selló un pacto de lealtad entre ellos, y el lugar en que lo hicieron pasó a llamarse Beerseba, que, como al margen de nuestras Biblias se nos acota, significa Pozo de siete o Pozo del juramento.

Sobre este lugar, que tuvo singular importancia más tarde, nos extenderemos en un capítulo posterior. Empero, por ahora volvemos a esas palabras que hemos citado.

Abimelec era el rey de un pueblo pagano, que tenía muchos dioses falsos. Con todo, por la presencia de Abraham entre ellos, muy pronto pasó a reconocer que una mano invisible estaba sobre todo cuanto hacía y emprendía. Y esa mano – lo tenía bien claro – no era la de ninguno de los dioses de los filisteos, sino la del Dios de Abraham.

Por lo tanto, al dirigirse a él y reconocer la evidente prosperidad y bendición que reposaban sobre él, no la atribuyó a ningún otro, sino al que él comprendía ahora que era el único y verdadero Dios.

¡Qué testimonio elocuente y poderoso!

Tomemos ahora algunos casos de otros ilustres siervos del Señor, de los cuales las Escrituras nos dejan expresa constancia de que Dios estaba con ellos en cuanto emprendían y hacían.

1) Isaac, hijo de Abraham. *“Y sembró Isaac en aquella tierra, y cosechó aquel año ciento por uno; y le bendijo Jehová.”*

“El varón se enriqueció, y fue prosperado, y se engrandeció hasta hacerse muy poderoso.”

“Entonces dijo Abimelec a Isaac: Apártate de nosotros, porque mucho más poderoso que nosotros te has hecho. (Génesis 26:12, 13 y 16)

2) Jacob, nieto de Abraham.

“Y Labán le respondió: Halle yo ahora gracia en tus ojos, y quédate; he experimentado que Jehová me ha bendecido por tu causa.” (Génesis 30:27)

“...menor soy que todas las misericordias y que toda la verdad que has usado para con tu siervo; pues con mi cayado pasé este Jordán, y ahora estoy sobre dos campamentos.” (Génesis 32:10)

3) José, bisnieto de Abraham.

“Y el jefe de la cárcel entregó en mano de José el cuidado de todos los presos que había en aquella prisión; todo lo que se hacía allí, él lo hacía.”

“No necesitaba atender el jefe de la cárcel cosa alguna de las que estaban al cuidado de José, porque Jehová estaba con José, y lo que él hacía, Jehová lo prosperaba.” (Génesis 39:22.23)

“Cuando se sintió el hambre en toda la tierra de Egipto, el pueblo clamó a Faraón por pan. Y dijo Faraón a todos los egipcios: Id a José, y haced lo que él os dijere.” (Génesis 41:55)

4) Josué, de descendencia carnal más lejana, pero de la estirpe de Abraham sin lugar a dudas.

“...para que guardes y hagas conforme a todo lo que en él está escrito; porque entonces harás prosperar tu camino, y todo te saldrá bien.” (Josué 1:8)

“Tomó, pues, Josué toda la tierra, conforme a todo lo que Jehová había dicho...” (11:23)

“...reconoced, pues, con todo vuestro corazón y con toda vuestra alma, que no ha faltado una palabra de todas las buenas palabras que Jehová vuestro Dios había dicho de vosotros; todas os han acontecido, no ha faltado ninguna de ellas.” (Josué 23:14)

5) David, del linaje de Abraham.

“Y David se conducía prudentemente en todos sus asuntos, y Jehová estaba con él.” (1ª. Samuel 18:14)

“Y Jehová dio la victoria a David por dondequiera que fue.”(2ª. Samuel 8: 6b y 14b)

6) Daniel, también de descendencia carnal lejana, pero sin lugar a dudas, espiritualmente de la estirpe de Abraham.

“Pero Daniel mismo era superior a estos sátrapas y gobernadores, porque había en él un espíritu superior; y el rey pensó ponerlo sobre todo el reino.”

“Entonces los gobernadores y sátrapas buscaban ocasión para acusar a Daniel en lo relacionado al reino; mas no podían hallar ocasión alguna o falta, porque él era fiel, y ningún vicio ni falta fue hallado en él.” (Daniel 6:3-4)

Nos hemos limitado a poner las citas correspondientes, sin añadir ningún comentario, pues las mismas nos hablan de por sí con toda claridad y elocuencia.

Es maravilloso comprobar cómo Dios puede tomar en Sus manos vidas de personas que en sí eran normales y corrientes, finitas y falibles, como todos estos varones, y convertirlos en piezas claves para desplegar Su gracia, sabiduría, perfección y poder.

Concluimos con dos reflexiones importantes.

La primera es que, si bien fueron prosperados en todo, y Dios honraba y bendecía cuanto hacían, ninguno de ellos estaba exento de pruebas y conflictos.

Algunos conceptúan erróneamente que una vida realmente bendecida por Dios es la que, además de ser prosperada y resultar exitosa, se halla exenta de luchas y problemas.

La verdad es que esas luchas, problemas, pruebas y conflictos han sido, y serán siempre, la fragua en que Él, como el herrero eximio y sabio como ninguno que es, forja la verdadera grandeza que perdura por la eternidad.

Como veremos en el capítulo siguiente, a Abraham, aún en esta etapa tan avanzada de su trayectoria, le esperaba la prueba más dura de toda su vida.

La segunda reflexión se deriva de relacionar esa dicha de Abraham de que Dios estuviese con él en todo cuanto hiciese, con la exhortación que había recibido unos pocos años antes, cuando contaba noventa y nueve años de edad: *“anda delante de mí y sé perfecto.”*

Ya hemos comentado esta palabra que recibió del Señor, que fue indudablemente algo muy especial y que lo instó a vivir de ahí en más en un nivel todavía más elevado.

No nos cabe duda que Abraham tomó esa exhortación muy en serio, y que se propuso cumplimentarla, y lo logró cabalmente. De no haber sido así, Dios no podría haberle dado ese sello aprobatorio tan maravilloso de estar con él en todo cuanto hiciese.

Pero esa obediencia y ese andar suyo – de ahí en adelante todavía más responsable y consecuente – permitieron que el Señor pudiese cumplir ese deseo, que por cierto abrigaba en Su corazón, de coronar con Su bendición cada cosa que Su siervo y amigo hiciese o emprendiese.

Este capítulo nos confronta con el desafío de asumir plenamente el mandato de Dios a Abraham nuestro padre, de andar delante de Él y ser perfecto. (Esto último en la proyección de madurez y cumplida coherencia que ya hemos delineado en el capítulo 16)

Paralelamente a ello, nos abre la brillante y maravillosa perspectiva de que, respondiendo cabalmente a ese mandato, y estando dispuestos a pagar el precio, le brindemos al Señor la posibilidad que tanto anhela de poder estar con nosotros, para bien y bendición, en todas y cada una de las cosas que hagamos.

Como vemos, un desafío y una meta muy dignos de que nos demos a ellos con nuestro mayor ahínco y empeño.

----- () -----

CAPÍTULO 26 – La gran cumbre del Monte Moriah (1)

Llegamos ahora a la cumbre más elevada y gloriosa de la carrera de nuestro padre Abraham: la ocasión en que, probado por Dios, sube al Monte Moriah con su hijo Isaac para ofrecérselo al Señor.

Sobre este episodio, tan singular y especial, es mucho lo que a través de los años y siglos se ha enseñado y proclamado, tanto de forma escrita como oral.

Como ya lo hicimos en ocasión de comentar el diálogo entre Jesús y Simón Pedro, en el pasaje de Juan 21:15-19 en el último capítulo de nuestro libro anterior titulado “Las Preguntas de Dios”, aquí también nos ceñimos a dar algunos comentarios y reflexiones de nuestra propia cosecha.

En esto también es posible – al igual que en aquello – que algunas de las cosas que decimos ya hayan sido escritas o dichas anteriormente por otros, sin que por nuestra parte hayamos tenido conocimiento de ello.

En el primer capítulo hablamos de Abraham como el amigo de Dios, señalando que eso iba mucho más allá de una amistad en el sentido normal y corriente que le atribuimos, siendo en cambio algo de una profunda intimidad y compenetración.

Para hilarlo y explicarlo mejor, empezamos por señalar que, sin lugar a dudas, la ofrenda de Jesucristo a favor nuestro en la cruz del Calvario constituye, junto con Su resurrección y ascensión, y la venida del Espíritu Santo en el día de Pentecostés, lo más glorioso y maravilloso que jamás ha acaecido en este mundo.

Los tres últimos eventos – Su resurrección, ascensión y Pentecostés - sólo pudieron ser merced al primero de ellos – el sacrificio de Su vida en la cruz.

Para Dios el Padre, esto significó un sacrificio imposible de comprender y valorar con nuestras mentes estrechas y finitas en toda su inmensa magnitud.

Fue solamente Su profundo y maravilloso amor para con el mundo perdido, que lo pudo mover a hacer semejante cosa – a dar a Su Hijo eterno y amado, que era lo mejor que Él y el cielo tenían, para poder rescatarnos y salvarnos eternamente.

Las palabras del conocidísimo texto de Juan 3:16, lo expresan hasta cierto punto. No obstante, tenemos la desventaja de que, por sernos tan conocido y repetido, muchas veces al leerlo u oírlo, como hijos de la rutina que solemos ser, no lo captamos en su debida y tremenda grandeza y profundidad.

Leámoslo lentamente, tras unos momentos de reflexión y oración:

“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquél que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.”

Por cierto que no fue un darlo de forma fría e insensible; antes bien, fue un darlo para que pasase por el horno horrible que lo llevó a atravesar el Getsemaní primero, para luego ser arrestado, escupido, azotado, burlado y blasfemado, y finalmente languidecer por largas horas en la cruz, como un espectro pálido y agonizante, tanto de dolor físico, como de angustia y congoja indescriptible en su alma.

Debido al amor que siente por Jesús, muchas veces al leer en los evangelios el relato de todo eso, a uno le ha costado continuar en la lectura, por la fuerte y dolorosa impresión que le ha producido seguir los detalles de todo ese cruento suplicio que tuvo que padecer.

Es normal y natural: cuando amamos a alguien de verdad, nos duele profundamente saber que sufre, y al enterarnos de detalles de lo que ha padecido o está padeciendo, las cuerdas más íntimas se estremecen y se sienten entrañablemente afectadas.

Todo esto, claro está, en el nivel estrecho y reducido de lo que es nuestro amor de seres humanos, tan pequeñito en comparación con el insondable y ternísimo amor eterno de Dios.

Con estos párrafos, estamos buscando llevar al lector a una comprensión más clara y más honda de lo que habrá significado para Dios el Padre dar a Su Hijo amado, sabiendo muy bien y con todo detalle, todo el tormento que había de padecer.

En momentos de especial angustia o dolor, alguien siempre tiende a buscar la comprensión, simpatía y apoyo de un ser querido, con el cual se tiene verdadera intimidad y afinidad.

Y fue en ese aspecto que Dios el Padre, que como sabemos mora en la eternidad y fuera de los límites del tiempo, previendo lo que iba a significar para él el dar en ofrenda expiatoria a Su Hijo amado, quiso aproximarle a sí a Abraham – Su amigo de verdad – para que pudiese experimentar, aunque en una medida muy pequeña y limitada, algo de Su inmenso dolor, y así entrar con él en esa preciosa relación de identificación e íntima compenetración.

En otras palabras: que Abraham pudiese comprender muy bien, por algo vivo experimentado y padecido en carne propia, el dolor y la angustia indecible del Padre al dar a Su Hijo, y así pudiera llegar a una comunión con Él cual posiblemente ningún otro mortal haya podido alcanzar, por lo menos en este aspecto tan tierno y entrañable que estamos comentando.

Esto, pues, nos lleva al comienzo, cuando Dios le dice:

“...Toma ahora tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas, y vete a tierra de Moriah, y ofrécelo allí en holocausto sobre uno de los montes que yo te diré.” (Génesis 22:2)

Como nos indica el versículo anterior - (22:1) - Dios lo estaba probando a Abraham. No obstante, por Su presciencia Él sabía que respondería favorablemente, y más allá de probarlo, estaba el propósito de llevarlo a eso tan elevado que ya hemos explicado.

Era como decirse a sí mismo:

“Anhelo que mi siervo – mi gran amigo Abraham – comprenda tiernamente y se identifique conmigo, en el sacrificio de mi Hijo amado. Al atravesar por esta prueba podrá hacerlo, comprendiendo y compartiendo conmigo, hasta donde puede un ser humano, esa hora sublime en la que he de dar a mi Hijo unigénito en sacrificio y ofrenda tan dolorosa para redimir a la humanidad perdida.”

Al recibir este mandato del Señor, se nos dice lacónicamente que Abraham se levantó muy de mañana, enalbardó su asno, tomó consigo a dos de sus siervos y a Isaac su hijo, y tomando lo necesario para el fin que tenía por delante, se puso en marcha.

¿Le dijo a Sara lo que iba a hacer antes de partir? No se nos dice tal cosa y creemos muy probable que no lo haya hecho, aunque no lo podemos asegurar.

Posiblemente esa noche durmió muy poco, pensando con profunda tristeza en lo que iba a suceder. A lo largo de los tres días de marcha, bien podemos imaginar su corazón, desgarrado y sangrando de dolor y angustia, al pensar que ese hijo querido, a quien había esperado por tanto tiempo, con quien sin duda había compartido muchas preciosas horas, dentro de muy poco ya no estaría más a su lado – tenía que sacrificarlo y después enterrar sus cenizas – y ya no lo vería más, y se le habría ido para siempre.

Humanamente hablando, en un caso semejante, la reacción natural y normal de todo buen padre sería negarse en forma terminante a hacer semejante cosa.

Sin embargo, nuestro padre Abraham tenía un algo en su fuero interno que no le permitía negarse y decir que no, cuando esa voz de su Dios le decía o le pedía algo. La voz, la palabra y el mandato del Eterno Yo Soy que le había escogido y llamado, estaba por encima de todo lo demás en su vida y corazón.

Algo digno de tenerse en cuenta, como una acotación al margen del hilo central, pero que reviste cierta importancia, es que este mandato de sacrificar a su hijo le fue dado varios siglos antes de promulgarse el decálogo de la ley mosaica, cuyo sexto mandamiento, como bien se sabe, es “No matarás.”

Retomando el hilo, quizá la parte más tierna y tocante de todas es aquella en que Isaac le pregunta:

“Padre mío...He aquí el fuego y la leña; mas ¿dónde está el cordero para el holocausto?” (Génesis 22:7)

¡Con qué tiernas palabras le respondió Abraham!

“Dios se proveerá de cordero para el holocausto, hijo mío.” (22:8)

A no dudar, Abraham se habrá preguntado cómo podía encajar este sacrificio de su hijo Isaac, con la clara promesa recibida anteriormente de que con él Dios iba a confirmar Su pacto como pacto perpetuo para sus descendientes después de él. (17:19)

Hebreos 11:17-19 nos brinda una importante aportación sobre este particular.

“Por la fe Abraham, cuando fue probado, ofreció a Isaac; y el que había recibido las promesas ofrecía su primogénito, habiéndosele dicho: En Isaac te será llamada descendencia; pensando que Dios es poderoso para levantar aun de entre los muertos, de donde, en sentido figurado, también le volvió a recibir.”

Esto añade al aspecto del dolor y la angustia que sin duda habrá sentido Abraham, el de una fe indómita en medio de semejante situación.

El mandato de ofrecer a Isaac era algo que él tenía que obedecer, pero no pensaba que, por morir Isaac, la promesa anterior iba a quedar anulada y sin cumplirse. Sabía que el gran YO SOY era incapaz de faltar a Su palabra o dejarla sin cumplimiento, y, por lo tanto, consideraba que después que Isaac fuera ofrecido, Dios era poderoso para resucitarle y cumplir igualmente todo lo que había prometido.

A no dudar, eso fue un despliegue de la fe en un grado superlativo, que a todos nos debería llenar de asombro. Una cosa es meditar y hacer conjeturas sobre todo esto, de forma objetiva y sin tener ninguna participación directa. Otra muy distinta habrá sido encontrarse, como se encontró Abraham - en medio de esa tremenda prueba y de ese terrible drama, y aun con la increíble congoja de su corazón – y mantener una convicción inquebrantable de que ese imposible que enfrentaba no iba a ser la última palabra, sino que Dios, como el Dios que es, para el cual no hay imposibles, iba a dar una salida que hiciese posible que Su promesa quedase firme y cabalmente cumplida.

Todavía queda el agregado de que, en sentido figurado, Abraham recibió a Isaac resucitado, lo que nos hace pensar en una sombra de la muerte y resurrección de Jesucristo.

En el Salmo 23:4 David dice:

“Aunque ande en valle de sombra de muerte...”

No es la muerte en sí a lo que se refiere David, sino a la *sombra de muerte*, cuando se está muy cerca de ella, pero no llega a alcanzarnos en forma efectiva.

Con Abraham e Isaac fue precisamente eso – la sombra de la muerte, y una figura o sombra de resurrección, pues como sabemos, a último momento Dios le absolvió de ofrecer a Isaac, dándole el sustituto de un carnero trabado por los cuernos en un zarzal.

En cambio, ni para Dios el Padre, ni para nuestro amado Jesús, hubo ningún sustituto. Él gustó la muerte, y muerte de cruz, por todos nosotros, sin que mediara escapatoria alguna. Pero, loado sea Dios, también resucitó, y, además, ¡Su resurrección no fue en sentido figurado, sino muy real, auténtica y gloriosa!

Como simiente de Abraham, en distintas etapas y a diferentes niveles, hemos de ser probados por Dios, Quien siempre ha de buscar a través de ello, forjarnos para sí mismo, madurarnos y llevarnos a mayores dimensiones de gracia y de semejanza a Su Hijo Jesucristo.

Por el mismo principio genético, también hemos de reconocer bien dentro de nuestro hombre interior, un algo que no le puede ni le quiere negar al Señor nada que Él nos pida, por precioso y entrañable que sea.

----- () -----

CAPÍTULO 27 – La gran cumbre del Monte Moriah (2) y el Juramento. (1)

Estando Abraham a punto de degollar a Isaac para ofrecerlo en holocausto, el ángel del Señor le dio voces desde el cielo, diciéndole que no lo hiciese.

“...porque ya conozco que temes a Dios, por cuanto no me rehusaste tu hijo, tu único.”
(22:12)

Así, no llegó a consumir el sacrificio, dándose el Señor por plenamente satisfecho con verlo totalmente dispuesto y a punto de hacerlo.

No se nos debe pasar por alto que, al dirigirse a él, lo hizo llamándolo por su nombre dos veces: Abraham, Abraham.

Como ya puntualizamos en el primer capítulo, él fue el primero del grupo muy selecto de cinco, a quienes les cupo, dentro del marco de las Escrituras, esa distinción tan especial. Como ya dijimos, los otros cuatro fueron Jacob (Génesis 46:2), Moisés (Exodo 3:4), Samuel (1ª. de Samuel 3:10) y Saulo de Tarso (Los Hechos 9:4), en ese orden cronológico.

Inmediatamente después de haber ofrecido Abraham el carnero, el ángel de Jehová le habló por segunda vez desde el cielo.

Por ser de la máxima importancia, transcribimos totalmente lo que le dijo:

“Por mí mismo he jurado, dice Jehová, que por cuanto has hecho esto, y no me has rehusado tu hijo, tu único hijo; de cierto te bendeciré, y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y como la arena que está a la orilla del mar; y tu descendencia poseerá las puertas de sus enemigos.”

“En tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra, por cuanto obedeciste a mi voz.” (22:16-18)

En el largo hilo histórico de las Escrituras, encontramos que en no pocas oportunidades el Señor pronunció juramentos.

Entre otras, está la que ya hemos visto, en que lo hizo en cuanto a Melquisedec, figura de Cristo, jurando que sería sacerdote para siempre. (Salmo 110:4)

Este juramento a Abraham se encuentra magistralmente comentado en el sexto capítulo de Hebreos, lo que nos ayuda a comprenderlo y valorarlo con mayor amplitud.

Extraemos a continuación los principales puntos de ese comentario.

1) *“...porque los hombres ciertamente juran por uno mayor que ellos...”* (Hebreos 6:16a)

“Porque cuando Dios hizo la promesa a Abraham, no pudiendo jurar por otro mayor, juró por sí mismo.” (6:13)

En el orden del Nuevo Testamento, Jesús nos ha dicho a los que somos Sus discípulos que no debemos jurar. (Mateo 5:33-37)

No obstante, con anterioridad a Su venida al mundo, los hombres juraban, y muchos en la actualidad todavía lo hacen, bien desconociendo, o deliberadamente, no aviniéndose a Su mandato. Tanto los unos como los otros, han tenido y siguen teniendo como norma inamovible jurar por algo o alguien mayor que ellos, lo cual ha tendido y tiende a darle al juramento mayor solidez y credibilidad.

El autor de Hebreos nos señala con tanto acierto y como algo muy significativo, que Dios, no encontrando nada ni nadie mayor que Él mismo, juró por sí mismo.

Esto le confiere a este juramento hecho a Abraham el grado más superlativo de fiabilidad: Dios mismo, el Ser Supremo, Creador de todo el universo, se coloca a sí mismo, con Su omnipotencia formidable y eterna, como garantía absoluta de su total credibilidad.

2) *“...para ellos el fin de toda controversia es el juramento para confirmación.”* (6:16b)

Es decir, que un juramento hecho con verdad y de forma responsable, disipa toda duda y establece y confirma aquello que se ha jurado, como algo totalmente cierto e incuestionable.

3) *“...para que por dos cosas inmutables, en las cuales es imposible que Dios mienta...”* (6:18) Las dos cosas inmutables, claramente señaladas por el contexto, son la promesa y el juramento en confirmación.

Aquí se nos señala de la forma más categórica y terminante la total imposibilidad de que Dios pudiera mentir en esas dos cosas, que con toda razón se califican de inmutables: Su promesa y Su juramento.

4) Pero el análisis que hace Hebreos nos lleva a un punto mucho más allá, que nos enriquece sobremedida, al ayudarnos a comprender en una magnitud mucho mayor la proyección y el alcance de este juramento.

Partiendo de la base de que fue hecho a Abraham (6:13-15) y habiéndonos delineado los puntos anteriores que hemos considerado, ahora pasa a manifestarnos lo mucho más que estaba en el corazón de Dios al hacer ese juramento.

En realidad, es algo sorprendente, revelado sin duda por el Espíritu Santo a quien escribió Hebreos.

“Por lo cual, queriendo Dios mostrar más abundantemente a los herederos de la promesa la inmutabilidad de su consejo, interpuso juramento; para que por dos cosas inmutables, en las cuales es imposible que Dios mienta, tengamos un fortísimo consuelo los que hemos acudido para asirnos de la esperanza puesta delante de nosotros.” (6:17-18)

Esto es algo que no podríamos visualizar en forma concreta y expresa, valiéndonos solamente del relato del Génesis. La preciosa inspiración del Espíritu, recibida por el autor de Hebreos, nos hace ver mucho más lejos de lo que el relato nos consigna: con ser algo jurado a Abraham, es a la vez algo que nos llega y abarca a nosotros hasta el día de hoy.

En efecto, se nos dice que al hacerle este juramento a Abraham, pulsaba en el corazón de nuestro Dios algo muy maravilloso: mostrarnos de forma más abundante a *nosotros, los herederos de la promesa por ser hijos de Abraham*, la inmutabilidad de Su consejo.

Es decir, que quería que tuviésemos una seguridad y confianza plena de que ese consejo de bendición, que pasaremos a desgranar en el capítulo siguiente, era y es algo inmutable, en lo cual era imposible que Dios mintiese.

Y al decirse en el texto "*imposible que Dios mienta*" – en el subjuntivo presente en vez del pretérito – lo traslada al presente – a la actualidad – como algo que tiene total vigencia en el hoy en que vivimos nosotros, los hijos de Abraham, muchos siglos después de haber sido dado el juramento.

Su palabra siempre ha sido veraz y totalmente fiable, pero para que no nos cupiese el menor atisbo de duda, añadió a ella Su expreso juramento, dándonos así el inamovible fundamento de dos cosas absolutamente inmutables, para así poder infundirnos un fortísimo consuelo, a fin de que podamos estar completamente libres de toda duda o temor.

¡Como para colmarnos de la mayor fe, confianza y seguridad!

"Gracias Señor, que nos haces ver en esto, que no quieres que las sombras de la incertidumbre y el miedo en cuanto al presente, pasado o futuro, se ciernan sobre nuestras almas en lo más mínimo."

Muchas gracias, Padre celestial, por la maravillosa verdad de que la tremenda bendición del juramento que le hiciste a nuestro padre Abraham, no sólo nos llega por la genética, al ser hijos de él. También te has cuidado de inspirar a quien escribió Hebreos, para hacernos comprender que ese juramento asimismo nos está hecho expresamente a nosotros, los que somos hijos de Abraham por la fe en Jesucristo, que hemos acudido a Ti para asirnos de la esperanza puesta delante de nosotros.

----- () -----

CAPÍTULO 28 – La gran cumbre del Monte Moriah (3)

El juramento.(2)

Aun cuando el texto del juramento es muy claro y habla de por sí, pasamos ahora a delinear sus cuatro puntos.

1) La simiente bendita.

"*de cierto te bendeciré*" (22:17^a) Una afirmación categórica de bendecirlo a él, de tal manera que repercutiese y desbordase sobre la simiente que llevaba en sus lomos.

2) La simiente innumerable.

"*y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y como la arena que está a la orilla del mar.*" (22:17b)

Como ya señalamos antes, se entiende que la primera comparación apunta a la simiente espiritual de los que son de la fe, cualquiera sea su raza, lengua o nación, en tanto que la segunda abarca la descendencia carnal o de sangre, es decir el pueblo de Israel.

3) La simiente victoriosa.

"*y tu descendencia poseerá las puertas de sus enemigos.*" (22:17b)

Como lo expresó tan felizmente Moisés muchos años más tarde, en vísperas de su partida:

"*El eterno Dios es tu refugio, y acá abajo los brazos eternos;*"

"*El echó delante de ti al enemigo...*"

"*¿Quién como tú, pueblo salvo por Jehová, escudo de tu socorro y espada de tu triunfo? Así que tus enemigos serán humillados y tú hollarás sobre sus alturas.*" (Deuteronomio 33:27 y 29)

4) La simiente por excelencia, en y por la cual han sido benditas todas las naciones de la tierra.

"*En tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra.*" (22:18)

En Gálatas 3:16 Pablo nos dice:

"*Ahora bien, a Abraham fueron hechas las promesas, y a su simiente. No dice: Y a las simientes, como si hablase de muchos, sino como de uno: Y a tu simiente, la cual es Cristo.*"

Aquí podría parecer que hay una contradicción, pues el relato del Génesis varias veces habla de una simiente o descendencia numerosísima. Empero, debemos comprender que en Gálatas Pablo claramente se está refiriendo a la simiente espiritual – no a la carnal – y nos está haciendo ver que la bendición de la misma está canalizada a través de Cristo Jesús – al cual – creemos que con toda propiedad – lo llamamos *la simiente por excelencia*.

En efecto: la absoluta totalidad de la bendición que recibimos los que somos hijos de Abraham por la fe, nos llega merced al sacrificio expiatorio del Señor Jesucristo en el Calvario y Su resurrección y ascensión.

Aunque esto ya lo señalamos al principio, aquí lo ratificamos con todo énfasis. Este enfoque de la genética espiritual de Abraham nuestro padre, nada tiene que ver con las

distintas versiones del judaísmo que han estado en boga tanto en el siglo primero, como en posteriores, y que incluso aparecen en algunos focos aislados hasta el día de hoy.

En cambio, se trata de un examen y consideración de todo el bien que nos llega desde la perspectiva de la genética de Abraham nuestro padre, tal como lo señalan claramente las distintas Escrituras que tomamos en un principio como punto de partida.

Pero todo este bien, y todo el caudal de bendición que estamos descubriendo y desgranando – *que de esto no nos quede ninguna duda* – nos viene en virtud y a través de Jesucristo y Su obra todo suficiente y perfecta a favor nuestro.

Hebreos nos describe todavía más de los beneficios de la esperanza derivada de la promesa ratificada con juramento.

“La cual tenemos como segura y firme ancla del alma, y que penetra hasta dentro del velo, donde Jesús entró por nosotros como precursor, hecho sumo sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec.” (Hebreos 6:19-20)

Esta esperanza es el ancla firme y segura, que nos sostiene en todo y contra todo lo que pudiese venir contra nosotros. Pero no sólo eso, sino que también se introduce en el mismo lugar santísimo – no del tabernáculo terrenal, erigido por Moisés, sino del *“no hecho de manos, es decir, no de esta creación”*, *“aquel verdadero tabernáculo que levantó el Señor, y no el hombre.”* (Hebreos 9:11b y 8:2)

En ese lugar santo y sagrado, de dicha sin par y eterna, ya está Jesús como precursor, es decir, como el que ha ido delante de nosotros, y que está como sumo sacerdote a favor nuestro para siempre. Su presencia en ese lugar garantiza nuestro acceso y admisión, como así también nuestra permanencia en el mismo por toda la eternidad.

Al echarse el ancla, por así decirlo, se la deposita en el lugar más profundo a que puede llegar – digamos, figurativamente hablando, en el fondo del mar – mientras que, por una cuerda irrompible, queda amarrada a la embarcación en que se navega.

Así, la barquilla de nuestra vida, por pequeña y frágil que sea, está amarrada por esa - la fe que fue dada una vez a los santos (Judas 3) - a un ancla totalmente sólida y de absoluta fiabilidad. La misma se encuentra, firme e inamovible, en la misma presencia del Señor, en ese cielo bendito y seguro, que será el lugar de nuestra morada eterna.

Después de recibir de parte de Dios semejante juramento, no leemos que Abraham haya explotado de euforia, o convocado una conferencia de prensa para divulgarlo a todo el mundo. Nada en su carácter nos habla de euforias ni de histeria, y, felizmente, en aquellos tiempos la propaganda y la publicidad no habían alcanzado nada del auge desmedido y desorbitado de hoy en día.

En cambio, leemos a renglón seguido, que hizo algo muy sabio y que reviste suma importancia:

“Y volvió Abraham a sus siervos, y se levantaron y se fueron juntos a Beerseba; y habitó Abraham en Beerseba.” (22:19)

Como se indica en el margen de muchas ediciones de nuestra Biblia, Beerseba significa pozo del juramento.

Simbólicamente, tomamos esto como un situarse y permanecer en ese terreno sólido e inamovible de la promesa de Dios, ratificada por Su juramento.

Ya hemos visto en el capítulo anterior que el juramento pone fin a toda controversia, y que en esas dos cosas inmutables – la palabra de la promesa y el juramento – era imposible que Dios mintiese.

Semejante punto de apoyo – formidable y absolutamente fiable – hace que podamos anclar nuestra fe en él con toda seguridad y confianza.

A Abraham todavía le aguardaban diversas vicisitudes y desafíos, y algunos serios escollos que superar, pero es como si por este quedarse a habitar en Beerseba – el pozo del juramento – hubiese llegado a un lugar de absoluto reposo y confianza. La promesa con juramento ya había definido las cosas de la forma más categórica y terminante. Y allí se quedaba, firmemente amarrado a lo que ahora comprendía que era invulnerable e invencible.

En esto también tenemos la lección – clara y muy importante – de que ése es el lugar en que debemos permanecer, firmemente asidos de la palabra de Dios y de Su juramento a favor nuestro, en nuestra condición de simiente de Abraham.

En etapas de poco desarrollo y crecimiento, una de las muestras de inmadurez más claras que se advierte en los creyentes es la de depender de sus sentimientos, emociones, estados de ánimo, el mayor o menor grado de bendición que reciben, y muchos otros factores. Todos en mayor o menor medida hemos sido proclives a ello.

Romanos 10:17 nos dice que *“...la fe es por el oír, y el oír por la palabra de Dios.”*

Cuando se valoran las cosas por cualquiera de esos factores, y se depende de que sean favorables o desfavorables, a todas luces se está cometiendo un importante error.

Ese error consiste en poner nuestra fe – muchas veces sin que nos demos cuenta de ello – en esos factores o circunstancias. Ellos son los que definen las cosas, y a ellos nos remitimos para juzgar o sopesar una situación.

Y claro está, en esta forma nuestra fe no descansa ni se apoya en la palabra inmutable de Dios, y entramos en un juego de altibajos, dictados por lo que vemos, oímos, o nos dicen las apariencias.

Ese terreno es lo que solemos llamar arena movediza, y una señal de verdadera madurez estriba en pasar de él a la roca sólida e inamovible de lo que Dios ha dicho y dice, con prescindencia de lo que las circunstancias y las apariencias estén buscando decirnos.

Aunque el habitar de Abraham en Beerseba lo hemos tomado figurativamente en la aplicación que le hemos dado, que no nos quepa la menor duda de que nuestro padre, a estas alturas ya había aprendido bien esa lección, y su fe estaba firmemente anclada en la palabra de la promesa y el juramento, y no en ninguna otra cosa.

Hace varios años, mientras me encontraba en las cercanías de la ciudad de Sevilla, considerando este tema y compartiéndolo en reuniones unidas de varias iglesias de la zona, mientras me encontraba en oración recibí una revelación que en un principio me sobresaltó.

En efecto: comprendí que en una de sus confabulaciones con sus secuaces, el enemigo de nuestras almas había dispuesto que varios de ellos se pusiesen bajo juramento de dañarnos, y aun destruirnos, a varios siervos de Dios de la periferia. En otras palabras, que esas horribles huestes de odio y maldad “nos la tenían jurada.”

Confieso que en un primer momento eso me causó bastante alarma, sobre todo porque sabía que era algo que tenía que compartir con el pueblo de Dios en la reunión de esa tarde, y evidentemente se trataba de algo delicado, que incluso podía ser usado por el maligno para infundir temor a algunos.

No obstante, muy pronto brotó en mí una reacción positiva y categórica.

Ya muchos siglos antes, el Eterno Dios todopoderoso se había puesto bajo el más solemne juramento de bendecirnos, y de que hemos de poseer las puertas de nuestros enemigos.

Ese juramento Suyo, respaldado por Su omnipotencia formidable, nos rodea y protege, como un escudo impenetrable, ante el cual nada pueden los embates y dardos del enemigo, por feroces y malvados que sean.

Con tal que nos guardemos en nuestro hogar, sin darle al diablo la menor cabida, somos intocables para él. (1ª de Juan 5:18b)

El juramento que el Señor le hizo a Abraham, por la genética se extiende en toda su colosal magnitud a cada uno de nosotros, sus hijos. Ello está corroborado en este caso tan especial, en cierta medida por Romanos 4:22-25, pero sobre todo por la declaración expresa del comentario de Hebreos 6, que nos dice que nos abarca plenamente a nosotros también.

Como Abraham, pasamos a aferrarnos a esas dos cosas inmutables que el Señor nos ha dado – la promesa de Su palabra y el juramento – y, apoyados y anclados firmemente en ellos, continuamos nuestra trayectoria de bendición, multiplicación y victoria.

----- () -----

CAPÍTULO 29 – Muerte y sepultura de Sara. Isaac y Rebeca.

Imperceptiblemente, el relato nos ha ido acercando al hecho triste de la muerte de Sara, la compañera y ayuda idónea de Abraham en tantas andanzas y experiencias, durante tantos años.

La hora de su deceso y partida le llegó a la edad de ciento veintisiete años. El pesar y el dolor de perderla no sólo le embargaron a Abraham, sino también a Isaac, el hijo amado, que a esa altura había dejado de ser un joven muchacho, como cuando subió con su padre al Monte Moriah para ser ofrecido en sacrificio, pues ahora contaba treinta y siete años de edad.

Abraham, todo este tiempo estaba morando en la tierra de Canaán, que era el lugar de la voluntad de Dios para él. Al dirigirse a los heteos, habitantes de ese territorio en que se encontraba, para solicitar la compra de una parcela para sepultar a Sara, le contestaron de la forma más amistosa y favorable:

“...eres un príncipe de Dios entre nosotros; en lo mejor de nuestros sepulcros sepulta a tu muerta; ninguno de nosotros te negará su sepulcro, ni te impedirá que entierres tu muerta.” (Génesis 23:6)

Aunque ya hemos tratado anteriormente el capítulo 12 de Génesis, en la parte que nos narra su marcha a Egipto por el hambre imperante en la tierra, aquí volvemos a tomar las palabras de Faraón al despedirlo, para subrayar un marcado contraste.

“Ahora, pues, he aquí tu mujer; tómala y vete.” (12:19)

Cuando estamos fuera de la voluntad de Dios, y sobre todo en el Egipto de este mundo, muchas veces nos esperan deshonras y humillaciones, como ésta que le tocó a Abraham.

Por el contrario, cuando estamos donde Dios quiere que estemos y en plena armonía con Su voluntad, Él se encarga de que a su tiempo seamos debidamente honrados.

La distinción de ser visto y tratado como un príncipe de Dios estando en medio del pueblo pagano de los heteos, fue uno de los muchos honores que el Señor quiso otorgarle, y notamos que fue al tiempo de haber alcanzado gran madurez, no sólo en los años de vida que llevaba, sino también en su andar de fe y plena obediencia.

Es una norma casi invariable que cuando un siervo persevera en su fidelidad al Señor hasta los años de su vejez, en esta etapa de su vida recibe los honores y galardones más hermosos de toda su larga trayectoria.

En su discurso de Los Hechos 7, Esteban, hablando de la peregrinación de Abraham en la tierra de Canaán, dice en el versículo 5:

“Y no le dio herencia en ella, ni aun para asentar un pie.”

En esta coyuntura, como ya vimos, la necesidad de contar con un lugar donde sepultar a Sara, le movió a solicitar la compra de una parcela para poder hacerlo.

Además de la forma tan amable en que los hijos de Het le respondieron, cabe que pongamos de relieve algo muy sencillo, pero de mucha importancia.

El dueño de la parcela que él solicitaba, Efrón, hijo de Zohar, quiso regalársela, por lo mucho que era apreciado por él y todos los demás. Habría sido muy fácil, y tentador incluso, aceptar este ofrecimiento; no obstante, poniendo de manifiesto su gran honorabilidad y su carácter tan íntegro, Abraham insistió en pagar rigurosamente y al contado inmediato, su justo precio.

Así, le pesó los cuatrocientos siclos de plata que valía, “de buena ley entre mercaderes”, en presencia de todos los hijos de Het como testigos.

Aunque esto es muy elemental ¡cuántas veces, tristemente, se oye de creyentes, y aun siervos de Dios, que no han sabido ser irreprochables en el tema del dinero!

Que el ejemplo de Abraham nuestro padre cunda debidamente, y que no sólo en ese terreno, sino en todos los demás, podamos ser *“irreprochables y sencillos, hijos de Dios sin mancha en medio de una generación maligna y perversa, en medio de la cual resplandecéis como luminarias en el mundo.”* (Filipenses 2:15)

El siguiente episodio que se nos relata – cómo Rebeca es buscada y traída para unirse en matrimonio con Isaac – tiene un encanto muy especial. Es quizá una de las páginas más candorosas de toda la Biblia, y aparte de las verdades prácticas que nos presenta, contiene un riquísimo simbolismo.

En este último, vemos a Abraham representando a Dios el Padre, muy pendiente y preocupado por procurar la desposada ideal para el Hijo Amado. El siervo fiel al cual se le encomendó la misión de buscarla y traerla, simboliza al Espíritu Santo, y Rebeca, a la iglesia, la desposada de Cristo.

No vamos a entrar en muchos detalles, sino a tomar dos o tres puntos que se destacan.

Uno de ellos es que el matrimonio de Isaac y Rebeca, por lo que sabemos, fue quizá el más feliz de todos los que encontramos en la Biblia, si bien el de Aquila y Priscila, y algún otro también, deben tenerse igualmente en cuenta.

Notemos que ni él ni ella estaban buscando novia o novio. Rebeca estaba ocupada en la noble tarea de bajar al pozo para llenar su cántaro y dar de beber a los sedientos. Por su parte, Isaac se hallaba meditando en el campo, seguramente reflexionando sobre cosas que su padre le había comunicado en cuanto al camino de la fe en que estaba andando, y posiblemente, en medio de su meditación también estaría orando y alabando al Señor.

Sin conocer de forma expresa la máxima que Jesús nos dio muchos siglos después – *“buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas”* – ambos estaban aplicando el espíritu de la misma.

Y el Señor no sólo correspondió, dándolos el uno a la otra y vice-versa. Su unión matrimonial fue evidentemente feliz, y con unos buenos años de casados – quizá cuarenta o aun más – tenemos una escena en la cual Isaac estaba acariciando a Rebeca, prueba de que el mutuo amor de ambos seguía tierno y entrañable. (Génesis 26:8)

Son muchos los casos en que ha habido en algunos jóvenes – de ambos sexos – un deseo muy grande de casarse, anteponiéndolo al servicio del Señor, y sin querer esperar pacientemente en Dios para que Él sea Quien dirija y ordene a su tiempo. Generalmente eso ha llevado a tristes desengaños posteriores.

Por lo tanto, no podemos menos que recomendar a cada joven – varón o mujer – que aplique la máxima ya citada de Jesús, que por cierto también abarca el matrimonio.

Otro punto es el que sacamos del regalo del pendiente de oro, los dos brazaletes (24:22) y las alhajas de plata y oro y los vestidos (24:53) que el siervo le hizo a Rebeca.

Claramente, representan el fruto y los dones del Espíritu Santo, tanto para equipar como para hermostrar a la iglesia, la desposada del Cordero.

Y el tercero tiene que ver con los camellos que montaban Rebeca y sus doncellas, en su marcha hacia donde estaba Isaac. A diferencia del dromedario que tiene una sola joroba, como se sabe, el camello tiene dos, y la silla o montura va en medio de ellas.

Figurativamente, la joroba delantera nos habla del freno que debe haber para evitar que nos apresuremos y tratemos de llegar antes del tiempo señalado. En contraste, la trasera está para evitar que nos retrasemos y lleguemos tarde o no lleguemos.

Sentados cómodamente entre las dos, avanzamos sin prisa pero sin pausa, al ritmo que vaya marcando el siervo, cabeza de nuestra expedición.

Muy sencillo, pero ¡qué fácil es salirse del ritmo y el compás del Espíritu, para deslizarse ya sea a uno o al otro extremo!

Seamos sabios ¡y recordemos en todo momento lo de las dos jorobas del camello!

Los rasgos genéticos de este capítulo son los siguientes:

- 1) **Permanecer en el lugar de la plena voluntad de Dios, que paulatinamente nos irá convirtiendo en príncipes de Dios sobre la tierra, y por cierto que otros lo reconocerán.**
- 2) **Observar la escrupulosa honradez de Abraham nuestro padre en todo lo atinente al manejo del dinero, como así también en las demás esferas de la vida.**
- 3) **Aprendamos de Isaac y Rebeca a aplicar lo que nos enseñó Jesús – “*buscad primeramente el reino de Dios y su justicia*” – particularmente en lo que atañe al noviazgo y el matrimonio.**
- 4) **Así como Rebeca recibió alhajas y vestidos del siervo, debemos también nosotros recibir del Espíritu Santo los dones para equiparnos para nuestro servicio. Y paralelamente a ello, igualmente debemos cultivar las cualidades y virtudes propias del fruto del Espíritu, que se refleje en la hermosura de la santidad, expresada de forma práctica y real en nuestras vidas.**
- 5) **Hemos de aprender a frenar cualquier tendencia o intento de apresuramiento (Isaías 28:16 – “*el que creyere, no se apresure*”) y también a evitar retrasarnos por inercia, pereza o desánimo.**

----- () -----

CAPÍTULO 30 – Muerte de Abraham, y Abraham en el Nuevo Testamento.

Tal como el Señor se lo había anticipado cerca de cien años antes, Abraham murió en paz y en buena vejez, anciano y lleno de días. (15:15 y 25:8)

Tenía ciento setenta y cinco años de edad, completando, como ya dijimos al principio, exactamente un siglo desde su partida de Harán hacia la tierra de Canaán. (12:4b)

Si bien es verdad que a algunos siervos del Señor les ha tocado, y les toca, morir en gran tribulación y aun en el martirio, creemos que eso es más bien la excepción.

Lo normal nos parece que es llegar a un final de paz, con el sello aprobatorio de la honra que el Señor imparte a los que le han sido fieles de verdad a lo largo de su peregrinaje terrenal.

No debemos dejar de señalar el hecho de que antes de su muerte, Abraham se encargó muy bien de dejar todo en orden, y sin que quedase ningún cabo suelto, cosa que es en realidad muy importante.

A veces, lamentablemente, esto no sucede, ya sea porque la muerte llega de forma repentina e imprevista, o por falta de un sentido correcto de previsión y responsabilidad. En tales casos pueden presentarse a posteriori situaciones desagradables, tales como querellas en cuanto a la distribución de la herencia, u otras cosas de la más diversa índole.

Como ya vimos, la previsión primordial para él fue cuidar muy bien de que su hijo amado Isaac tuviese la desposada idónea, sabiendo que de otra forma casi seguramente se le presentarían problemas muy serios.

El capítulo 25 del Génesis, en su parte inicial nos da los nombres de otros hijos que tuvo Abraham, a través de Cetura, su segunda mujer. Y a continuación se recalca que todo el caudal de su riqueza – “*todo cuanto tenía*” en los términos de 25:5 – se lo dio a Isaac.

Al mismo tiempo, a los demás hijos les dio dones y los envió, mientras él todavía seguía en vida, a la tierra oriental, lejos de Isaac. (25:6) Sabía muy bien que todas las maravillosas promesas de Dios convergían sobre él, y no quería que ninguno de sus otros hijos pudiese plantear conflictos e intentar usurparle el lugar que le correspondía, frustrando así los propósitos divinos.

Como vemos, en todo y por todo Abraham supo comportarse hasta el final de forma totalmente consciente y responsable – algo que haremos bien todos en tener muy presente, sobre todo cuando se acerque el final de nuestra vida terrenal.

Pero ahora pasamos a considerar algunos aspectos de importancia derivados de referencias que se hacen a Abraham en el Nuevo Testamento.

“*Porque ciertamente no socorrió a los ángeles, sino que socorrió a la descendencia (simiente) de Abraham.*” (Hebreos 2:16)

Otra versión, en lugar de *socorrió* pone *asíó* (del verbo *asir* o *tomar*) y otra dice “*no tomó sobre sí la naturaleza de ángeles, sino que tomó sobre sí la simiente de Abraham.*”

Sea cual fuere la traducción más precisa, lo que es claro y evidente en este versículo es que había dos géneros de seres creados necesitados de redención:- los ángeles caídos y la raza humana.

Cabe admitir como posibilidad que Cristo hubiese tomado sobre sí la responsabilidad de posibilitar la redención de los primeros, lo cual de hecho nos habría excluido a nosotros, los seres humanos.

No obstante, la justicia de Dios descartó esa posibilidad. Creemos que la razón principal fue que Satanás, el cabecilla de los ángeles, en su decisión de rebelarse contra Dios y arrastrar a muchos ángeles consigo, no fue tentado ni influenciado por nadie para hacerlo. Fue algo que brotó de sí mismo, y que hemos tratado de explicar, hasta donde nos resulta posible, en un apéndice al final del primer capítulo de nuestra obra anterior "Las Preguntas de Dios."

Ese hecho – el que no hubo presión, tentación ni influencia de ningún otro – marca una importante diferencia.

En cuanto a los ángeles caídos, se nos dice que pecaron, (2ª Pedro 2:4) que no guardaron su dignidad (Judas 6) y que para ellos no hay perdón ni misericordia.

En la caída de Adán y Eva, tal como se la narra en Génesis 3, si bien ellos fueron abiertamente culpables por desatender el expreso mandato de Dios y prestarse a la seducción de la serpiente, la verdad es que esta última fue la que tomó la iniciativa para tender su lazo astuto y engañoso.

Y, loado sea Dios, consideramos que estamos bien fundados en afirmar que, ante los ojos del Juez Supremo, no obstante la vergonzosa caída de nuestros primeros padres, tanto ellos como nosotros somos menos culpables que los ángeles caídos, y por cierto que la antigua serpiente que se llama diablo y Satanás.

Con la más profunda y temblorosa gratitud, celebramos de todo corazón que así haya sido.

¡Qué habría sido de nosotros si hubiera ocurrido lo contrario!

"Abraham vuestro padre se gozó de que había de ver mi día; y lo vio y se gozó." (Juan 8:56)

Al cuestionar los judíos la veracidad de estas palabras de Jesús, el Maestro les respondió:

"Antes que Abraham fuese, YO SOY." (Juan 8:58)

Siempre ha sido algo de sumo interés el tratar de identificar el punto al cual se refiere Jesús en que Abraham vio Su día y se gozó. Como ya ha sido señalado por otros, Jesús no dijo que Abraham lo había visto a Él mismo, sino Su día, lo cual es importante.

Se ha manifestado que debe haber sido en la ocasión en que Abraham recibió la promesa de que iba a tener un hijo de Sara su mujer, y que con ese hijo – Isaac – Dios confirmaría Su pacto como pacto perpetuo para sus descendientes después de él. (Génesis 17:19)

Aunque respetamos esa postura, no concordamos con ella, puesto que el contexto no parece respaldarla.

"Entonces Abraham se postró sobre su rostro, y se rio, y dijo en su corazón: ¿A hombre de cien años ha de nacer hijo? ¿Y Sara, ya de noventa años, ha de concebir?"

"Y dijo Abraham a Dios: Ojalá Ismael viva delante de ti." (17:17-18)

Para ser estrictamente francos, hemos de decir que en el relato del Génesis no se advierte con claridad ningún punto en el que se pueda identificar con certeza y precisión la ocasión a que Jesús se refiere.

Debemos aceptar como una posibilidad que haya sido en una oportunidad no consignada en la Biblia, pero naturalmente bien conocida por Jesús.

Si se nos apremiase para tratar de precisar esa ocasión dentro del marco de la narración bíblica, nos inclinaríamos por el encuentro con Melquisedec cuando volvía de la derrota de los reyes.

Lo primero que se nos dice en el pasaje es que Melquisedec sacó pan y vino. Ya hemos visto como Hebreos nos corrobora que Melquisedec representa a Cristo, si bien no era Cristo mismo.

El pan y el vino hablan claramente del nuevo pacto, que sólo podía ser en el día de Cristo y no antes – y esa muy bien podría ser la clave para dilucidar lo que no deja de ser un pequeño enigma, aunque desde luego no uno que resulte preocupante.

De todos modos, no proponemos este punto de vista a raja tabla, sino, como ya dijimos, reconociendo que es algo que no está muy claro y preciso.

Eso sí, sea cual haya sido el punto en el que sucedió, lo importante es que Abraham vio el día de Cristo y se gozó.

Nosotros, por nuestra parte, lo hemos visto a Él con los ojos de nuestro espíritu y de la fe, por la revelación del Espíritu Santo a través de las Escrituras – y también hemos visto Su día en gran parte de su gloriosa magnitud, e igualmente nos gozamos de verdad.

Pero ahora veamos dos casos, en algo curiosos, de dos que no podían verlo, y sin embargo la gracia de Dios posibilitó que le vieran, tanto a Él como Su día.

Los dos se encuentran en el evangelio de San Lucas. El primero, en el pasaje del capítulo 13, versículos 10 a 17.

Citamos parte del relato:

"...y había allí una mujer que desde hacía dieciocho años tenía espíritu de enfermedad, y andaba encorvada, y en ninguna manera se podía enderezar."

“Cuando Jesús la vio, la llamó y le dijo: Mujer, eres libre de tu enfermedad. Y puso las manos sobre ella; y ella se enderezó luego, y glorificaba a Dios.” (13:11-13)

“Y a esta hija de Abraham, que Satanás había atado dieciocho años, ¿no se le debía desatar de esta ligadura en el día de reposo?” (13:16)

Como una acotación al margen, pero que reviste importancia, recalamos que, como claramente consta en el texto, éste no era el caso de una enfermedad física. Se trataba de un espíritu de enfermedad, al cual Jesús identificó como procedente de Satanás, que la tenía encorvada y no le permitía enderezarse.

Evidentemente, hay casos como éste, de enfermedad que no es simplemente una deficiencia o trastorno del organismo físico, sino la obra malvada de lo que la Escritura llama *un espíritu de enfermedad*.

Hemos de procurar discernir correctamente, y así diferenciar lo uno de lo otro, cuidando, claro está, de no caer en el extremismo de algunos, que atribuyen toda enfermedad a la obra de los demonios.

En este caso particular, y desde la perspectiva de nuestro hilo central – la paternidad de Abraham – debemos imaginar a la mujer encorvada y en la triste situación de no poder enderezarse. Había perdido la dignidad de andar erguida y con la frente en alto.

Esa ligadura le impedía mirar hacia arriba y hacia adelante, para así, en esa ocasión, poder ver a Jesús.

El poder del Maestro y Su compasión y amor pusieron fin a ese flagelo agobiante y denigrante, de tal manera que ella – *reconocida por Jesús como hija de Abraham* – pudiera enderezarse y verlo a Él y Su día – el día de la liberación de esa ligadura cruel, y gozarse como Abraham, y más aun, glorificar a Dios por tan maravilloso milagro.

El segundo es el conocidísimo caso de Zaqueo, a quien Jesús también reconoció como hijo de Abraham. (Lucas 19:9)

Hemos oído el caso pintoresco – no sabemos si verídico o imaginario – de un joven, con no mucho tiempo de convertido, y que estaba deseoso de predicar. Su conocimiento de la palabra no era muy preciso, y se dice que en una oportunidad, al intentar predicar sobre Zaqueo, se confundió y, al desarrollar el relato, iba nombrando a Nicodemo como el protagonista.

“Nicodemo era bajo de estatura y quería verlo a Jesús...” “Al ver que no podía, Nicodemo se subió a un árbol...” “...y Nicodemo esperaba impaciente que llegase Jesús...” etc. etc., no oyendo ni comprendiendo cuando los que estaban cerca de él le susurraban “Zaqueo” – “Zaqueo.”

Esto sucedió tres o cuatro veces, hasta que por fin el joven se percató de su error.

La forma en que trató de remediarlo fue muy risible, y la consignamos textualmente, como se nos la narró, no creyendo caer en irreverencia al hacerlo.

“Entonces Jesús, al llegar al lugar y verlo, le dijo:”

“Nicodemo, ¿qué haces ahí en lugar de Zaqueo?”!!

Pero, volviendo al relato en sí, el pequeño Zaqueo no podía ver a Jesús a causa de la multitud, compuesta indudablemente de hombres y mujeres corpulentos y de mayor estatura que él.

Sin embargo, su determinación de verlo era muy firme, y aun a costa de que se pensase que estaba haciendo el ridículo – “¿qué hace ese monito trepándose a un árbol para llamar la atención?” – se supo ubicar en lugar preferente – un diminuto palco improvisado, desde el cual lo podía ver mejor que ningún otro.

No nos dejamos tentar a seguir desgranando este relato, tan singular, y por cierto riquísimo en verdades espirituales.

Solamente señalamos que la encorvadura de Zaqueo era moral y no física, pues no andaba con rectitud en el terreno de las finanzas. Quizá en un principio no era así, pero tentado por el manejo de tanto dinero, y viendo que todos los demás lo hacían, él también se había puesto a cobrar más de la cuenta, y se había quedado con el excedente, pasando así a enriquecerse como los demás cobradores de impuestos de ese entonces.

Al tener el enorme privilegio de hospedar a Jesús y poder contemplarlo, algo de la bondad y el desprendimiento del Maestro, como así también de Su estricta justicia, lo impactó en las fibras más íntimas de su ser.

De esta forma, dejó totalmente su mezquina avaricia, para convertirse en un generoso que daba la mitad de sus bienes para los pobres, y se quedaba con la otra mitad, pero al efecto de restituir el cuádruple de todo lo que había cobrado en exceso.

Eso fue sin duda ver a Jesús – ver Su día, y gozarse - y comenzar a dar firmes pisadas de fe, en el camino andado por su padre Abraham muchos siglos antes.

Si perseveramos en la fe y en una cumplida fidelidad al Señor, nos espera un final dichoso de paz y plena realización en el Señor, así como lo tuvo Abraham nuestro padre.

Al igual que sus hijos Zaqueo y la mujer encorvada de Lucas 13, teníamos ligaduras morales o físicas que nos impedían ver a Jesús y Su día del régimen de la gracia. Pero al igual que a ellos, Él ha venido a nosotros y nos ha perdonado, salvado

y liberado, para que también nosotros lo pudiésemos ver a Él y Su día – día de salvación, de libertad y de gran gozo.

----- () -----

CAPÍTULO 31 – El problema insoluble maravillosamente solucionado, y la gran promesa del Espíritu

En éste último capítulo tomamos dos puntos más que se encuentran en el Nuevo Testamento. Sin los mismos, nuestra exposición del tema por cierto que quedaría incompleta.

El primero nos lo proporciona la que acostumbramos llamar la pluma tan fecunda de ese gran siervo de Dios, el apóstol Pablo.

“Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero)”

“para que en Cristo Jesús la bendición de Abraham alcanzase a los gentiles, a fin de que por la fe recibiésemos la promesa del Espíritu.” (Gálatas 3:13-14)

Varios siglos después de que el Señor se pusiese bajo juramento de bendecir a Abraham y su simiente o descendencia, el Monte Sinaí fue el escenario en el cual se promulgó la ley de Dios por medio de Moisés.

Esa ley no abrogaba ni cancelaba la promesa y el juramento, pero sí creaba una situación en que los herederos de la promesa estábamos, por extraño que suene, en dos terrenos, a saber, el de la bendición por la promesa y el juramento, y el de la maldición, por la ley.

Esto es evidente por lo que se nos dice en Deuteronomio 27:26 *“Maldito el que no confirmare las palabras de esta ley para hacerlas,”* y que Pablo cita con términos muy parecidos en Gálatas 3:10 al decir:

“...Maldito todo aquél que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas.”

Aquí tenemos otro de los grandes misterios y glorias del Calvario. Por así decirlo, se trataba de un callejón sin salida – un problema insoluble.

Por una parte, estábamos destinados a la bendición por una promesa ratificada por Dios con juramento expreso e inquebrantable.

Por la otra, las exigencias estrictas de la ley, que nos eran totalmente inalcanzables, nos colocaban en el lugar de la maldición, al no perseverar en ellas y cumplirlas cabalmente como se nos exigía. Y no pensemos que Dios, en situación semejante, podría “hacer la vista gorda”, como a veces hacemos los seres humanos, y no hacer caso de la ley que Él mismo había hecho promulgar.

Loado sea Dios – para Él no hay problema insoluble, y éste, que parecía imposible de solucionar, lo resolvió con Su sabiduría insondable y Su amor eterno y sin límites – y fue en la arena del Calvario que lo hizo.

El precio que hubo que pagar para hacerlo fue tan alto y doloroso, que nunca lo llegaremos a comprender en su total magnitud, mientras estemos revestidos de nuestras limitaciones de seres finitos y mortales. Sólo en el más allá, cuando conoceremos como somos conocidos, lo podremos apreciar y valorar en su inmensa y completa dimensión.

El Hijo de Dios, resplandor de Su gloria e imagen misma de Su sustancia, tuvo que soportar sobre Su persona santa e inmaculada el impacto horrible y aplastante de la vara justiciera de la ley – la carga inmensa de la maldición que pesaba sobre todos nosotros.

Sólo ese sacrificio – único, infinito e indecible – pudo sacarnos de esa situación en que nos encontrábamos – la de la terrible maldición que pesaba sobre nosotros por la ley.

Y así quedó despejado y expedito el camino para que toda la bendición de Abraham pudiese llegar a nuestras vidas.

Avanzando ahora un paso más – muy importante por cierto – llegamos al segundo punto de este capítulo. Se trata de algo que no está, por lo menos explícito, en el relato del Génesis, pero que es tan fundamental, que, sin ello, todo lo que hemos venido diciendo no podría alcanzar una cristalización viva y real: la promesa del Espíritu.

En efecto: todos los rasgos genéticos heredados de nuestro padre Abraham al estar en sus lomos espirituales, nos presentan, por así decirlo, la parte humana, que siempre es necesaria, pero que de por sí no basta, pues necesita el complemento indispensable de la parte divina.

Digamos de paso también que, sorprendentemente, en el trato de Dios con el hombre, la parte divina igualmente necesita el complemento de la humana, a fin de que, en un feliz combinarse y entrelazarse ambas, se puedan plasmar cabalmente los propósitos eternos de Dios.

Esa promesa del Espíritu, formulada y reiterada tantas veces en el Antiguo Testamento, Pablo la relaciona estrechamente con la bendición de Abraham.

“En tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra.” (Génesis 22:18) y

“...para que en Cristo Jesús la bendición de Abraham alcanzase a los gentiles, a fin de que por la fe recibiésemos la promesa del Espíritu.” (Gálatas 3:14)

Al volver a citar este versículo lo hemos puesto inmediatamente después de la parte final del juramento, para subrayar la forma en que Pablo lo conecta y compenetra todo.

Esa bendición prometida y ratificada bajo juramento, nos alcanza a todos a través del conducto precioso de Cristo Jesús y toda Su obra expiatoria y redentora. Pero al mismo tiempo, el eslabón siguiente y correspondiente es que pudiésemos recibir por la fe la promesa del Espíritu Santo.

En Efesios 1:13 Pablo lo llama *el Espíritu Santo de la promesa*, puntualizando así que era lo que Dios había prometido de antemano en reiteradas ocasiones en el Antiguo Testamento.

Como es de conocimiento general, vivimos en la dispensación de la gracia, en la cual el Espíritu Santo mora en nuestros corazones en forma permanente, cosa que no se daba en el Antiguo Pacto.

Él ha venido para introducirnos en un orden o régimen nuevo – no el de la ley mosaica, sino el de *la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús*. (Romanos 8:2)

Como ya anticipamos, es sólo la gracia del Espíritu, en función de esa ley de vida, que nos capacita en todo y para todo, a fin de que andemos en la plena voluntad de Dios. Y es esa gracia Suya la que vivifica nuestra herencia genética recibida de Abraham nuestro padre.

De esta forma, cada una de esas características, o rasgos genéticos que hemos considerado, se van gestando, desarrollando y madurando, en la feliz compenetración de lo humano con lo divino, según lo hemos esbozado anteriormente.

¡Cuán inmensamente privilegiados somos!

Por una parte, tenemos la riquísima y dichosa herencia genética, heredada de nuestro padre Abraham, el distinguidísimo primer patriarca y gran amigo de Dios.

Por la otra, la magna obra redentora de Cristo a favor nuestro, a través de la cual se canaliza y fluye la bendición de esa herencia, con el complemento fundamental del Espíritu Santo, para vivificarla y conferirle efectividad en nuestra vivencia práctica.

No debemos dejar de señalar que se nos dice que esa promesa del Espíritu se recibe por la fe.

En un principio, mencionamos las palabras de Romanos 4:12, que definen nuestro andar como un seguir *“las pisadas de la fe que tuvo nuestro padre Abraham.”*

Las primeras pisadas de fe fueron dadas por él antes de ser circuncidado, como dice en la parte final de ese versículo. Pero sin lugar a dudas, las restantes, dadas *después de ser circuncidado*, también fueron pisadas de fe – de hecho, toda su trayectoria fue un bendito sendero jalonado con pisadas de fe de principio a fin.

Por supuesto entonces, resulta del todo lógico y coherente, que esta culminación y broche de oro de la larga cadena que hemos estado eslabonando – *que pudiésemos recibir la promesa del Espíritu Santo* – se reciba igualmente por la fe.

La gracia y el amor divino nos otorgan todo el vasto y riquísimo caudal que hemos estado intentando sondear y desgranar. La fe por nuestra parte, traducida en obediencia, fidelidad y a veces también en sacrificio, constituye el complemento esencial e indispensable que posibilita que ese caudal que se nos otorga como herencia bendita y dichosa, se cristalice plenamente en nuestra vida y peregrinaje terrenal.

Caro lector: reconoce con claridad y precisión cada rasgo de tu herencia genética. Visualízalo todo filtrado a través del conducto perfecto de Cristo Jesús. Y ahora mismo, recibe por la fe una nueva comunicación de la gracia del Espíritu Santo, para así poder nutrirlo y potenciarlo en todos sus aspectos, de tal manera que alcance una plena concreción y maduración en tu vida.

----- () -----

EPÍLOGO – La ciudad celestial

Habrás notado el lector que una buena parte de lo que hemos hilado en capítulos anteriores lo hemos extraído del libro de Hebreos. El último tema, el cual hemos tomado para nuestro epílogo, brota también de esta sustanciosa y suculenta epístola.

“Por la fe habitó como extranjero en la tierra prometida como en tierra ajena, morando en tiendas con Isaac y Jacob, coherederos de la misma promesa; porque esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios.” (Hebreos 11:9-10)

“...confesando que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra.”

“Porque los que esto dicen, claramente dan a entender que buscan una patria; pues si hubiesen estado pensando en aquélla de donde salieron, ciertamente tenían tiempo de volver.”

“Pero anhelaban una mejor, esto es, celestial; por lo cual Dios no se avergüenza de llamarse Dios de ellos; porque les ha preparado una ciudad.” (13-16)

Al leer el relato del Génesis, si uno no presta la debida atención, al comenzar la narración de la vida de uno de los protagonistas o personajes principales, puede pensar que

el anterior ya ha fallecido, y por lo tanto no tiene ninguna participación en lo que está aconteciendo.

Sin embargo, en muchos o casi todos los casos, esto no es así. En efecto: después que se ha consignado la muerte de uno de ellos, el relato pasa a referirse al siguiente, pero a menudo lo hace a una altura en que su antecesor todavía sigue en vida.

Esto sucede, por ejemplo, en el caso de la muerte de Adán, que se registra en Génesis 5:5. A continuación se habla de sus sucesores o descendientes, Set, Enós, Cainán, etc.

Se podría pensar entonces que, al hablarse de estos últimos, Adán ya no estaba en vida. Sin embargo, seguía vivo por varias generaciones más – Mahalaleel, Jared, Enoc y Matusalén, y falleció recién en el año 56 de la vida de Lamec, padre de Noé.

Digamos de paso que, por esta razón, el relato de lo acontecido en los capítulos iniciales del Génesis, muy bien le puede haber llegado a Noé solamente de segunda mano, a través de su padre Lamec, que probable o posiblemente lo podía haber recibido directamente de Adán, por lo ya explicado.

Este es un punto importante, sobre el cual, no obstante, no debemos agregar más para no desviarnos del tema.

Con la misma comparación de edades y años de nacimiento y muerte de cada uno, encontramos que Abraham recién murió en el año 75 de la vida de Isaac y en el 15 de la de Jacob.

Según se nos dice en el texto de Hebreos que hemos citado más arriba, moraba en tiendas con ellos, aunque no necesariamente en el mismo lugar, durante todo el tiempo en que los tres estaban en vida.

El morar en tiendas, desde luego que no sería del todo cómodo, considerando los numerosos cambios de ubicación que tuvieron que hacer. Desde un punto de vista meramente práctico, para Abraham y Sara habría sido menos fácil y cómodo que habitar en su vivienda de Ur de los caldeos, de donde procedían.

Sin embargo, había una consideración mucho más importante: la esperanza de una ciudad que contase con fundamentos y cuyo arquitecto y constructor fuese Dios.

Como se nos dice en el texto citado, de haberlo deseado podían haber regresado a la tierra de su procedencia. No obstante, sabían muy bien que era un lugar de corrupción e idolatría, y que casi todo en ella era ilusorio, falso y carente de todo verdadero fundamento.

¡Cuán hermosa la definición de lo que ansiaban!

Una ciudad que tuviese fundamentos – no una que pudiese derrumbarse y no quedar nada de ella – sino una que estuviese sólida y firmemente fundada, de modo que permaneciese en pie intacta, y que perdurase por la eternidad.

Debemos recordar que la primer ciudad fue edificada por Caín. (Génesis 4:17) Como ya señalamos en una obra anterior, desde entonces, cada ciudad edificada en este mundo, tarde o temprano, ha pasado a ser un centro de maldad, crimen y corrupción, que generalmente van mucho más allá de lo que normalmente se encuentra en la vida de campo.

Ur de los caldeos no era por cierto ninguna excepción. Podemos imaginar, pues, cómo a Abraham – al igual que a Sara, y también a Isaac y Rebeca, etc. – no les resultaba demasiado pesado afrontar la incomodidad y transitoriedad de morar en tiendas, con los frecuentes cambios y trastornos que suponía.

Preferían hacerlo, antes que volver a ese mundo malo del que salieron Abraham y Sara, y tenían la firme esperanza de una ciudad celestial, en la cual todo sería limpio, justo y estable. Por esta esperanza que abrigaban con toda fe y convicción, no se consideraban ciudadanos pertenecientes al entorno en que se encontraban, sino extranjeros y peregrinos.

En otras palabras, estaban de paso, en marcha hacia algo mucho, muchísimo mejor: una ciudad diseñada y construida, no por un Caín ni nadie semejante, sino por el mismísimo eterno y todopoderoso Dios, al cual amaban y servían.

¡Qué precioso también reflexionar sobre el Señor, en Su doble rol de arquitecto y constructor!

A veces el arquitecto, habiendo concebido y planificado una edificación importante, con las debidas especificaciones de diseño y medidas, y del preciso material a emplearse, etc., puede muy bien no fiarse de que la empresa constructora haga todo debidamente y en su punto exacto.

En esta magna obra de la ciudad celestial, el Señor se ha encargado de ser Él mismo y ningún otro, tanto el que la ha diseñado y planificado, como el que la está construyendo.

De cómo supo interpretar los anhelos, tanto de Abraham como de los demás peregrinos, de que tuviese fundamentos, se nos da sobrada fe en Apocalipsis 21:14

“Y el muro de la ciudad tenía doce cimientos, y sobre ellos los doce nombres de los doce apóstoles del Cordero.”

¡Con razón que antes de elegirlos, Jesús se pasó una noche entera orando a Dios! (Lucas 6:12-16)

¡Y qué maravilloso comprobar cómo nuestro Dios se esmera en interpretar y cristalizar los más caros anhelos de los que son Suyos de verdad, mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos! (Efesios 3:20)

Abraham *“esperaba la ciudad que tiene fundamentos”* y Dios se ha encargado de corresponder a ese anhelo, diseñando y construyendo la celestial ¡con nada menos que una docena redonda de cimientos!

¡Qué seguridad y confianza absoluta de que no habrá de derrumbarse jamás!
La descripción que se hace de ella en el penúltimo capítulo de la Biblia es realmente maravillosa.

Citamos las partes más destacadas de ella:

- 1) Allí no habrá templo, porque el Señor Dios Todopoderoso es el templo de ella, y el Cordero. (21:22)
- 2) No habrá necesidad de sol ni de luna que brillen en ella, porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera. (21:23)
- 3) *“Sus puertas nunca serán cerradas de día, pues allí no habrá noche.”* (21:25)
- 4) *“No entrará en ella ninguna cosa inmunda, o que hace abominación o mentira, sino solamente los que están inscritos en el libro de la vida del Cordero.”* (21:27)
- 5) *“Enjugará Dios toda lágrima...; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron.”* (21:4)
- 6) *“Y el que estaba sentado en el trono dijo: He aquí, yo hago nuevas todas las cosas.”* (21:5)

Dejamos al lector que dé rienda suelta a su imaginación, visualizando toda la gloria, el encanto y la pureza, junto con el gozo y la bienaventuranza sin par, que todo esto nos ha de deparar.

Finalmente, para que no nos quepa la menor duda de la absoluta certeza de esta esperanza tan gloriosa, tenemos la rúbrica divina que garantiza su absoluta veracidad y fiabilidad:

“...Y me dijo: Escribe; porque estas palabras son fieles y verdaderas.” (21:5)

Ahí la tenemos, pues, la Jerusalén de arriba, la ciudad celestial que es madre de todos nosotros (Gálatas 4:26) libre, santa y hermosa, descrita por el mismo Espíritu Santo, a través de la pluma del apóstol Juan, cuando se le otorgó a éste el inmenso privilegio de verla por anticipado.

Al volcar todo lo que vio por escrito en los dos últimos capítulos del Apocalipsis, él tuvo también el honor de dar la puntada final al sagrado libro divino, con un clímax tan estupendo y glorioso.

Es la ciudad que buscaba y esperaba Abraham, nuestro padre, y que han buscado tantos y tantos más de su estirpe, desde entonces – la patria celestial, nuestra morada eterna que Jesús nos está preparando (Juan 14:2-3) – de seguro con el mayor esmero, y con glorias mucho más sublimes que todo lo que podamos imaginar.

Abraham nuestro padre, con sus muchas y firmes pisadas de fe, ya ha terminado su trayectoria, que le asegura ese destino tan inefable y dichoso. Detrás de él, muchísimos hombres y mujeres, a través de los siglos, han estado siguiendo, como dignos peregrinos, simiente verdadera de él, por el mismo derrotero que los ha de llevar también, a la postre, a la misma ciudad sin igual.

A ti, querido lector, a quien esto escribe, y a los muchos que todavía estamos de camino en este mundo en esa marcha hacia el más allá, hoy se nos presenta la visión gloriosa de la patria celestial que nos aguarda.

Aceleremos entonces nuestros pasos, dejando atrás todo lo vacío y terrenal de esta vida, y continuando con perseverancia, fe y firmeza en las pisadas de Abraham nuestro padre.

Al llegar al final de nuestra jornada terrenal, nos espera el bendito abrazo de nuestro amado Señor Jesús – la simiente de Abraham por excelencia – y al cual le debemos todo cuanto somos y tenemos, y cuanto seremos y tendremos por toda la eternidad.

¡Estar con Él para siempre será el bien y la gloria más sublime y exquisita que el alma de cada uno de nosotros pueda experimentar!

¡Y será para siempre jamás!

----- () -----

Concluimos con unas estrofas en las que se vuelca la esencia del contenido de la obra. Las mismas van sin pretensiones de poeta, sino con el importante fin de subrayar y robustecer en la mente y el espíritu del lector, tanto la grandeza inefable del gran Dios de Abraham, como las ricas cualidades desplegadas por Su siervo tan insigne, a lo largo de toda su ilustre trayectoria.

Así podrá estar mejor capacitado para apropiarse estas últimas, y vivir, luchar y triunfar como un verdadero hijo espiritual de Abraham, padre de todos nosotros.

ABRAHAM, EL GRAN PATRIARCA

Abraham, el gran patriarca,
Su vida toda ¡cuánto abarca!
Del camino de la fe el pionero,
El llamado celestial lo abraza entero;
La gran promesa lleva consigo,
Del Eterno Dios el ilustre amigo.

Dejando su tierra y parentela,
Su sola guía, lo que Dios revela;
Desprovisto de la humana ciencia,
Llevado por divina providencia.
Emprende firme el derrotero
Poniendo en todo a Dios primero.

Morando un siglo en tierra extraña,
Do encuentra trigo, también cizaña,
Ora buenos amigos, ora enemigos,
Mas todos, igualmente testigos,
De que este varón como no hay dos,
En verdad es un príncipe de Dios.

En vicisitudes y mil y una andanza,
En su Dios despliega total confianza.
La mano divina, con gran pericia,
Ya lo prueba, ya lo acaricia;
Del gran varón el temple así forja,
Y de pingüe riqueza llena su alforja.

Sin prisa, pero sin pausa,
El gran YO SOY va llevando la causa,
Levantando al de la fe el gran gigante,
Quitando cuanto escollo hay por delante.
Y así da forma al valiente guerrero,
Intercesor tenaz y dignísimo caballero.

Mas el hierro ha de ser sin herrumbre,
Fundido y pulido en la gran cumbre;
El oro también, exento de escoria.
Allá en lo alto, en la cima del Moriah,
A Isaac su hijo amado ofrenda,
Sin que el por qué aún lo comprenda.

Del Calvario sombra y pálidos reflejos,
Como quien contempla de muy lejos
El gran dolor del Padre por el Hijo Amado,
Escupido - azotado - crucificado.
Al fin comprende lo que significa,
Y como padre, con el Gran Padre se identifica.

Del Monte Moriah por fin desciende,
Con promesa y juramento que trasciende,
De su pensar los más vastos confines:
Aun los enemigos más ruines,
Nada podrán contra su simiente,
Que de él heredará estampa de valiente.

Su simiente, bendita será en gran manera,
Incontable para quien contarla quisiera;
Y sobre todo, de ella vendrá el Cristo,
Por la profecía de antaño previsto,
Con eternas y sin par bendiciones
A todas las tribus, razas y naciones.

Mas no queda todo aquí -¡qué maravilla!
Tú y yo, sus hijos y su semilla,
Ya en sus lomos él nos llevaba,
Marcándonos en cada paso que daba –
Que tú y yo, las mismas pisadas diéramos,
E hijos suyos de verdad fuéramos.

Entiende bien esto – es de gran valor:
Abraham, cual estupendo ordenador,
Por insondable pericia programado –
Tanto tú como yo, en su interior llevado,
Cada uno indeleblemente prescrito,
Con el camino de la fe en relieve inscrito.

De esto pues, toma conciencia plena;
Respiralo hondo y tu alma oxigena,
Con esta verdad cara y gloriosa:
Ahí estabas en él, simiente preciosa,
Por divina presciencia predestinado,
A andar por el sendero por él marcado.

Así serás un vástago bendito,
Con verde frescor y nunca marchito;
En el claustro, fiel intercesor;
En la lid, todo un triunfador;
Por promesa y juramento, eterno heredero,
Del Reino de Dios, pleno y entero.

----- () -----